NO TODOS BUSCAMOS UNA Media Naranja



AMANDA SANH

No todos buscamos
una media naranja

AMANDA SANH

©No todos buscamos una media naranja (2019)
©Amanda Sanh (novela completa)
©Ana Brito (novela completa)
©Triumph Covers (diseño de cubierta)

Contacto:
mndy23@hotmail.com

ISBN: 9781696438520
Obra registrada Safe creative:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Det finns inget dåligt väder, bara dåliga kläder



Capítulo



Índigo Michaels, el último en ser elegido cuando se formaban los equipos en Educación Física, vuelve cinco años después al instituto que le causó pesadillas. Ya lo veo venir: cuchicheos y miradas de reojo de parte de aquellos desgraciados que me dejaban encerrado en las duchas, sin ropa que ponerme. ¿Es posible que hayan cambiado en estos últimos cinco años? No. Ya te adelanto que no. Eso nunca pasa. Cuando fuiste el gordito marginado del instituto, lo eres para toda la vida, y aunque ahora mida casi dos metros y tenga cuerpo de atleta, para ellos seguiré siendo siempre el pringado con nombre de color de chicas.

No sé ni para qué he venido. Me he dejado convencer por mi amiga, Fiona, la antigua delegada de clase que solía portarse tan bien conmigo. ¿Quién iba a decir que aquella chica de pelo corto y gafas iba a ser hoy la novia del hijo del mismísimo presidente? Y, a pesar de todo, mi amiga. A pesar de haber aguantado mis humores universitarios y a mis exnovios acosadores durante cinco años, y a pesar de que yo nunca limpiaba nuestro piso compartido y de que mi habitación parecía una mezcla entre la fiesta de la purpurina y un establo, ella siempre estuvo ahí para mí. Por eso, me pareció que era mi ocasión de devolverle alguna de las que le debía.

Aunque llevo puesto mi mejor traje, el de color marrón con camisa blanca que utilicé para mi graduación; y mi mejor peinado, un moño que disimula mi larga melena rubia y mi barba de pocos días, sé que todos ellos estarán mejor vestidos que yo. Maldito colegio elitista y la obsesión con aparentar opulencia y presencia, puñeteros materialistas. Más de uno se quedará sin comer el resto del mes por haberse comprado el traje más caro para esta reunión. No me debería importar, yo ya no soy aquel niño gordo y asustadizo. De hecho, ahora podría partirles la cara con un solo dedo, es lo que tiene ser boxeador de élite. Aun así, he prometido portarme bien, por Fiona. No quiero ponerla más histérica de lo que ya está.

—¿Puedes dejar de conducir como si se te estuvieran quemando las lentejas? —pregunto mientras aprieto el cinturón de seguridad contra mi pecho—. Pretendo llegar vivo a la reunión.

—Disculpa, Índigo, los guardaespaldas me están poniendo nerviosa. No puedo creer que Fred los enviase para protegerme… ¿de quién? ¿De la jefa de las animadoras? —contesta Fiona al reducir la velocidad hasta el máximo permitido.

—Supongo que los ha enviado para protegerte de ti misma. Liarla es lo último que necesitas, recuerda lo que pasó en la entrega de los Óscars, cuando acabaste bailando *No rompas más mi pobre corazón* con el primo del presentador delante de toda la audiencia —Fiona me lanza una mirada asesina—. No te enfades, me encanta que te diviertas, pero estos pijos rastreros son capaces de venderte a la prensa antes de que hayas llegado.

—Sé que no permitirías eso, confío en tus habilidades de kung-fu.

—Boxeo, Fiona. Y no pienso armar una escena, eso te daría aún más mala prensa.

Fiona detiene el coche en el arcén de la autovía y me mira con un gesto inquisitivo.

—Vamos, cámbiame de sitio, tengo que terminar de retocarme el maquillaje.

Por suerte, ahora me toca a mí conducir, lo que significa que vuelvo a estar a salvo. Por el

espejo retrovisor observo que dos coches negros blindados me siguen a una distancia prudencial, son los guardaespaldas presidenciales. ¡Quién me ha visto y quién me ve! Acompañado por la seguridad del presidente y yendo a una fiesta del instituto.

Fiona se acicala la melena morena y rizada que hoy ha decidido llevar suelta. Se ha puesto sombra de ojos verde, a juego con su color natural, y pintalabios rosa pastel. El vestido verde otoño que lleva es demasiado sobrio para la alegría que suele desprender en lugares públicos. Pero, de nuevo, estoy convencido de que estos idiotas solo recordarán sus gafas de culo de vaso.

—¿Quién crees que habrá ido? Tal vez ya todos estén casados y con hijos —pregunta Fiona mientras vuelve a repasar por quinta vez su pintalabios.

—¿Con veintitrés años? Da gracias si alguno ha terminado la universidad tan rápido como nosotros. No tengo a su inteligencia muy en alta estima.

—Sobre todo porque yo les hacía los deberes. Míranos, los friquis del instituto vuelven convertidos en un deportista de élite y en una reportera nacional ahora parte de la familia del presidente.

Tenía razón, formábamos un dúo excepcional. En la universidad habíamos sido bastante populares sin tener la necesidad de terceras personas para brillar; solo siendo nosotros mismos. Pasé tantos años encerrado en el armario en el instituto, (bastante ya tenía con soportar ser el gordo marginado), que llegar a un nuevo lugar donde todos me aceptaban tal y como era fue el impulso que necesité para aceptar mi sexualidad y abrirme al mundo. Y desde entonces, me ha ido de puta madre, si bien es raro ser gay en el mundo de los deportes. No me pueden llamar maricón con los dientes rotos, por ejemplo. Cosas del boxeo. Cuando mi carrera como deportista acabe, tengo una licenciatura en nutrición esperándome. Y con un poco de suerte y la ayuda de Fiona, podré ser el nutricionista de la familia del presidente. Estoy seguro de que después de esta noche, la que me deberá algunos favores será ella. No presiento nada bueno.

Cuando llegamos al aparcamiento del colegio comienza a llover. Genial. Me toca caminar cien metros bajo un chaparrón que hará que el pelo se me encrespe. Pero al menos no tengo que ir en tacones: miro a Fiona y me compadezco un poco de ella. Camina cubriéndose la cabeza con su mini bolso de diseño y sus tacones blancos ya están casi llenos de barro. Por suerte, uno de los guardaespaldas lleva un par de repuesto en la mano. Ventajas de codearse con la élite, supongo. Lo trata de sirviente, mientras yo me mojo como un perro viejo. No debe quererme tanto como dice.

Llegamos al hall del edificio, el cual nos recibe con una fiesta de globos y una pancarta que dice «BIENVENIDA CLASE DEL 2010». Hay dos trabajadoras en la entrada, una de ella comprueba la lista invitados y asistentes y la otra se encarga del ropero. Debemos ser los primeros en llegar, ya que al vernos las dos mujeres se sorprenden y miran su reloj. Al menos podré acaparar todos los canapés posibles antes de que la chusma comience a aparecer.

—Voy a ir a cambiarme al baño, no entres sin mí —me dice Fiona y luego le hace un gesto al guardaespaldas con sus tacones para que la siga. El segundo guardaespaldas los acompaña.

Me quedo solo con el único hombre de negro que queda. Es el más guapo de todos, tiene unos ojos verdes penetrantes y el pelo color azabache rapado al dos. Lleva unas gafas de sol muy características y el pinganillo, tal y como en las películas. Está parado en una esquina, recto y formal, pero yo sé que en el fondo es un macarra de cuidado. Sé que bajo su camiseta de licra negra se esconden cinco tatuajes que corresponden a escenas de *La Divina Comedia*. Es un intelectual dentro del cuerpo de una máquina de matar. Mi intelectual. Intento acercarme a él sin que nadie nos vea.

—Hola, guapo —le susurro al oído.

—¿Qué haces, Índigo? Estoy de servicio.

—Venga, Samuel, se han ido a los lavabos, sabes que Fiona tardará como mínimo media hora—Me vuelvo a acercar lentamente a su oreja y muerdo su lóbulo con delicadeza.

Me aparta el cuerpo con una seria expresión y hace un gesto con la cabeza para que le siga. Salimos del edificio, de nuevo al aparcamiento y hacia la lluvia. Sigue sin aparecer nadie. Me coge de la cintura para atraerme hacia él y me besa tiernamente, y yo le devuelvo el beso mientras le acaricio la cara. Odio nuestros encuentros a escondidas, pero, también, me ponen muy cachondo. Samuel y yo llevamos tres años viéndonos a espaldas de todos. Él no está preparado para salir del armario porque, en su profesión, sigue sin estar bien visto; siglo veintiuno decían… Me alejo un poco para mirar esos ojazos y de repente me da igual este reencuentro tonto de instituto, mañana habrá acabado y podré seguir con mi vida. Es solo un trámite.

—Espero que Fiona se emborrache pronto, así tenemos una buena excusa para irnos.

—Aún no ha empezado la reunión, ¿y ya te quieres ir? —pregunta Samuel, y después me besa las manos.

—¿Te puedo contratar para que me protejas esta noche? Nunca hay piedad para el niño exgordo de clase.

—Gracias por el interés, damisela en apuros, pero hoy sirvo a Fiona. Fred nos ha amenazado con suspendernos un mes de empleo y sueldo si volvemos a salir en la prensa.

—Entonces, tendrás que consolarme un poco —murmuro seductor mientras me acerco a su boca para robarle otro beso.

—Me gusta la idea —responde. Lo veo apoyarse en uno de los coches y luego me agarra de la mano para nuevamente atraerme hacia él.

Le beso con pasión y meto las manos por debajo de su camiseta, donde siento el tacto de sus perfectos abdominales. El calor que desprende su cuerpo es inhumano, se me sube a la cabeza y hasta parece que la lluvia ya no me moja. No puedo parar de besarle, aun sabiendo que me estoy arriesgando a que nos vean. Fiona me mataría por no habérselo contado, y a él lo echarían del trabajo por intimar con alguien del círculo social de Fred, algo sumamente prohibido. Pero… la verdad es que me da igual. En este momento solo quiero sentir el roce de sus labios, el preludio de lo que seguramente haremos apenas consigamos salir de aquí.

De cualquier manera, todo se jode. Tengo mala suerte y todo se jode, pues, en medio del beso más bonito de la historia, una luz nos deslumbra hasta que nos obliga a separarnos. Es el faro delantero de un Land Rover negro, bastante caro. Se baja la ventanilla y se asoma un joven con la tez pálida que aparenta mi edad. Lleva el pelo rubio repeinado hacia atrás y gafas de sol, aunque sea de noche. No tardo en reconocerlo: es Deandre Santos, el antiguo cotilla empedernido del instituto. Estoy perdido. Si me reconoce se lo contará hasta a las trabajadoras.

—¡Eh, Índigo! ¡Además de gordo, maricón! ¡Lo tienes todo, chaval! —grita mientras se aleja para aparcar el coche.

—¿Gordo? Mira estos abdominales, ¡puto clon de Draco Malfoy!

¿Cómo me habrá reconocido? Tiene que ser por los ojos, no mucha gente tiene uno de cada color, como yo. Joder, ¡tendría que haberme puesto lentillas!

—Te juro, Samuel, que voy a utilizarle como saco de entrenamiento si vuelve a llamarme gordo.

Pero Samuel no me hace caso, está ensimismado y mira hacia el suelo, aparentemente nervioso.

—Índigo, ¿te das cuenta de que nos acaban de pillar besándonos?

—No te preocupes y deja que yo me encargue. Lo mato si hace falta —le digo, aunque es él el entrenado para este tipo de cosas. Pero mi Samuel es un trozo de pan, con mucha fuerza, pero tierno.

—No hace falta. Allí tienes a Fiona mirándonos con cara de mala leche. Creo que va a hacer falta más de una explicación.

CAPíTULO



Fiona está parada con los brazos cruzados y los ojos verdes más grandes que he visto abiertos y fijos en mí. Me mira seria y hace gestos con la mano para que nos acerquemos, ya que por muy enfadada que esté no volverá a mojarse los tacones blancos, no antes de entrar en la fiesta. Sam camina detrás de mí con la cabeza baja y la mirada perdida, a pesar de su envergadura parece hacerse pequeñito a medida que nos acercamos al *hall*. Entro en él empapado. A pesar de la gravedad de la situación, más que nada por la profesión de Sam, no puedo dejar de pensar en su parte cómica: dos hombres de casi metro noventa, profesionales autónomos y con media vida encaminada, sintiéndose como adolescentes que se acercan al despacho del director después de haber hecho la mayor de las trastadas.

—¿Puedes explicarme qué arrebato es este, Índigo? ¿Cómo te llevas al pobre Sam y lo intimidas a tal punto de meterle la mano por debajo de la camiseta? ¿Y tú, Samuel? Te creía con más personalidad, al menos como para poder pararle los pies a este tarado sexual. No porque sea mi mejor amigo tienes que permitirle todo…

Sam me mira sin saber muy bien qué decir.

—A ver, Fiona, deja que te explique… ni yo acosaba a Sam ni él se ha sentido presionado en ningún momento, ni soy un tarado sexual —digo firmemente.

—Bueno, un poco sí… —carraspea Sam.

Mi mente viaja a la intimidad de su habitación y no puedo evitar sonreír. Sé que él ha viajado al mismo lugar ya que le asoma la misma sonrisa que a mí.

Los otros dos guardaespaldas salen del baño de caballeros y Sam vuelve a adoptar su postura. Permanece rígido y profesional detrás de Fiona. Ella me mira y con un gesto me indica que entremos, aunque sé que nuestra conversación no ha hecho más que empezar. Entramos en un salón grande adornado con globos dorados, y al fondo se ve un escenario preparado con todo lo necesario para que una banda amenice la fiesta. Somos los primeros en entrar, y los camareros nos esperan con una sonrisa y una bandeja con champagne.

—¡Bienvenidos! Deseamos que tengan una gran noche.

—Gracias, ha empezado muy bien —contesta Fiona, entre enfadada e irónica.

Luego me coge de la mano y me lleva a un costado del escenario. Entre la penumbra de los focos y los tres gorilas que se ponen de espaldas delante de nosotros parecemos un par de enamorados.

—¿Me has estado tomando el pelo? ¿Qué hacías bajo la lluvia? ¿Qué hacías con dos focos alumbrándote como si fueses una estrella de cine en medio de un set de grabación? ¿Qué hacías metiéndole mano a Sam?

—Los focos han sido culpa de Deandre que pasaba por allí con su súper coche negro cromado, ¿te acuerdas de Deandre? Ese cotilla, maruja que se limpia el culo con los billetes de su padre, seguro recuerdas quién es, ha aparecido y…

—¡Índigo! No intentes liarme… sabes que no es eso lo que quiero saber. Sé quién es

Deandre, pero me importan una mierda él, su coche, su padre y su culo… ¿Qué hacías con Sam?

—Llevamos viéndonos tres años —respiro hondo y lo suelto todo—. Prácticamente desde que entró a trabajar en el cuerpo de seguridad de Fred, ¡y qué cuerpo!, la atracción ha sido mutua. La noche en que salimos de cena por el cumpleaños de Fred y tú te emborrachaste como una cuba, Sam tuvo que subirte a mi apartamento y meterte en mi cama. Él debía vigilarte, según órdenes de tu prometido, quedarse contigo y llevarte a su casa al día siguiente, sana y salva y sin ningún síntoma de embriaguez, para no causar revuelo. Bueno, pues, esa noche se nos hizo corta a los dos. Esa noche descubrí cada palmo de lo que se esconde debajo de aquel uniforme negro, y desde entonces se ha convertido en un apoyo, en un amante, en un amigo y en un compañero.

Fiona me mira con la boca abierta, sé que está procesando la información que acaba de caerle como una bomba. Mira a Sam, de espaldas. El movimiento repetitivo de su pierna y la incesante pasada de manos por su cabeza rapada delata su estado de nervios. No sabe si sus compañeros han visto lo mismo que Fiona; ellos no han mostrado síntomas de saber algo, pero está claro que si están de servicio ninguno dirá nada hasta que no termine el turno. Sé lo incómoda que debe ser esta situación para él, y de verdad lo siento. Pero, por otro lado, también ya es hora de asumir su sexualidad, lo que es y lo que siente, no tenemos por qué escondernos. ¡Joder que estamos en pleno siglo veintiuno!

—¿Me estás diciendo que llevas más de tres años de relación y no me has dicho nada? ¿No has sentido la necesidad, durante tres largos años, de querer compartir que estabas con alguien con tu supuesta mejor amiga? Porque se supone que soy tu mejor amiga, pero a lo mejor no soy tu mejor amiga y tienes oculta otra mejor amiga y no quieres decírmelo. Quizás tengas una doble vida con familia y perros y conmigo vives una vida paralela, ¿es eso, Índigo? ¿Cuántos secretos ocultos tienes? Ahora, ahora es el momento de machacar más mi corazón.

Fiona empieza a levantar la voz y sus ojos se llenan de lágrimas. Sabía que esto iba a pasar, lo sabía… sé lo melodramática que es. Sabía que iba a montarse su historia con paranoias y que esto iba a derivar en una crisis «amiguil», de esas que solo se solucionan en la cama… Pero afortunadamente, y a pesar del atractivo de mi amiga, mis gustos van por otro lado, por lo que me toca sacar mis mejores armas para calmar a esta mujer despechada. Como un príncipe, me acerco y tomo su mano.

—Fiona, amor mío, sabes perfectamente que no hay otra; no hay otra familia, ni perros, ni otra mejor amiga, solo tú. Nos conocemos desde que yo era un gordinflón y tú una empollona gafotas. Y si te quería así, ¿cómo no voy a quererte ahora? Guapa, atractiva, inteligente y con un futuro prometedor.

—Índigo, no vuelvas a liarme —Las lágrimas le caen como chorros por sus mejillas. Esta mujer está inconsolable y eso que aún tiene la copa de champagne entera.

—Venga, tonta, si no te lo he contado ha sido porque para Sam el trabajo con Fred es muy importante, no quería que él tuviese problemas. Pensaba que cuando se consolidase la relación, él estaría preparado para contarlo, pero no tiene mayor importancia. No te enfades, te lo contaré todo mañana, te invito a comer; ahora vamos a disfrutar de la fiesta, a la cual te recuerdo que tú me has traído, y te prometo que no me saltaré ni un detalle de los tres últimos años.

—¡Tres últimos años! Tres últimos años… —Fiona intenta parar de llorar, pero continua gimotenado como una niña pequeña—. Tres años son toda una vida en una pareja… ¡Índigo, por dios! Y lo peor no es eso, lo peor es que no puedes aguantarte ni dos minutos, ¡dos minutos que he ido al baño! En dos minutos has tenido que salir y hacer lo que has hecho, aquí, delante de todos. Si no querías que nadie se entere creo que meter mano en público no es la mejor manera. Tres años, Índigo, tres años engañándome…

—Tres años no son nada, Fiona, pareces mi mujer. Pareces una novia celosa, traicionada y cornuda. Lo siento, de verdad, siento haberte engañado, pero tenía que hacerlo y pensé que era lo mejor para Sam y para Fred; sé que no para nosotros, pero nos conocemos hace muchos años. Eres mi mejor amiga y sé que sabrás perdonarme. Venga, bebe champagne, que están empezando a llegar nuestros queridos compañeros y ya sabes cómo son: de vernos aquí hablando a tener hijos, perros y casa hay un paso en la boca de todos esos cotillas.

Le doy un beso y ella me mira con sus inmensos ojos, que ahora ya no noto enfadados, sino que muestran cierta ternura. Sabía que me perdonaría. Me sonríe y sé que no queda ni un resquicio de su enfado, se bebe la copa de champagne de un sorbo, me coge de la mano y me lleva directo al corrillo que se ha formado en mitad de la sala… allí están todos. Como me temía, se palpa la falsedad en el ambiente. Todos sonríen forzosamente, hablan en voz alta y alardean de sus conquistas… sabía que no sería fácil aguantarlos. Paso al lado de Sam y le rozo el brazo con disimulo. Él ni siquiera me mira, está tenso, pero sé que todo se calmará cuando lleguemos a casa y estemos solos.

Deandre se abre paso entre la multitud y se acerca a nosotros con media sonrisa. No me gusta nada su postura ni su chulería. Levanta la copa y grita.

—¡Eh! Ahí llega Fiona con el gordo de Índigo ¡Ah, no! Que ya no es gordo, ahora es maricón.

Todos se giran y levantan su copa. Deandre se acerca a Fiona y le da dos besos, luego se acerca a mí y me da un abrazo.

—Sin rencores, Índigo, que ya somos adultos civilizados. Además, te he visto en la prensa y no quiero que me rompas la nariz con tu gancho derecho. ¡Quién lo iba a decir! El primer boxeador gay de la historia… si mi abuelo levantase la cabeza…

Lo miro con ganas de realmente de partirle la nariz, pero me aguanto.

—Sí, Deandre, ya ves las vueltas que da la vida. Yo boxeador, y a ti ya veo que te sigue lamiendo el pelo la misma vaca.

Tengo la sensación de que será una noche muy larga.

CAPítulo



Lucía, Sandy, Rosana, David, Alan, Guillermo, Sandra… todos, todos están aquí. El catering es muy bueno, la música es espectacular y Fiona es el centro de atención. Su relación con el hijo del presidente acapara todas las conversaciones. Ella está encantada de explicar cómo se conocieron, cómo corriendo por el parque con la música puesta y por cosa del destino (en realidad por el despiste agudo y crónico de mi amiga) ella se tropezó y cayó de bruces, alguien se acercó a ayudarla y… ¡sorpresa! Como por arte de magia surgió el amor. Por supuesto, ella no quiso aceptar su invitación a cenar para compensar sus rodillas llenas de heridas; por supuesto, cuando luego lo vio venir con un escolta, no fue cabezota en su decisión de aceptar. Simplemente, surgió el amor… Fiona siempre cuenta la misma historia con la misma sonrisa satisfactoria y con la misma cara de sorpresa. Pero a mí me encanta mirarla siendo feliz de ser el centro de todos los corrillos.

Al fin y al cabo, la noche parece que transcurre tranquilamente. Hablo con mis excompañeros, que, después de todo, parece que han madurado; bueno, al menos la mayoría. La cena está riquísima y el baile empieza a animarse, se abre la barra libre y, por supuesto, la selecta prensa a la que han dejado pasar ya ha terminado su trabajo, y ahora disfruta también de la fiesta. Esto me tranquiliza, ya que significa que lo ocurrido en la última salida con Fiona no volverá a repetirse y Fred no tendrá que preocuparse. Sam está más relajado, lo noto en su postura. Habla con sus compañeros y, aunque no pierden de vista su objetivo, se nota que conforme pasa la noche se ponen más cómodos. Por cierto… ¿dónde está mi amiga? Hace rato que no la veo.

Deandre acaba de acercarse, me pasa la mano por el hombro y me ofrece una copa. Lo miro extrañado, pero me sonríe, creo que el alcohol empieza a surgir efecto.

—Brindemos compañero, brindemos por los tiempos del instituto, porque fueron buenos tiempos y, mira, a los dos nos ha ido bien. Me alegro de verdad de que tu carrera deportiva haya dado frutos, y me alegro de que los michelines se hayan convertido en abdominales. —Me da un toque en la barriga y yo aguanto la respiración para endurecer más la tableta—. Joder, ¡sí que estas fuerte! Y yo que pensaba que las fotos de ese reportaje que vi tenían Photoshop. Mi padre decía que no llegarías muy lejos, pero yo siempre confié en ti —Me hace un guiño—. Y Fiona… vaya pelotazo, y sin gafas gana mucho, ¿eh? Ya sé que no te va, pero está cañona.

—Gracias, Deandre, tampoco pensé que llegarías muy lejos, pero claro, teniendo el padre que tienes… da igual que te pierdas por el camino porque él siempre te va a encontrar. Pero sin rencores, no te preocupes.

—Venga, hombre, no te enfades. Sé que eres un tío inteligente y, además, con las cosas muy claras. De verdad que me alegro de verte. Pero eso de mezclar amor y negocios… eso no está bien, Índigo. Tu amigo no parecía muy cómodo, aunque no te quita la vista de encima.

—Deandre, deja a Sam. No es negocio mío y puedo enrollarme con quien me dé la gana. Siento que tú no puedas decir lo mismo, has venido solo a la fiesta.

—Vengo solo porque me gusta disfrutar de la vida y del momento, ¿para qué complicarme?

Sexo libre y rock and roll.

—Ya… sexo libre y rock and roll, tienes tú mucha pinta de eso. Me alegro de que te vaya bien, Deandre, voy a buscar a Fiona que hace rato que le he perdido la pista.

—La vi en el baño contando que a Fred le gustan los calzoncillos de dibujos animados, que tiene unos con la cara de Papá Pitufo y que cada vez que se los pone la nariz el muñeco se abulta.

—¿Cómo? ¿Que está contando qué?

Escucho a Fiona reír a carcajadas y los peores presagios llegan. Viene bailando con la copa en alto y con dos compañeras más. Se me acerca, se engancha del cuello y empieza a darme besos.

—Te amo amigo, te amo hasta el infinito y más allá. Aunque me engañes y me mientas te amo y te amaré. —La copa se mueve peligrosamente y casi se me cae en la camisa.

—Fiona, hablamos de que ibas a controlarte.

—Estoy controlada, controladísima mi amor, solo contaba algunas anécdotas.

—¿Algunas anécdotas?

—Sí, Fiona contaba cómo se hincha la nariz de Papá Pitufo —me interrumpe Sandra, excompañera que un día le rompió las gafas a Fiona por haber sido elegida alumna del año pero que ahora parece su nueva mejor amiga.

—Venga amorcito, no me mires con esa cara, ¡si la fiesta está de lo más divertido! Ven, vamos a bailar.

—Mejor no, vamos a tomar el aire --digo al ver venir lo que puede pasar.

—Anda tonto, qué aguafiestas y aburrido eres, no me gusta nada cuando te pones así. Él no es así, ¿sabes? —le dice Fiona a Sandra mientras las dos se tambalean encima de sus diez centímetros de tacón—. En la intimidad es mucho más divertido, pero a veces se las da de padre.

Las dos salen riendo hacia la pista de baile, la otra chica que las acompaña al salir del baño se ha quedado por el camino; detrás de un camarero, para intentar coger otra copa. Termina uniéndose al grupo y las tres bailan delante del escenario, cada una a su estilo. Sandy se mueve «sexy», según su parecer, aunque a mí más bien me parece un conejillo en celo por su cuerpo delgado y los movimientos de sus caderas; Sandra no para de dar vueltas, tiene los brazos abiertos, la copa en la mano y los ojos cerrados, la trenza pelirroja le golpea la cara. Aquello me parece una hazaña increíble, teniendo en cuenta los diez centímetros de tacón y el pedo que lleva encima. Fiona salta con los brazos hacia arriba como si estuviese delante de los mismísimos Locomía. Está poseída y canta, más bien, hace como que canta: sonidos salen de sus cuerdas vocales y ella los formula como si entonara y supiese todas las letras en inglés que toca el grupo, cada vez más animado al ver a esos tres seres amenizar la pista de baile.

Los fotógrafos cogen sus cámaras, me lo temía, aunque ya más de la mitad de los presentes las ha grabado y, posiblemente, el baile ritual que están representando ya esté deambulando por todos los grupos y redes sociales habidos y por haber. Ahora la cosa se pone seria, estoy viviendo un *déjà vu* de la última fiesta. Miro a Sam y a los otros dos guardaespaldas: «¡Socorro!».

Sam se mete en la ya abarrotada pista y agarra a Fiona.

—Se acabó, muchacha, vamos a tomar un poco el aire.

—¿Y este quién se supone que es? —Sandra lo mira con ojos de gatita—. ¡Fiona, acabo de enamorarme! ¿Por qué no me lo has presentado? Pero qué hombre… qué músculos… seguro que es macho alfa.

Fiona sigue saltando poseída y sin prestar atención a lo que pasa a su alrededor. Sandra comienza a pasar la mano por la espalda de Sam.

—Increíble, nunca he visto uno como tú. Dios del Olimpo… gladiador romano… seguro que en la cama eres una fiera. Deja a Fiona y ven conmigo. —La mujer ha entrado en trance… Sam intenta no mirarla y sacar a Fiona de allí sin hacer mucho escándalo. Lo conozco y sé que, de ser por él, la cogería como un saco de patatas al hombro y la sacaría de allí; pero lo tiene prohibido, debe ser sutil.

—¡Fiona, por Dios! ¡Este hombre será el futuro padre de mis hijos!

En ese momento Fiona abre los ojos, la mira y mira a Sam, y una carcajada escandalosamente alta sale de su boca.

—¿El padre de tus hijos? ¡Si a Samuel no le gustas!

—Me ofendes Fiona, no subestimes mi poder de seducción.

—A Samuel no le gustas tú, ni le gusto yo, ni le gusta Sandy… ni ninguna de las que estamos aquí

—Fiona, ya está, vámonos —interrumpo la conversación porque sé a dónde va a derivar.

—Tú… tú… tú te callas, traidor.

Mientras, los fotógrafos no paran de hacer fotos. Los *flashes* están poniéndome nervioso y estoy a punto de estallar.

—Vamos, un poco de aire y después si quieres seguimos bailando —le comunico.

—No tienes que decirme lo que tengo que hacer, mentiroso empedernido.

—Un momento —interrumpe Sandy, que hasta ahora seguía bailando—. ¿También estás enrollada con Índigo? Ya decía yo que lo vuestro se olía desde el instituto. Tú sí que te lo montas bien, Fiona, el hijo del presidente como futuro esposo y un deportista de elite cañón como amante. Tú sí que sabes.

—¿Yo? ¿Con este traidor?

—Sí, si estás perdida de celos. Se te ve, Fiona.

—A mí eso no me importa —vuelve Sandra a la conversación, sin quitar ojo ni mano de Sam —. No me importa con quién te acuestes, a mí me importa este pedazo de hombre. Pásame su teléfono.

—¿Ese pedazo de hombre? —Fiona vuelve a soltar una estridente carcajada—. Ese pedazo de hombre es con quien se ha estado acostando Índigo.

En este momento parece que el mundo entero ha entrado en un silencio profundo. Justo acabó la música, nadie habla y las palabras E-S-E H-O-M-B-R-E E-S C-O-N Q-U-I-E-N S-E H-A A-C-O-S-T-A-D-O-I-N-D-I-G-O retumban en todo el salón. Ahora sí la hemos cagado.

—Mi mejor amigo y mi guardaespaldas se lo montan juntos a mis espaldas —Se ha acabado, ya tenemos portada—. ¡Tres años nada más y nada menos!

Y yo que había pensado que el tema había quedado zanjado hasta mañana, pero claro, no contaba con que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad.

Todos los que están en el salón parecen que se han arremolinado en torno a Sam y a mí. Graban, hacen fotos y algunos ya están escribiendo. Estoy seguro de que en pocos minutos seremos «trending topic». Los compañeros de Sam están perplejos. Al fin uno de los dos reacciona, coge a Fiona por el brazo y se hace hueco entre la multitud. Sam, el otro guardaespaldas y yo salimos detrás de ellos.

Ha dejado de llover y en el cielo hay un sendero de estrellas, la luna ilumina el aparcamiento. Fiona está sentada en las escaleras de acceso a la calle, con su angelical cara entre las manos. Todos estamos callados.

—Lo siento, lo siento mucho, Índigo. Lo siento mucho, Samuel.

—No pasa nada, Fiona. La culpa es mía por no querer asumir mis sentimientos, por no

aceptar la realidad. Llevo tiempo ocultando mi verdadero ser. A pesar de todo lo que ha pasado, la sensación que tengo en este momento es de libertad. —Sam me mira y sonríe tiernamente—. Chicos, siento haberos metido en este aprieto, no tenéis la culpa y sé lo profesionales que sois los dos. Entiendo que tengáis que informar.

—Sam, no nos importa con quién estés, nos importas tú como compañero y persona. Lo otro es tu intimidad y ni Óscar ni yo tenemos por qué entrometernos en ella —por primera vez en toda la noche Óscar y Rob abren la boca. Qué sensatos son esos hombres, ganas me entran de abrazarlos.

—Gracias, compañeros. Fiona, siento que Índigo haya tenido que mentirte, no te enfades con él, enfádate conmigo.

—No voy a enfadarme con ninguno de los dos, bastante gorda la he liado ya. —Fiona intenta levantarse, le doy la mano, coge impulso y tiro de ella tan fuerte que los dos perdemos el equilibrio y caemos de espaldas, encima de Sam que nos sostiene a los dos. Justo cuando Sam me coge de espaldas y Fiona tiene su cuerpo encima de mí y las piernas en el aire veo la luz del *flash* de una cámara.

—¡Tenemos exclusiva, gracias! —es lo último que escucho antes de que un coche salga a toda prisa del aparcamiento.

Me temo que mañana Fred nos esperará.

CAPítulo



Miro el reloj, son las diez de la mañana y el interfono no para de sonar. Me levanto y por la pantalla instalada observo el portero automático. Es Sam, parece impaciente, llama otra vez. Cuando abro la puerta ya está aquí, qué velocidad, solo me ha dado tiempo de colocarme los pantalones del pijama que estaban al lado de la cama y las zapatillas. No me gusta dormir con pantalones, se enredan cuando me muevo por la noche: una camiseta básica de algodón, unos bóxer y a dormir como un bebé.

La puerta de la habitación donde Fiona duerme está cerrada, de todos modos, podría caerse el edificio que ella seguiría plácidamente durmiendo, y más después de lo bebido anoche. Cuando llegamos a casa me hizo hacerle una tostada con mantequilla, ¿una tostada con mantequilla? ¿Puede haber algo más simple que eso? Después de haber pasado toda la noche bebiendo champagne y comiendo canapés de caviar, ahora me pedía una tostada con mantequilla. Se la zampó como si llevase días sin comer y se quedó dormida en el sofá. Yo la cogí en brazos y la llevé a la cama. Los tres guardaespaldas hacía rato que se habían ido, y les había dicho que hasta mediodía no volviesen a recogerla. Sé que tiene comida familiar, pero necesita descansar, por eso, al ver a Sam, me he sobresaltado. Viene sin uniforme, así que no viene a buscarla.

Al abrir la puerta me tira, prácticamente en la cara, la portada de una revista sensacionalista, de esas que supuestamente nadie lee pero que todos tienen en el revistero detrás de las de decoración.

Allí estamos los tres, en primera plana, justo en el momento en el que yo levantaba a Fiona, ella perdía el equilibrio y Sam nos salvaba de una caída segura. Pero lo peor no era la foto, sino que el titular con letras grandes y amarillas es lo que más llamaba la atención:

«TURBULENCIAS EN CASA DEL

PRESIDENTE»

«Traición, amor y pasión se desatan en el círculo más íntimo del representante de la nación»

Dentro hay un reportaje de 4 páginas llenas de fotos de Fiona en trance, bailando y besándome, rodeada de gente. Cuentan también, de la forma más sensacionalista y mezquina posible, el romance entre Sam y yo. La protagonista de lo noche esta vez no es Fiona, aunque se menciona en varias ocasiones su estado de «felicidad»; nosotros dos somos el centro de la diana.

«¿Estamos ante un nuevo escándalo sexual por parte del boxeador gay Índigo Michaels? El deportista levantó muchas polémicas en su salida del armario hace unos años, y desde entonces ha llevado su vida sentimental en la más estricta intimidad; no obstante, tras hacerse público su romance con uno de los miembros del cuerpo de seguridad de la familia presidencial, nos cuestionamos si sus últimos éxitos se deben a su talento...».

Mientras yo leo sin dar crédito, Sam se sienta en el sofá y me mira serio. Sé lo que piensa y no es nada bueno.

—Estoy preocupado, Índigo, mi madre me ha llamado llorando esta mañana pidiéndome explicaciones, diciendo que ella ya se lo olía, que no era normal que un hombre como yo nunca hubiese llevado una novia a casa, pero que no me perdonaría haberse enterado de esa forma. De todos modos, no es eso lo que me preocupa, sé que esta tarde le llevo bombones y ya se le pasa… ya sabes lo que me preocupa…

No puedo parar de mirarlo. Viene con unos jeans por encima de la rodilla y un polo azul marino ajustado. Sus pectorales se marcan y su cara de preocupación me pone muy pero muy a tono, y más a esta hora de la mañana: recién levantado suelo tener la testosterona a mil por hora.

—Índigo, ¿estás escuchándome?

—Sí, sí, por supuesto… eh… —Aparto la mirada porque, si no, no conseguiré llevar seriamente la conversación—. Entiendo tu preocupación, claro que la entiendo, pero ayer a tus compañeros no les importó y te dieron su apoyo.

—Sí, lo que me preocupa no es que sepan que soy gay, lo que me preocupa es que tengo una relación con una persona del círculo íntimo de nuestro cliente. Al fin y al cabo, Fred es nuestro cliente, le prestamos un servicio. Sé que a mi jefe no le va a gustar nada.

—Mira, me dijeron que no había nada peor que ser gay y boxeador, que me rescindirían el contrato en cuanto saliese a la luz y, ya ves, aquí estoy: campeón y gay. Tu jefe lo comprenderá, yo se lo explicaré, además, soy amigo de Fiona. Fred es solo un actor secundario en mi vida, el vínculo es con Fiona, no con él.

A pesar de que la prensa me ha atacado más a mí que a él, no puedo evitar sentirme aliviado de que no haya sido él quien se ha llevado la peor parte.

—No lo sé. Estoy preocupado. —Se levanta y se dirige a la cocina—. ¿Quieres un café?

La máquina ya suena y él está de espaldas. Su cuerpo se dibuja bajo el polo azul y su musculoso culo se marca a través de esas bermudas vaqueras. No puedo resistirlo, me acerco a él y paso mi mano por su cuello, siento el final de su pelo perfectamente cortado y su olor a perfume y jabón. Sam me mira de reojo y sonríe. Mi mano se desliza a lo largo de su espalda, en busca del límite entre el polo y el pantalón, para volver a meter la mano y ahora sí tocar su morena piel. Lo siento erizarse al sentir que subo de nuevo, esta vez despacio, acariciando cada palmo de su trabajada espalda. Se da la vuelta, me mira a los ojos y me besa. Sus besos me transportan. Cuando su lengua entra en mi boca el mundo deja de existir. No hay nada más que él y yo. Me besa lentamente, nuestras lenguas juguetean y siento cómo dentro de mi pijama de algodón la excitación incrementa. Sé que a él le pasa lo mismo, lo noto, lo noto apretado contra mi cuerpo. Lo cojo de la mano y lo dirijo al cuarto, necesito sentirlo fuerte y duro…

Ya es mediodía y Fiona por fin se despierta, parece sorprendida al ver a Sam. Me tranquiliza pensar que no ha escuchado nada, aunque no sería la primera vez después de cinco años compartiendo piso universitario.

—Samuel, ¿qué haces aquí? No me digas que llego tarde, ¿y tu uniforme?

—Mira, Fiona —Le extiende la revista.

—¡*Mamma mia*! Ya pensaba yo que quince llamadas perdidas de Fred eran demasiadas. Ya sé el sermón que me espera. Índigo, ¿me preparas un café, por favor? Voy a la ducha.

—¿No vas a llamarlo? —pregunto.

—¿A quién?

—¡A Fred! Has dicho que te ha llamado quince veces.

—No, no voy a llamarlo. Quien ha esperado quince puede esperar veinte. Necesito un baño

antes de una interminable charla sobre el comportamiento adulto.

Ella es así, no sé cómo Fred la aguanta. Bueno, sí que lo sé, por lo mismo que la aguanto yo. Porque a pesar de ser alocada, irresponsable, irascible, melodramática, etc., etc., etc., Fiona es terriblemente adorable, empática, amorosa, buena amiga y muy muy divertida. Es la pieza que faltaba en la vida de Fred y es la pieza que espero que nunca falte en la mía.

El móvil de Sam, que ha dejado al lado de la máquina de café, comienza a sonar y su cara palidece.

—Es mi jefe, nunca me llama, solo en caso de emergencia —dice paralizado.

—Cógelo, venga… cógelo.

Cuando llega al teléfono, este para de sonar, e inmediatamente recibe un mensaje: «Samuel, pasa a verme a la oficina, es urgente. Óscar y Rob pasaran a recoger a Fiona, no hace falta que pases por allí».

Lo sabe, Sam sabe que lo sabe y yo sé que lo sabe. El silencio es incómodo. No me gusta este tipo de silencio, pero no tengo nada más que decirle. Él conoce mi opinión y es él quien tiene que afrontar la situación. Le cojo la mano, se mete el móvil en el bolsillo, me da un beso y se va.

Después de un rato Fiona también se fue. Vinieron a recogerla y ha salido de casa como si anoche no hubiese pasado nada, fresca como una lechuga, con un vestido primaveral por debajo de la rodilla que deja sus hombros al descubierto y con unas cómodas sandalias, lo único que delata que sus pies han sufrido por unos puntiagudos *stilettos*. Sé que llegará sonriente, perfecta como siempre, y que Fred intentará no mirarla directamente, sino que empezará a hablarle de modales, de recato, de imagen, y que ella lo escuchará con una sonrisa y que cuando termine le dará un beso, lo cogerá de la mano y entraran en el almuerzo como si nada. Fiona está moldeada con una pasta diferente.

Hoy es día de relax, aún no me he quitado el pijama. Creo que aprovecharé para poner en orden todos los libros que tengo encima de la mesa, al lado de la librería. Los textos son sobre proteínas, aminoácidos, probióticos… se amontonan unos encima de otros. Sí, hoy será el día de poner las cosas en orden.



Todavía no he tenido el tiempo para acomodar el primer libro cuando llaman a la puerta. Es raro, normalmente tienen que llamar al portero automático, aunque la puerta del portal a veces queda abierta. Tengo que volver a comentárselo al presidente de la comunidad, porque no me gusta la idea de que lleguen directamente a mi puerta sin yo saber quién es. Para eso existen las cámaras hoy en día.

Miro por el ojo mágico: es Sam. Su cara no me trasmite nada bueno.

—¿No tienes que ir a trabajar?

—Me han dado un par de días.

—¿Un par de días? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Para pensar.

—¿Para pensar qué? ¡Por Dios, Samuel! O hablas o sino ¿para qué has venido? Que no soy tu madre.

—Para tomar una decisión. Cuando llegué al despacho, mi jefe tenía la puta revista encima de la mesa. Me miró mal y me pidió explicaciones. No podía decirle que era mentira y que era cosa de una prensa rosa sensacionalista que solo quiere vender, no podía mentirle y seguir mirándolo a la cara. Tengo principios.

—Nadie te ha dicho que tengas que mentirle. Yo jamás te he pedido que lo hicieras. Me parece bien y muy valiente lo que has hecho. ¿Y él?

—Él me ha dicho que no le importa mi condición sexual, que en sus 40 años de servicio nunca ha tenido un compañero maricón, pero que los tiempos han cambiado y que ahora todos vivimos en paz.

—Qué gentil por su parte ¿no? ¡Viejo con preconceptos! Qué asco de verdad…

—¿Sigo?

—Claro.

—Pues, eso, que no le importa si me gustan peras o bananas, pero que no va a consentir que tenga un lío en el círculo cercano de su cliente más importante. Así que me ha dado un par de días para que tome la decisión.

—¿Qué decisión, Samuel?

—O tú o mi trabajo.

El mundo acaba de caerse encima de mí, aquello era lo peor que podía escuchar. Sé lo importante que es su trabajo para Sam, realmente le gusta lo que hace, le pagan bien y necesita la pasta, todos la necesitamos, pero él más. No ha tenido una adolescencia fácil, ha tenido que ayudar en casa desde muy joven y ahora, por fin, está encontrando esa libertad financiera que tanto deseó. Su mirada es triste y evita mirarme a los ojos.

—Solo he venido a decirte que la decisión está tomada. Lo siento mucho, Índigo, sabes lo importante que eres para mí. Estos tres años han sido los más increíbles de mi vida. Somos fuego cuando estamos juntos, pero no puedo tirar por la borda el trabajo construido, la confianza depositada en mí, el esfuerzo y sacrificio…

¡BOMMMM! Una bomba acaba de estallar, solo escucho pitidos. Su voz se debilita en mis oídos, sé que está hablando, pero no llego a escuchar sus palabras.

—¿Índigo? ¿Me escuchas? Índigo, lo siento.

—¿No puedes tirar por la borda tu trabajo? ¿Pero sí puedes tirar por la borda lo nuestro? Yo no soy nada, no hemos construido nada, ya veo que es más fácil encontrar a otro para pasar el rato que encontrar otro puñetero trabajo.

—Entiéndeme, este trabajo es lo único que tengo.

—¿Lo único que tienes?

—El amor no te da de comer, Índigo. Sé que no puedes ponerte en mi lugar porque tú ganas mucho más que yo y...

Ahí tengo que pararle los pies.

—Sabes que mi carrera también se resiente por este tipo de noticias, ¿verdad? ¿Y dejo que marquen mi futuro? No. ¿Por qué no puedes hacer tú lo mismo?

—No creo que encuentre un puesto mejor en toda mi vida.

—Pero sí encontrar a otro tonto que te baile el agua, ¿no? Te voy a decir una cosa: encontrar a otro con quien compartir cama es muy fácil, pero encontrar a otro que te complemente como compañero, amigo, amante ya no es tan fácil. De igual manera, soy yo el que se ha equivocado estos tres años. Soy yo, iluso de mí, quien pensó haber encontrado todo eso, pero simplemente estaba calentando una cama. Perfecto, Samuel. Gracias por la visita.

—Índigo, no quiero perder tu amistad.

—He dicho que te vayas, Samuel. Coge los dos días de vacaciones.

Intenta agarrarme la mano, pero yo la separo bruscamente, le abro la puerta y le invito a marcharse. Antes de cerrar, sus ojos se clavan en los míos. Son los ojos más bonitos que he mirado nunca.

He dejado siete mensajes en el contestador de Fiona, llorando desconsolado como un niño pequeño. ¿Por qué la vida es tan injusta? ¿Por qué nunca pueden salir las cosas bien? «Fiona, llámame, necesito hablar contigo». Tengo que prepararme para el próximo campeonato, pero ahora solo tengo ganas de comer chocolate. El duro boxeador de dos metros está acurrucado en el sofá, esperando la llamada de su mejor amiga, y acaba de zamparse dos tabletas de chocolate con almendras.

CAPítulo



Han pasado 32 días, 5 horas y 26 minutos desde que le cerré la puerta a Sam. De todos modos, para mí igual que para Sabina, han parecido 32 días y 500 noches. 32 días, 5 horas y 26 minutos que han transcurrido lentos, insulsos, traumáticos… prácticamente no he parado de comer y comer y comer. Las 1000 calorías que pierdo entrenando las triplico con bolsas de patata fritas, hamburguesas, pizzas, helados y todo aquello que contenga azucares añadidos, colorantes y conservantes.



Hoy por fin he decidido salir a cenar con Fiona. Me ha prometido que no llevará escolta: no quiero volver a verlo, ni ahora ni en los próximos treinta años. Me analizo en el espejo. A pesar de haber engordado un par de kilos no estoy nada mal. He decidido atarme el pelo con una coleta y un estilo casual. Me pongo un poco de antiojeras para no ir con mala cara, bastante llaman la atención mis ojos, la heterocromía no es común, solo el 0,67% de la población tenemos la suerte de tener cada ojo de un distinto color.

Con Fiona he quedado en el centro. Llego diez minutos antes y ella ya está esperándome, fantástica como siempre, aunque más seria que de costumbre.

—Me alegro de verte, Índigo, te echaba de menos —Me abraza fuerte.

—Yo también a ti, pero necesitaba tiempo. No puedo creer que se haya terminado, qué tonto que fui. ¿Por qué no controlé mis impulsos? Si me hubiese controlado, todo seguiría bien.

Entramos en el gastrobar. Fiona saluda a un chico bajito y rubio que le sonríe desde atrás de la barra, se conocen de la universidad: otro periodista que acaba detrás de la barra de un bar. Fiona ha tenido suerte, o más bien, ha tenido siempre mucho desparpajo delante y detrás de las cámaras.

El local está decorado con mucho gusto. Ahora más que nunca la decoración es tan importante como el menú, a veces hasta más. Nos sentamos en una mesa al lado de un ventanal que da a un patio interior, donde también hay mesas. Estas son bajitas y tienen sillones alrededor. El jardín es un lugar fantástico para tomar una copa en las agradables noches de verano.

Acaban de traernos una botella de vino, ahora sé por qué Fiona ya estaba esperándome, no le gusta dejar nada al azar. Toman nota de lo que queremos cenar: ella un tartar de salmón y yo una hamburguesa doble con bacon y huevo frito. Fiona me mira horrorizada.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? Tú no sueles comer eso y menos en preparación para campeonato.

—Soy mayorcito para saber lo que hago. ¿Cómo estás?

—Bien, en breve se estrenará la serie de reportajes que hemos grabado, va a ser un éxito, estoy segura. La hemos realizado con mucha ilusión y la edición es brutal. Nos han comprado los derechos ¡y prontito la verás en *prime time*! En los informativos, voy a pasar del fin de semana al matutino semanal, así que estoy muy contenta, pero no hemos venido a hablar de mí. No has querido verme, Índigo, me dejaste un montón de mensajes, casi me da algo al escucharte y

después no has querido verme. No me abriste la puerta, eso no se hace.

—No es mi mejor momento, no me reproches… no he venido a eso. He venido a verte porque me apetecía darte un abrazo. Me conoces, sabes que necesito mi tiempo. No pensé que me iba a costar tanto, se me está haciendo cuesta arriba. Lo que teníamos era muy intenso, me siento traicionado. Voy del gimnasio a casa y de casa al gimnasio. Tengo que concentrarme. No quiero, además de perderlo a él, perder ahora mi carrera, pero mentalmente es complicado. Tengo que confesarte que el gordo que llevo dentro ha salido de nuevo… no paro de comer.

El camarero llega con nuestro pedido, la hamburguesa es enorme, ¡parece que me mira y me dice… «cómeme»! Estoy volviéndome loco.

La noche con Fiona transcurre mejor de lo que pensaba, realmente me hacía falta su presencia. La botella de vino está bajando sin que nos demos cuenta y el brownie, con helado de vainilla y chocolate caliente, es de otro mundo. La temperatura hoy nos acompaña, así que acabamos por decidir quedarnos un poco más. Cuando empezamos a hablar no hay alguien que nos pare.

He elegido el cóctel más exótico, extraño y extravagante de la carta; y el mismo para Fiona, que siempre me acompaña en mis aventuras cocteleras. Aún recuerdo un día en que pedimos un «Coquetier», nunca olvidaré el nombre. En la carta estaba escrito: ron, chocolate y canela, pero nuestra sorpresa fue enorme cuando nos lo presentaron dentro de un cascarón de huevo. Sobre la mesa acaban de ponernos dos «Bahama Mama», servidos en copa y con sombrilla. Fiona me mira aliviada, en sus ojos risueños veo que acaba de pensar en el cascarón de huevo como yo. Enfrente de nuestra mesa hay un grupo de tres chicos que no paran de mirarnos. Fiona me anima a que les siga el juego, pero no tengo ánimos para eso. He venido a estar con ella.

—Esta vez has acertado con el coctel, te felicito, contigo es siempre una lotería. Y, hablando de loterías, vas a recibir un e-mail.

—¿Un e-mail? ¿De qué?

—Un e-mail de una página en la que te he inscrito.

—¿Una página de qué?

—Verás… Es una red social de citas a ciegas.

—¿Qué me has inscrito dónde? ¿Pero tú estás loca?

—¡Lo necesitas! Necesitas salir y conocer gente. Va a ser muy divertido, ya lo verás, además a ti te encanta lo inesperado, la aventura…

—Solo en los cocteles. No en los hombres.

Mi móvil vibra, me acaba de llegar el e-mail. Lo dejo encima de la mesa, ni lo toco ni lo miro. Sigo bebiendo.

—Si no vas a cogerlo, lo haré yo —Antes de que pueda detenerla Fiona ya tiene mi teléfono en su mano. Sabe mi contraseña. ¿Por qué tengo que compartirlo todo con ella? Me enfado conmigo mismo por ser tan entregado. Abre el mail y la sonrisa le ilumina la cara, no me gusta cuando sus ojos brillan así juguetones. Ella termina divirtiéndose y yo metido en alguna situación embarazosa.

Nos sentamos juntos en el sofá para poder ver el contenido. Fiona se ha tomado la libertad de aceptar la política de privacidad, crear una contraseña, un perfil, anotar mis gustos y preferencias y colocar una foto. Por supuesto, como son citas a ciegas, los candidatos no podemos poner una foto de nosotros mismos, así que mi amiga ha decidido poner de perfil una bola de discoteca, de esas que no faltan en un buen local en los 80, llena de colores y luces. Fantástico, la imagen de discotequero irresponsable y vividor ya la tengo marcada. Veamos qué príncipes deciden contactar conmigo. Además, la aplicación te permite activar la opción de cercanía, es decir, que

te salte el mensaje cuando alguien disponible y con gustos semejantes a los tuyos esté a menos de un kilómetro de distancia. Decido no hacerlo, no quiero parecer desesperado ni tampoco entrar en una fase traumática al darme cuenta de cuántos están en la misma situación que yo. Prefiero ir seleccionando. Fiona me insiste, dice que será divertido, que necesito distraerme y conocer gente nueva. Sé que tiene razón, pero paso a paso… ¿o acaso no tengo derecho de pasar mi momento de duelo?

Por fin en casa. La noche ha sido larga pero muy divertida, siempre lo es cuando estamos juntos. La hamburguesa, el huevo, el beicon y el coctel aún se mezclan en mi estómago. Creo que debo parar y empezar a comer lechuga.

Mientras me lavo los dientes salta un mensaje: «Tienes dos candidatos compatibles contigo». ¿Ya? Pero si acabo de inscribirme… decido no abrirlo, no lo haré, he accedido a todo esto porque no quería molestar a Fiona, que sé que está preocupada por mí. Cuando me pregunte le diré que de momento nadie se ajusta a mi perfil. Me voy a la cama. Vuelve a saltar un mensaje, esta vez es Fiona: «Espero que pronto recuperes la sonrisa. Ha sido una velada muy divertida. Y no se te ocurra engañarme y decirme que no vas a quedar con nadie porque no hay nadie compatible. La semana que viene quiero verte con cita. Divierte.» La muy… ¿cómo puede leer mis pensamientos desde el otro lado de la ciudad? Miro alrededor en busca de una cámara espía. Me estoy volviendo loco, ni siquiera he pensado en alto, realmente me conoce muy bien. Decido cerrar los ojos.



Como cada mañana, me levanto temprano para ir a entrenar. La cena de anoche fue demasiado pesada, tengo que empezar a bajar… no solo la cena de ayer sino todas las últimas cenas, comidas y meriendas del último mes. No miro el móvil, no quiero tocarlo. Me quedo a comer cerca del gimnasio con una compañera que es entrenadora de niños, futuras promesas del boxeo, según ella. Siempre tiene anécdotas que contarme. Después volvemos juntos, le he prometido que le daría a su grupo una charla de motivación y auto superación. El día pasa rápido y prácticamente no me he acordado del teléfono ni de las citas ni de la compatibilidad; solo un poco de Sam, pero eso no puedo evitarlo. Llego a casa a la hora de cenar. Ha sido un día largo y productivo, he conseguido mantenerme ocupado.

Me preparo una cena ligera y enciendo la televisión. Cojo el teléfono y veo muchos mensajes: de Fiona, de mi madre, del taller y de He-man. ¿He-man? Pero qué ridículo me parece. Empiezo a reír, en realidad no puedo parar de reír, un ataque incontrolable se apodera de mí. No tenía intenciones de hablar, pero He-man llama mi atención, y por muy ridículo que parezca, la curiosidad es mayor que mi abstinencia. De todos modos, si lo pienso, mi nombre tampoco es mucho mejor: «Mister T». Fiona ha querido hacer un guiño a la lucha libre, «para no dar pistas sobre el boxeo pero que vaya de la mano». Si yo contactase a un «Mister T», esperaría encontrarme en la cita a un negro fuerte, grande y malote, y no a un rubio de pelo largo y barba de varios días. Según mi amiga, es el gancho perfecto, porque si se quedan después de verme significará que me han elegido por mi personalidad… ya veremos.

Tengo dos mensajes de «He-man». El primero efectivamente bromea sobre el estereotipo de malote y el segundo, un poco más serio, hace referencia a los mismos gustos y aficiones. Estoy nervioso, parezco un adolescente. Después de diez minutos de pensar en cómo empezar mi mensaje, no se me ocurre nada mejor que ponerle: «Hola, He-man, encantado de conocerte». Vaya mierda de entrada, ¿encantado de conocerte? Si no nos conocemos. En pocos segundos

vuelve a sonar el teléfono: «Encantado de conocerte también ��». Suspiro aliviado.

Me acomodo en el sillón y empezamos una larga conversación, hablamos de muchas cosas: aficiones, estudios, viajes, música, amores, desamores, pero, por supuesto, no hago alusión a Sam, simplemente le cuento que he terminado una relación de años y que estoy en un momento de encuentro personal, y que una amiga me ha metido en esto, si bien no tengo la intención de buscar pareja por aquí. Él me dice que nunca ha tenido una relación seria, que no hace mucho decidió asumir su sexualidad. Aunque desde adolescente sabe cuáles son sus preferencias, no se ha atrevido a formar ninguna relación estable; y aún hoy su círculo social y su familia no lo saben, pero él lo tiene claro y quiere empezar a vivir.

Tenemos muchas cosas en común, y también hay diferencias, pero esa es la esencia ¿no? Ya me encargaré de llenar su vida de purpurina; si nos llegamos a conocer, claro. No hemos hablado nada al respecto, ni siquiera sé si estamos en el mismo país. La noche pasa rápido pero mañana hay que trabajar. Prometemos volver a hablar mañana por la tarde.

Durante la semana me he empezado a ilusionar. Hemos hablado cada día y cada noche de los últimos diez días. Fiona me dice que siga barajando opciones, y he contactado con otros chicos, pero con ninguno hay tanta química como con He-man. Hasta he podido sentir que olvidaba a Sam por momentos. Hoy es miércoles, exactamente once días han pasado desde que tuvimos nuestra primera conversación, y me acaba de preguntar dónde vivo. ¡Cuál es mi sorpresa al descubrir que los dos vivimos en la misma ciudad! Rápidamente escribo a Fiona, no puedo creerlo, ella está segura de que es el destino y de que tengo que proponerle una cita, que es el momento. Hace tiempo que no sentía este cosquilleo, pero ¿cómo puedo sentir eso si ni siquiera nos conocemos? ¿Y si después no nos gustamos? Hay que atreverse, me dice ella, (estoy a conversación a dos bandas, debo tener cuidado de no enviar a He-man lo que hablo con Fiona y viceversa).



«La verdad es que me haría ilusión conocerte, nunca he sentido tanta compatibilidad con alguien» me dice. La verdad es que, al margen de Sam, yo tampoco. «¿Estás seguro? ¿Y si te ve algún amigo?». Lo último que quiero es causarle problemas a él también. «No quiero dejar pasar la oportunidad de hablar con la única persona que conozco a la que le gusta Lindsay Lohan tanto como a mí». Me hace reír, si nos hubiéramos conocido en la adolescencia, nos habríamos enamorado, tenemos los dos ese espíritu de niño transgresor.

Hemos quedado el sábado, no puedo creer que lo haya hecho y menos aún que él me haya dicho que no le importa si nos pillan. Quedan tres días, tres días para prepararme. Tendré que ir a hacerme la barba, quizás comprarme alguna camisa nueva. Tengo que quedar con Fiona, ella sabe mejor que nadie qué es lo que mejor me sienta. ¿Por qué estoy tan nervioso?



Como no podía ser de otra manera, y a un día de la cita, porque lo dejo todo para la última hora, he quedado con Fiona en el centro comercial para ver el *look* de mañana. Primero vamos a tomar un café y le voy a poner al día sobre He-man. Aunque creo que ya no queda nada nuevo que contarle, a ella le gusta que le repita las historias una y mil veces porque siempre tiene algo nuevo que aportar, como buena periodista que es. Esta vez he sido yo el primero en aparecer,

cojo mesa para dos y la veo llegar, ¿pero con quién viene? No está sola, ¡no puede ser! ¡Trae refuerzos! Menuda tarde me espera. Se acercan las tres a la mesa.

—Hola Fiona. Hola, chicas—Sandy y Sandra me miran sonrientes. Desde la fiesta han vuelto a mantener el contacto con Fiona, saben bien a quién arrimarse, estudiaron en buenos colegios.

—Hola Índigo, hemos venido a asesorarte, sabemos que tienes una importante cita mañana… buscamos una mesa más grande, ¿no? —Sandra, la pelirroja, toma la iniciativa y pone de manifiesto su poder de líder, como lo hacía en el grupo de animadoras.

Nos cambiamos de mesa y pedimos cafés y tartas de zanahoria, en realidad, todos llevamos un gordi dentro y nos encanta exhibirlo cuando estamos juntos. En cuanto nos traen el pedido me miran expectantes. Parece que estaban esperando el momento justo, cuando ya saben que el camarero no nos va a molestar más y que no habrá interferencias.

—Bueno, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—No te hagas el loco, Índigo. Hemos venido a asesorarte, pero necesitamos saber cómo es él, en qué lugar se enamoró de ti.

—Pero qué encerrona me habéis hecho, increíble. Sois las tres unas cotillas de mucho cuidado y la peor tú, Fiona.

—La profesión se lleva por dentro —Nos reímos todos.

—No sé quién es, ni su nombre, ni cuanto mide, ni cuánto pesa, ni el número de su cuenta bancaria. Ni siquiera nos hemos enamorado, pero todo eso ya lo sabéis, no tengo más detalles.

—Venga, no te hagas de rogar, cuéntanos entonces por qué has decidido conocerlo. Algo habrá de tener, ¿te ha enviado fotos intimas?

—¡Por favor, Sandy! Pero cómo sois, siempre pensando en lo mismo. Pues, la verdad, hemos hablado todos los días y la conversación fluye, siempre tenemos algo que contarnos y eso me gusta. Además, sabe escuchar, me ha ido preguntando sobre mí y sobre mi relación. A medida que iba surgiendo la conversación, en ningún momento ha sido cotilla ni entrometido, no como vosotras, por cierto. No ha sido intrusivo y creo que eso dice mucho de él. Ha esperado y le he ido contando según ha ido surgiendo, creo que es bastante maduro a pesar de su edad.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta Sandy.

—Veinticuatro, como yo.

—¿Solo? Pero si a ti siempre te han gustado mayores —me interrumpe Fiona— ¿Y si después lo ves y no te gusta?

—Es un riesgo, tú me metiste en esto. Me ha gustado su forma de ser y creo que esa es la esencia de este juego. Después, puede que haya *feeling* o no, si no lo hay estoy seguro de que surgirá una muy buena amistad, porque ya se está forjando. Es sensible, lo noto sincero cuando me habla, ha destapado su alma conmigo y eso demuestra sensibilidad. Me ha contado que le ha costado mucho dar el paso de asumir su sexualidad, que desde pequeño lo sabe pero que nunca ha podido dar la cara por los que le rodeaban. Él mismo no quería «defraudar» el estereotipo que le habían marcado, pero nunca ha sido feliz, no hasta ahora que se ha aceptado. Ahora ha empezado a vivir y a sentir la libertad como persona. Es aventurero, le gusta viajar, conoce muchos sitios, tanto urbanos como exóticos, y cada vez que puede viajar lo hace. Siempre solo, pero está en busca de alguien con quien compartir esos momentos. Me ha dicho que necesita un amigo de verdad. Eso me ha conmovido, como os digo, si no hay atracción física al menos habré ganado un compañero de aventuras, mejorando la presente, Fiona.

Las tres me miran como si estuviesen viendo una novela, con ojos de gatito de Shrek, enamoradas, apasionadas. Asienten con la cabeza, dándome a entender que quieren que prosiga.

—Con Sam todo era muy pasional, muy intenso. He-man en cambio me proporciona calma, hemos pasado horas conectados y no me ha hecho falta nada más mientras hablaba con él. Además, es muy inteligente e ingenioso, sabéis que me gusta poner a los candidatos en aprietos y cada vez que le he preguntado sobre política y situación del país, ha sabido responder sin problemas e incluso dar vuelta la situación para ponerme a mí ahí, y, además, lo mejor es que nos hemos reído mucho. No sé, me da buenas vibraciones, pero no espero nada de mañana, no llevo ninguna expectativa. Solo tengo una breve ilusión por la persona que voy a encontrar.

—¡Nos encanta! Te veo hablar y te brillan los ojos, te conozco, Índigo. Sé que en el fondo sí esperas que sea el hombre de tu vida, eres un romántico y lo sabes, nena.

—Fiona, para de tonterías, por tu culpa estoy en este lío. ¿Habéis venido a cotillear o a ayudarme a elegir *look*? Venga, cotillas cotorras, pagad el café que para eso soy la princesa de la tarde y vámonos de compras.

El día pasa volando. Consigo encontrar algo que me gusta, un conjunto negro casual que no se nota que fue preparado. Al final, la compañía de las tres ha dado resultado, me he sentido como Samantha Jones, en *Sex And The City*, no por mi obsesión con el sexo sino por sentirme poderoso y acompañado por tres amigas increíbles, porque sí, Sandy y Sandra han mostrado ser más que dos cotillas.



Hemos quedado en un bar nuevo, al este de la ciudad, en un barrio que está poniéndose de moda, ya que lo frecuentan escritores, pintores y gente del teatro, nadie que pueda interrumpir nuestra cita. Además, He-man quería que fuese en las afueras del centro, supongo que quiere evitar encontrarse gente conocida a pesar de todo. Me ha dicho que llevará pantalón chino azul marino y una camiseta blanca con cuello en V, y que tiene el pelo rubio. Yo no le dado ninguna pista, prefiero ser yo quien lo identifique.

Estoy en la puerta del bar, hay mucha gente y tengo el corazón a mil por horas. Entro despacio, miro alrededor, donde también hay mucha gente, y lo identifico. He-man está de espaldas en la barra, no es tan alto como yo, pero tiene buena estatura y complexión media. La camiseta blanca le marca la espalda. Respiro hondo, me acerco y pongo mi mano en su hombro.

—¡Deandre! ¿Qué coño haces aquí?

CAPítulo



No puedo creer que esto esté pasando.

—¡Mister T! ¿Tú eres «Mister T»? ¿Pero no eras negro?

—Siento decepcionarte, gordo y maricón, como me dijiste la última vez, pero negro no. ¿Me has tomado el pelo? ¿Te has reído de mí? ¿Cómo sabías que era yo?

—¿Cómo voy a saber que eras tú? ¿Cómo coño voy a imaginar que eras tú? Nunca pensé encontrarte en una aplicación de citas, y menos con una vida estupenda y un novio maravilloso como el tuyo.

—Exnovio, es exnovio. Pero no te importa, ya te has divertido bastante en la fiesta del instituto. Venga, ahora ríete de mí, haz un chiste malo y homofóbico en voz alta y escúpeme si quieres. Me voy.

—Espera Índigo, vamos a tomarnos algo, no hemos recorrido la ciudad para nada, ¿no? Al menos que quede como una anécdota, te prometo portarme bien.

No sé dónde está la trampa, no sé por qué decido quedarme, pero me siento en la barra a su lado. Hoy está diferente, sin traje ni el pelo lamido para atrás, está relajado, con una sonrisa nerviosa. No quiero decir que está guapo, pero feo no. El silencio es incómodo. Ninguno de los dos esperaba encontrarse al otro aquí: él esperaba a un negro grande, fuerte y malote y yo… yo no sé qué esperaba, pero no a Deandre. Decido interrumpir el silencio.

—¿Entonces eres gay? —no he podido evitarlo, la pregunta voló de mi boca.

—Sí, lo soy —suspira hondo y da un trago al botellín de cerveza con tequila que acaban de servirle—. Lo soy hace mucho tiempo, Índigo, ya te lo he dicho. No puedo creer que me haya sincerado contigo como lo he hecho.

—La verdad, tiene gracia.

—¿El qué tiene gracia? Porque yo no se la veo por ningún sitio. Con una persona conocida era con lo último que quería y esperaba encontrarme hoy aquí.

—Somos muchos, Deandre, da gracia que sea yo el que está aquí sentado y no un compañero de la empresa de tu padre —no puedo evitar reírme.

—Muy gracioso, qué puta mala suerte. Además, todo lo que te he contado… absolutamente todo. Me he abierto a ti como no lo he hecho con nadie, la rabia me come ahora mismo.

—Es el karma. Por tantas veces que te has reído de mí y de tantos otros.

—No estoy rabioso contigo, lo estoy conmigo mismo, por ser tan tonto. ¿Cómo puedo abrir mis sentimientos a un desconocido?

Se le ve realmente afectado. No quiero seguir por ese camino, al fin y al cabo, y si lo pienso fríamente, tengo al lado a Deandre, al mismo que se reía de mí y que hacía bromas con todo aquel que no considerase merecedor de su compañía. Un capullo integral. Pero también hemos estado casi dos semanas hablando todos los días, y si lo que me decía era verdad, he estado hablando con una persona maravillosa, la persona que me ha hecho olvidarme de Sam por largos periodos de tiempo. Estoy confundido, ¿cómo pueden Deandre y He-man ser la misma persona?

—Deandre, esa es la magia de las citas a ciegas: realmente te abres porque ves el corazón de la otra persona, no la cara. Si te abriste a mí es porque realmente quisiste hacerlo. No voy a juzgarte, no soy como tú.

—¿Cómo yo? ¿Y tú qué sabes cómo soy yo? No sabes nada, Índigo.

—Tienes razón, no sé nada, porque no puedo llegar a entender como Deandre y He-man pueden ser dos personas tan diferentes. El Deandre que conocí en el instituto y que vi en la fiesta hace poco es una persona malintencionada, cotilla, con dobles intenciones, al que le gusta ganar por encima de todos, mezquina… y He-man, por otro lado, me ha mostrado ser dulce, sincero, humano, cariñoso, tener una visión amplia del mundo y las personas. ¿Cuál de los dos es de verdad? ¿O eres tan retorcido que te gusta engañar a las personas en las redes como hacen tantos otros?, eso de mostrar la mejor cara de la humanidad para después dar el golpe frente a frente.

Se hace un silencio incomodo, otra vez. Deandre me mira, noto decepción y melancolía en su mirada. Eso es lo que veo: melancolía. Realmente aún no sé debido a qué, quizás me equivoque y no sea eso, quizás sea rabia como me acaba de decir. Pero no, no veo nada malicioso en sus ojos, no ahora.

—Índigo, lo siento.

Me coge desarmado, ¿acabo de escuchar «lo siento» de la boca de Deandre? Lo tendría que haber grabado.

—Lo siento, de verdad. No puedo seguir fingiendo, no contigo, no después de las largas tardes convertidas en noches que hemos pasado intercambiando confidencias. No después de haber sido más sincero contigo que con nadie hasta ahora. Soy gay, sí, no hay nada malo en eso, lo sé, pero nunca he podido admitirlo. Al principio por los demás, por el qué dirá mi familia, mis amigos, los profesores, la sociedad; que diría yo mismo al mirarme al espejo. Lo he negado siempre. En los ojos de los demás era más fácil ser el chulo, el que llamaba la atención metiéndose con otros, el que causaba alboroto al buscar imperfecciones, imperfecciones que no existían pero que yo creaba para quitar el foco de mí, porque no quería que se viese ningún síntoma de debilidad. Me lo he negado a mí mismo durante muchos años, pero, en lo más secreto de mi intimidad, no podía esconderlo. Ahora he decidido quitarme la máscara, ser yo mismo. Solo era yo mismo cuando viajaba, cuando me sentía lejos y libre de la sociedad que me apretaba… no de la sociedad en la que vivimos, sino de la que yo mismo me había creado. Pero he entendido que ha llegado el momento de dejar de hacerme daño. Quizás sea el karma o el destino, no lo sé, pero los días hablando con Mister-T realmente me han hecho mucho bien. Tenía ganas de conocerte.

—Te acepto las disculpas, dicen mucho de ti, como Deandre. Aquí y ahora esas palabras toman aún más valor, si cabe. Gracias por tus disculpas. Yo también me alegro de haber conocido a He-man, realmente es una gran persona y tenía ganas de ponerle cara. No esperaba que fuese la tuya, pero tengo que admitir que vestido así no te ves tan mal.

Él levanta su botellín y me ofrece un brindis, creo que es el momento de hundir el hacha de guerra.

—Por Mister-T.

—Por He-man.

Brindamos y un ataque de risa se apodera de los dos. La situación parece surrealista, sacada de una comedia americana de esas que ponen en la tele un domingo por la tarde. Jamás me hubiese imaginado en esta situación, pero los caminos de la vida a veces te sorprenden.

La noche pasa rápido, me gusta el Deandre que se abre ante mis ojos. Es divertido, ingenioso, con chispa. Qué pena que no se muestre así ante los demás, pero me ha hecho una promesa: me

ha prometido que no volverá a esconderse. Su familia ya lo conoce así, el escudo se lo pone al salir a la calle, aunque ahora ya nunca más. Entre cervezas me lo ha prometido, no sé en qué momento de la noche ni después de qué jarra, pero lo ha hecho. Solo espero que mañana se acuerde.



Acabo de despertarme con un resacón enorme. Necesito algo para la cabeza, ahora sé por qué los chupitos eran tan baratos. El cerebro me va a estallar. Busco algo en el cajón de la cocina. No suelo tener medicamentos, no me gustan, pero siempre hay algún ibuprofeno, paracetamol o alguna de esas en este cajón, para emergencias como esta.

Me tiro en el sofá, no quiero moverme, pero también quiero una ducha y un buen desayuno, todo al mismo tiempo. Tengo que decidir si me quedo aquí, tirado toda la mañana del domingo, o si me levanto e intento convertirme en una persona. Me suena el móvil. Es Deandre: «No sé qué nos dieron ayer, pero no puedo ni levantarme de la cama». Me alegro de no ser el único. Le mando una foto de mi estado en el sofá. Aunque no se me vea bien la cara, lo he hecho a propósito… no estoy en plan de mostrar intimidades tan pronto, pero mi cara de recién levantado y encima con resaca es la mayor de las intimidades. Suena el móvil otra vez, es Fiona: «¿Cómo fue? ¿Cómo es? ¿Te gustó? Mándame una foto, conociéndote seguro que sacaste más de una. Llámame cuando te despiertes. Te quiero.»

Había pensado que el primer dilema del día sería si tostada con o sin mermelada, pero me he equivocado, ¿qué le digo? No puedo mentirle, pero tampoco puedo contárselo. No así como así. Pero si le miento otra vez, como con Sam, la perderé para siempre, no me lo perdonará. Tengo que pensar en algo y hoy no es el mejor día ni el mejor momento para pensar. ¿Se lo digo a Deandre? ¿Y si me pide que no se lo cuente? Vuelvo a estar en el mismo dilema. Tengo ganas de cerrar los ojos y volver a dormir… acomodo el cojín y es lo que hago, dormir.



Me despierta el timbre de la puerta, miro el reloj, son las dos de la tarde. Domingo, dos de la tarde. Fiona debe de estar de comida familiar, a menos que la curiosidad sea mayor que la responsabilidad, lo cual no sería raro, y esté llamando a mi puerta. Deandre no sabe dónde vivo… a menos que ayer hubiéramos compartido un taxi y estuviese en mejores condiciones que yo, y, por lo tanto, recordase mi calle y número. Mi madre está de viaje, y a no ser que el león del safari se haya comido a sus amigas y venga desconsolada a contármelo, no será ella. Todas las opciones son absurdas pero posibles. Me levanto. ¿Por qué no han llamado al interfono? Al menos me daría tiempo de lavarme la cara. Abro sin pensar. ¡Sam! ¿Qué hace aquí? Tenía que haberlo intuido, es el único con la habilidad suficiente para llegar directo a mi puerta, no sé cómo lo hace. Me mira de arriba abajo.

—¿Te cojo en mal momento?

—Hombre, un poco sí. Como ves, me has levantado de la cama.

—¿Estás solo?

—No, estaba con mi almohada y mis dulces sueños.

—¿Puedo pasar?

Me echo a un lado y le invito a pasar de mala gana. No puedo creer que esté aquí, hoy,

después de la estupenda noche que ayer pasé, sin acordarme de él por primera vez en mucho tiempo. Después de haber brindado por la nueva vida, por las nuevas amistades… una mierda… una mierda grande. Quiero llorar. Quiero llorar, pero no delante de él, por supuesto que no. Ahora lo tengo en mi casa, en mi terreno, él ha llamado a mi puerta. Se va a la cocina y prepara un par de cafés como si no fuese un extraño. Realmente no lo es. Bueno, no lo era. Ahora sí lo es. No lo sé. La mañana está llena de decisiones que no estoy en condiciones de tomar.

—Tómate un café, creo que te vendrá bien. ¿Saliste de fiesta?

—Sí, salí con unos amigos.

—¿Fiona?

—No, nuevos amigos.

—Me alegro, seguro que lo pasaste bien. Yo estuve trabajando. Una cena diplomática.

—Qué bien. ¿Para qué has venido?

—Quería verte, tenemos una conversación pendiente.

—No tenemos nada, Sam, se acabó. Te fuiste. Decidiste marcharte y ahora no entiendo qué haces aquí ni por qué vienes a estropearme el domingo. Bastante dolor de cabeza tengo sin ti como para tener otro más ahora.

—No he podido dejar de pensar en ti, en lo nuestro. Quería verte. Han sido tres años de complicidad. Cuando tomé la decisión no fue fácil y no lo es ahora tampoco.

—Sam, tomaste la decisión y punto. No es fácil para ti y tampoco lo es para mí. Hemos pasado tres años increíbles, pero tres años que tu decidiste tirar por la borda, y no vengas ahora a querer buscar mi aprobación para quitar peso de tu conciencia.

—No es eso, pero quiero compensarte por lo que pasó. No quiero que lo nuestro quede como un mal recuerdo.

—¿Así de fácil? Me has hecho mierda el corazón, lo has aplastado, hundido, pero estoy levantando cabeza y lo que menos quiero es tenerte aquí, sentado delante de mí.

—Yo esperaba...

—¿Esperabas qué? ¿Qué esperas? ¿Qué te diga que estoy bien, que no pasó nada, que somos maduros, que fue una historia feliz y que seremos felices con otras personas porque la vida y el amor funcionan así? Pues, no es eso lo que vas a escuchar. Te he amado muchísimo, más que a nadie, me he apasionado locamente por ti. Supiste llevarme a tu terreno y nos hemos convertido en grandes amantes, compañeros y amigos, y tú decidiste acabar con todo, así que quédate con tu conciencia. Al menos que eso te pese.

—Yo prefiero quedarme con lo bueno, Índigo. Salí de aquí con un mal sabor de boca. La amistad tiene que perdurar a pesar de todo lo demás, creo que hemos vivido cosas muy bonitas como para cerrar el libro de esta forma.

—No hay otra forma de cerrarlo. Lo siento, Sam, te conozco y sé que te gusta quedar bien con todo el mundo, pero conmigo no va a ser así. No lo será porque tú lo has querido así. Ahora tengo que darme una ducha, necesito refrescar mi cuerpo y mi cabeza.

—¿Puedo quedarme un poco? Te prometo que después me iré y, si no quieres volver a verme, no nos volveremos a ver. Quiero buscar algunas cosas que me dejé en tu piso.

—Sí, puedes quedarte, pero cuando salga de la ducha espero que te hayas ido.

CAPítulo



Qué liberadora puede llegar a ser una ducha. Durante los veinte minutos o más que estoy debajo del agua, he podido repasar lo vivido anoche. Parece un sueño, parece algo lejano. Pienso en Deandre y en lo mucho que me divertí, nunca creí que esa persona podría tener ese sentido del humor, supongo que yo también tenía demasiados prejuicios. Nunca la noche había pasado tan rápido solo con hablar y hablar, eso solo me pasa con Fiona. También he pensado en Sam, qué sorpresa. No creí que se presentaría así en mi casa. Él no suele dar pasos para atrás. Imaginaba que eventualmente nos encontraríamos en algún evento de Fred, pero yo pasaría al lado suyo con la cabeza bien alta y divino; ya lo tenía planeado. El haberse presentado así de repente me ha cogido desprevenido. Pero ya ha pasado todo, ya vuelvo yo a tener el control.

Salgo de la ducha sintiéndome como nuevo. Ahora sí vuelvo a tener hambre. Iré a prepararme algo para comer y después llamaré a Fiona, aunque aún no sé muy bien qué le voy a contar. Igual, le relataré que Sam ha venido a verme, quizás eso le quite importancia a la cita y ni siquiera me pregunte el nombre del susodicho... No, eso no va a pasar, mejor que vaya pensando en cómo decírselo.

Me pongo la toalla por la cintura y salgo directo a la cocina, necesito un buen bocado.

Pero… pero ¿qué hace aún aquí? ¿Dormido? ¿En el sofá? ¿Pero este hombre a qué ha venido, a poner mi vida, mi sofá y mis cojines patas arriba? ¿Lo despierto? Mejor voy a comer algo, está roncando, ¡encima roncando! No puedo creer que siga aquí. ¿Por qué no se ha ido? No entiendo, no sé qué pretende. Si no quiere volver conmigo, estoy seguro de que ni quiere una amistad, solo quiere verme porque salió mal de aquí la última vez, y claro, al señorito no le gusta quedar mal con nadie.

Mientras me preparo el sándwich lo veo durmiendo, sin zapatos e increíblemente guapo. Tiene el pelo recién rapado, lo sé, lo huelo. He olido su perfume desde que le he abierto la puerta, ese perfume que se pone cuando acaba de raparse, ese perfume que he olido tantas veces. ¡Índigo! ¡Deja de pensar en él! ¡Deja de mirarlo! Qué difícil es… pero tengo que ser fuerte. Terminaré el sándwich, lo despertaré y se irá.

Estoy lavando los platos sucios cuando noto una mano en mi espalda.

—Índigo, lo siento, pensé en esperarte, tengo que darte algo, pero has tardado tanto que me he quedado dormido. Lo siento de verdad, no era mi intención.

Su mano caliente en mi espalda ha hecho que un escalofrío me recorriese la columna de arriba hacia abajo.

—¿Qué tienes que darme?

—Te dejaste tu reloj en mi casa la última vez que estuviste allí.

—Podías haberlo dejado encima de la mesa, no hacía falta que me esperases. Gracias, ahora puedes irte.

—¿Por qué estás así conmigo? Tú no eres así. Es duro y lo siento, sabes que esto no es porque te haya dejado de querer, sino porque las cosas tienen que ser de esta forma y ya.

—Es eso lo que más me jode, Sam. Hubiese preferido que me dejases de querer, que encontrases a otro mejor, más interesante, menos loco o más guapo, pero no es así y me jode. Me jode mucho que además vengas aquí a querer quedar bien, como si no pasara nada y fuésemos amigos o colegas. ¡Una mierda, Sam! No somos nada, no queda ni quedará nada entre nosotros. Tengo rabia, rabia como nunca había tenido antes, porque quiero y no puedo, porque puedes y no quieres.

No aguanto más, necesito salir de la cocina, necesito aire, necesito gritar y llorar. No puedo más con su parsimonia de hacer como si todo fuese normal. Nada es normal, esta situación no es normal, lo nuestro no era normal, nosotros no éramos normales. Todo era especialmente anormal y eso me encantaba.

Sam se acerca por detrás y vuelve a poner su mano en mi hombro, esta vez me acaricia la nuca. Él sabe que la nuca es lugar prohibido. Se acerca a mi oído y tira de la goma que me sujeta el pelo, deja que mi pelo caiga sobre mi espalda.

—Sabes que me vuelves loco, que quiero y no puedo.

—Si quieres, puedes.

Todo es terriblemente sexy. Mi toalla cae al suelo, estoy en desventaja: yo desnudo y él vestido. Me empuja suavemente hacia la pared y me besa despacio, dejando entrar su lengua en mi boca, dejando que la mía juegue golosa. Baja, va bajando lentamente. Pasa por el cuello, luego los pezones. Primero uno, lo muerde, después el otro, lo lame, lo lame hasta que se pone duro. Sigue bajando, su húmeda lengua está en mi ombligo, y baja, baja lento y sin parar, me besa entremedio de los muslos. El placer aumenta y él sigue bajando. Juega conmigo, juega como lo ha hecho siempre. Su olor, su tacto, su piel. Somos tan distintos, pero nos complementamos tan bien… en la cama somos el tándem perfecto, sin tapujos, sintiéndonos libres dentro de la intimidad del otro. Sus manos se enredan en mi pelo y mi mano acaricia su cuerpo perfectamente dibujado, ese cuerpo que tan bien conozco, y ese pelo que él ha desatado tantas veces. Me gusta mirarlo porque sé que su placer es el mío.



El cansancio se apodera de mi otra vez. Sam me da un beso con ternura. Se pone la ropa y va al cuarto de baño. Quisiera levantarme, pero el éxtasis y la resaca que parece volver pueden conmigo. Lo veo mirarme cariñoso y sonriente, se sienta a mi lado y vuelve a besarme.

—Necesitaba verte.

—No ha estado mal para ser la última vez.

Me guiña un ojo y se va. Es la última vez, lo sé y él también lo sabe. Puede, pero no quiere.



Cuando me despierto ya es de noche. Tengo la extraña sensación de haber vivido muchas cosas en un periodo muy corto de tiempo, ¿o en realidad ha sido así? Tengo 48 mensajes de Fiona, debe de estar desesperada, preocupada e histérica. Es raro no tener a la policía en la puerta de mi casa. Quizás encienda las noticias y esté en primera plana como un desaparecido. Con lo exagerada que es mi amiga, no me extrañaría. Si no se ha presentado aquí es porque la reunión familiar realmente está siendo densa, muy densa.

—Hola guapa, ¿te cojo en buen momento?

—¿Que si me coges en buen momento? Llevas desaparecido veinticuatro horas, la policía me ha dicho que, al ser mayor de edad, sin problemas mentales y boxeador de casi dos metros, y teniendo en cuenta de que ayer fue sábado por la noche, debía esperar un poco. ¡¿Dónde estabas?!

—Sabía que habías ido a la policía.

—No he ido, le he preguntado a Óscar, pero es lo mismo. ¿Qué has estado haciendo en estas 24 horas? No me digas que durmiendo porque no me lo creo. Y si has dormido, seguro que ha sido con alguien, que te conozco. Cuéntame. Tengo el teléfono con batería y Fred está tomando una copa con sus primos, así que no tengo nada más que hacer excepto escucharte, ¡estoy ansiosa! ¿Cómo es? ¿Habéis dormido juntos?

—No, no hemos dormido juntos.

—¡Oh! Qué pena… yo que te había imaginado pasando por fin una velada de amor, o al menos de sexo desenfrenado.

—En realidad sí que he tenido una velada de sexo desenfrenado, pero no con mi cita a ciegas.

—¡No te gustó! ¡No te gustó y ligaste con otro! Eres tremendo.

—¿Vas a dejarme hablar o te inventas tú la historia?

—Perdón, perdón. Prosiga, su excelencia.

—A ver, cómo empiezo… realmente no fue anoche, ha sido esta tarde, en mi casa. Estaba a punto de llamarte, a eso de las dos de la tarde, cuando sonó el timbre y ¿cuál fue mi sorpresa? Al abrir la puerta era Sam.

—¡Noooo! ¿No me digas que ha sido con él? Por dios, Índigo, ¿qué has hecho?

—Estoy bien, Fiona, somos adultos. Ha venido a traerme un reloj que dejé olvidado en su casa y estaba tremendamente guapo, yo tremendamente desnudo, y ha surgido. Pero ha sido bueno, vaya sí lo ha sido… ha sido bueno porque creo que los dos necesitábamos despedirnos. Ahora sí, se acabó. Acabo de pasar página.

—¡Eso espero! No me vengas como una mojigata llorando dentro de una semana.

—Pues eso es todo.

—¿Cómo que eso es todo? De eso nada, no me has contado nada. ¿Cómo fue anoche? ¿Pensabas que ibas a distraerme con tu encuentro con Sam?

—Pensé que sí.

—¿Pero tan feo es?

—No, para nada, no es feo, es más… estaba bastante guapo. El encuentro no pudo ser en un mejor lugar, era un sitio neutro para los dos. Nos conocimos al instante y, aunque al principio fue todo un poco raro, al poco tiempo ya estábamos riéndonos y hablando como de toda la vida.

—Es genial, me alegro de que el *feeling* no haya sido solo virtual. ¿A qué se dedica? ¿Estudia?

—Tiene una empresa familiar. Es bastante culto, bueno, eso ya lo había detectado. La verdad es que lo pasé muy bien, me divertí muchísimo y la noche pasó volando entre cervezas y chupitos. La resaca de esta mañana era mayúscula.

—Puedo imaginarme, ¿habéis vuelto a quedar?

—Realmente no, no formalmente. Esta mañana hemos vuelto a hablar por mensajes, por lo que entiendo que sí volveremos a vernos.

—¿Te gusta?

—Me ha gustado su compañía, no puedo decir que no me gusta, pero aún lo de Sam es reciente y creo que no estoy preparado para una nueva relación. Ayer no iba con la intención de enamorarme. Iba a pasármelo bien, a conocer a alguien interesante, y eso fue exactamente lo que

hice.

—¿Y cómo es?

—Es rubio, alto, no tanto como yo, pero está bien. De complexión atlética, se cuida. Vestido… lo definiría poco atrevido, pero con gusto.

—Ya te encargarás tú de sofisticarlo. No me has dicho cómo se llama.

¿Qué le digo ahora? ¿Y si le digo otro nombre? Eso no es mentirle, le he contado toda la verdad. Esto sería nada más ocultar un pequeño detalle.

—¿Índigo, estas ahí?

—Sí, sí, estoy aquí. El nombre es lo de menos, qué importa eso. Se llama He-man, creo que así mola más.

—Índigo… ¿qué me ocultas?

—Vale, ya está, te lo voy a decir. ¿Por qué no iba a querer decírtelo? Qué tontería, ¿no? No querer darte un nombre.

—¡Índigo! —casi me deja sordo.

—Deandre, se llama Deandre.

—¡Qué casualidad! Como el tonto ese del instituto. Mira que es un nombre poco común, tiene gracia que hasta haya dos con el mismo nombre y de la misma ciudad… ¿Índigo? ¿No será el mismo? Dime que no, por favor…

—Sí, lo es… Es él. Pero todo tiene una explicación. ¿Sigues teniendo batería en el móvil?

—Cuéntamelo todo y espero que lo cuentes bien, porque no puedo creer que sea la misma persona… O debe tener un grave problema de doble personalidad o tú de doble idiotez por creértelo todo. Después, soy yo la que también tiene algo que contarte, pero lo tuyo es mucho más importante, así que suelta.

Así sé que pasaré, al menos una hora y media más, explicando a Fiona con pelos y señales todo lo que pasó anoche, haciéndole ver quién es Deandre, el de verdad, y contestando mil y una preguntas. Esa es mi amiga, la amo y la amaré hasta que la muerte nos separe.

CAPíTULO



Ha sido un fin de semana extenuante. Por fin es lunes y todo lo vivido queda atrás. He intercambiado algunos mensajes con Deandre y hemos prometido volver a vernos, pero necesito empezar la rutina de la semana y que todo vuelva a la normalidad. La conversación con Fiona fue larga, intensa y con mil preguntas, como me esperaba. Menos mal que casi una hora y media después Fred le interrumpió y tuvo que volver a la tan animada reunión familiar. Ayer, cuando Fred la llamó, no pareció importarle; normalmente se enfada y reprocha tener que volver a las aburridas tertulias de la familia de su novio, pero ayer estaba especialmente amorosa y predispuesta. Hemos quedado esta tarde para tomar un café, dijo que tiene algo que contarme. Justo iba a hacerlo cuando tuvimos que colgar.

La mañana pasa rápido, entreno fuerte. Tengo que volver a coger forma, todo esto me ha venido muy bien. Hoy vuelvo con más energía, con ganas de comerme el mundo y de ganar ese campeonato. Voy a demostrar que Índigo Michaels sigue aquí y sigue siendo el mejor, rompiendo estereotipos, rompiendo moldes y rompiendo narices. Me siento bien, una nueva etapa está empezando y estoy preparado para ella. Termino la ducha, me recojo el pelo en un moño y salgo del gimnasio pisando fuerte: que se note bien que estoy aquí.

Fiona me acaba de enviar un mensaje, va a retrasarse 30 minutos, está reunida ultimando detalles del estreno de la serie de reportajes que han grabado. Estoy seguro de que va a ser un éxito, todo lo que mi inteligente amiga toca se convierte en oro. Pido un café para ir abriendo estómago para cuando llegue. También tengo un par de mensajes de Deandre, que me propone volver a vernos. Parece que el encuentro le ha venido bien, como a mí. Me cuenta que hoy tenía la presentación de un proyecto, que estuvo trabajando en la campaña de marketing para una empresa de ropa y productos íntimos de mujer y que ha dejado salir su vena más creativa, que sus socios no podían creer lo que estaba haciendo, pero que a los clientes les ha encantado verlo entrar en la sala con una chaqueta de flores, repartiendo cartulinas de colores y proponiendo a cada uno que dibujase lo que representaba la marca de ropa para ellos. Ahí ha estado la clave, me dice, en la libertad de expresión, eso es lo que va a potenciar esa marca, la libertad de que cada persona que se sienta mujer pueda ser libre. Ropa adaptada para todos los tipos de cuerpo y que deja mostrar lo que cada una quiere ser, porque todos somos diferentes.

Me encanta esta nueva versión de Deandre, quién iba a decírmelo años atrás, si cuando lo veía sentía repulsión por él y por todo lo que representaba. Ahora aquí estamos, compartiendo confidencias. Ahora sé que lo que él ha necesitado todo este tiempo era un amigo. Leer sus mensajes se está convirtiendo en rutina y, debo admitir, que si abro el móvil y no hay uno me entra un sentimiento de decepción… ya se está volviendo una necesidad. Fiona interrumpe mis pensamientos.

—¡Qué alegría verte! Pasar el fin de semana sin verte ha sido eterno. ¡Tenía ganas de romper un poco! Ha sido un fin de semana de formalismos y protocolos. Supongo que ya te habrás enterado, ¿no? Quería contártelo yo, pero como desapareciste del mapa entiendo que las noticias vuelan.

—¿Enterarme de qué? Siéntate y relájate que vienes eufórica.

—La reunión ha sido un éxito, aunque se ha alargado muchísimo y vine corriendo para no hacerte esperar, me temía que te diese un pronto de esos raros y decidieses no esperarme, y ya no podía esperar más para verte, porque esa noticia no es la única, ¿no vas a abrazarme? Por eso no me he sentado, ¡estoy esperando tu abrazo!

—Sí, te abrazo siempre, sabes que te quiero mucho, pero no sé por qué tanta efusividad.

—¿Que no sabes por qué tanta efusividad? ¿No te alegras por mí? ¡Que una no se casa todos los días!

—¿Que te casas? ¿Cómo que te casas? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¡Con quién ya lo sé! —Ahora soy yo el que salta de alegría. La abrazo, la cojo, la elevo. ¡Madre mía! Una boda, la boda de mi mejor amiga, esto suena a película, va a ser total.

—¡Síííííí! ¿No lo sabías? Me lo pidió ayer, delante de todos, por eso la reunión familiar se alargó tanto. Fue maravilloso, espectacular, mira el anillo, no puedo creerlo, Índigo, ¡me caso! Pensé que lo sabías porque estas noticias vuelan como la pólvora. Tenemos tantas cosas que hacer y que preparar, el tiempo vuela.

—Pero ¿cuándo te casas?

—Dentro de siete meses, solo siete meses, que no es nada para todo lo que tenemos que hacer. Te necesito conmigo, te necesito en todo. Me gustaría pedirte una cosa.

—Claro, lo que necesites, ya sabes que puedes contar conmigo.

—Quiero que seas mi madrina de bodas.

—¿Tu madrina? Pero…

—Ya lo sé Índigo, y no me importa, no me importa el qué dirán, no me importa nada ni nadie. Va a ser uno de los días más importantes de mi vida y quiero que me acompañe la persona más importante. Desafortunadamente mis padres no están, y tú me has acompañado en cada etapa, cada momento bueno o malo. Tú siempre has estado a mi lado. Te mereces ser tú el que me lleve al altar y me merezco ir de tu brazo. ¿Te gustaría?

—¿Que si me gustaría? ¡No hay nada que me haga más feliz! ¡Sí, quiero!

Lo digo tan alto y es tanta mi euforia que los de las mesas de alrededor empiezan a aplaudirnos y a decir: «¡Vivan los novios!» No sé cómo lo hacemos, pero siempre acabamos con clamor popular.

Aunque he vuelto a dejar los dulces decidimos pedirnos una tarta triple de chocolate para celebrar, por una vez no pasa nada. Pasamos toda la tarde hablando de preparativos, decoración, invitados, música, menú y, por supuesto, del vestido. Qué diseñadores le gustan, qué estilo le va a quedar mejor. Siete meses pasan volando y tenemos muchas cosas que hacer, no hay ni un minuto que perder. Aunque hay algo que aún ronda en mi cabeza…

—¿Has hablado con Fred? ¿Su familia lo sabe?

—¿Que si sabe el qué?

—Que voy a ser yo quien te lleve al altar.

—Claro que Fred lo sabe, Fred sabe que tú eres una extensión de mí, que si tú no estás yo tampoco, y la opinión de su familia la verdad es que me trae sin cuidado.

—Creía que en su familia eran un poco conservadores, ya sabes...

—No es algo que me preocupe, ya bastante tendré que pelear con su madre por los preparativos como para que se crea que puede elegir quién me acompaña al altar. Sería lo último. Índigo, vamos a estar divinas, imagínanos entrando las dos juntas, de primera página. Estaremos en portada las dos.

No me sale otra cosa que darle un súper beso. Va a ser la boda del año. Me encanta.



Cuando llego a casa estoy volando, mi cabeza ya tiene mil ideas que necesito compartir con alguien.

—Hola Deandre, soy Índigo, ¿puedes hablar? —Lo cojo por sorpresa. No hemos hablado nunca por teléfono, desde la cita solo hemos intercambiado mensajes. Muchas horas de conversaciones escritas, pero el teléfono es pasar a otro nivel.

—Hola. Sí, genial, me pillas genial. Estoy solo en casa, aburrido. Qué sorpresa que me llames, estaba pendiente de si entraba tu mensaje.

—¿Estabas esperando un mensaje mío?

—Bueno, no, quiero decir el mensaje de alguien, estaba aburrido.

—Has dicho mi mensaje, no me engañes.

—¿Y tú? ¿Por qué me llamas?

—Pues, sinceramente, necesito compartir algo importante con alguien y eres la primera persona en la que he pensado.

—Si es algo importante y necesitas compartirlo con alguien, ese alguien también tiene que ser importante ¿no?

—No quieras sacar de mí más de la cuenta. Sí, eres tú con quien me apetece compartirlo, ¿o quieres que me arrepienta?

—No, no, disculpa. Me gusta que me hayas llamado. ¿Qué te pasa?

—Fiona se casa.

—¡Qué bien! Felicítala de mi parte, es genial, va a ser un bodorrio.

—Pero no es solo eso, sino quiere que yo sea su madrina.

—¿Su madrina? Querrás decir su padrino.

—No, no, su madrina. Los padrinos no tienen glamour, no opinan sobre vestido ni sobre la decoración, quizás un poco sobre el menú, pero nada más, y yo tengo mucho glamour e ideas que aportar, jamás seré padrino: yo seré la madrina. Es así como estará escrito en la invitación. ¿No es genial?

—Es maravilloso, Índigo.

—Qué alegría en la voz, de verdad… ¿Qué te pasa?

—Nada, de verdad que me alegro por ti, por Fiona y por Fred, por supuesto. No me pasa nada.

—Deandre, no empecemos. Dijimos de ser sinceros el uno con el otro, de no guardar secretos, de ser libres para poder expresarnos. Si no, nuestra amistad no tiene sentido. Lo sellamos con tequila, que casi me matas.

—A mi padre no le ha gustado la presentación de hoy.

—Pero ha sido todo un éxito, me lo has dicho esta mañana.

—Sí, sí, la presentación ha sido estupenda y nos han asignado el proyecto, pero no le ha gustado que me paseara por todas las oficinas con la chaqueta de flores. Dice que he llamado demasiado la atención, que he sido arriesgado y que he puesto en riesgo el trabajo de meses. A él no le gusta correr riesgos y lo de esta mañana ha sido simplemente diferente.

—Pues, tendrá que ir acostumbrándose, ¿no? Los tiempos cambian y quizás sea hora de darle un giro a la política de empresa, a la forma de trabajar… yo creo que, si os adaptáis a las nuevas tendencias, la proyección de la empresa sería brutal.

—Eso díselo a él.

—Tú estás en la junta directiva, tienes que proponerlo. Tienes que tomar decisiones. Eres

muy inteligente, creativo, pero te dejas llevar. Tienes que sacar todo tu potencial, la era de lo normativo se ha acabado, propón el cambio. Además, las propias marcas aceptan con gusto tus ideas.

—Digamos que no quiere que la empresa de la imagen de apoyar a los «colectivos modernos» tal y como los llama él.

—Tu padre ya ha estado al frente muchos años, asume ahora tú las responsabilidades, para bien o para mal, pero arriésgate. Sorprende a todos como me sorprendiste a mí. Me encantó conocer a Deandre de verdad, el mundo se pierde mucho si sigues escondido.

—Sé que tienes razón, pero el cambio lleva su tiempo, no puedo aparecer sin más y cambiarlo todo.

—Puedes aparecer, sí, como lo has hecho hoy con la americana de flores. Ellos tienen que ver el cambio de un día para otro porque el tiempo vuela y no vuelve. De lo que no hagas ahora te arrepentirás mañana, te lo aseguro. Imagínate cuando llegué al gimnasio, donde solo había tíos fuertes, muy «machos» y muy «hombres», con mi pelo largo y rubio y dije que quería boxear. Todos me miraron de arriba abajo y me dijeron que no, que no pegaban a señoritas. ¿Sabes lo que hice? Me puse los guantes y subí al ring, y desde ese día hasta hoy no ha habido uno de esos machos que haya tocado mi nariz. Yo sabía mi potencial y tenía claro adónde quería llegar. El potencial lo tienes, ahora ten claro dónde quieres llegar y adelante. Estoy contigo, te acompañaré en el camino.

—Gracias Índigo. Me alegro de que fueses Mister-T, no podría haber encontrado a nadie mejor. ¿Sabes una cosa? No paro de pensar en ti.

—¿Cómo?

—No paro de pensar en el sábado, en lo bien que lo pasamos, en cómo la noche se pasó entre bromas, cervezas y largas conversaciones. Cada vez que he salido así, ha sido para acabar en alguna habitación, teniendo sexo con alguien al que apenas conocía, satisfaciendo una necesidad, pero terminando vacío. El otro día fue diferente. Gracias de verdad por seguir aquí.

—No tienes que darme las gracias. Las personas conectan o no conectan. Hace años que nos conocemos, pero no habíamos conectado porque no conocía al Deandre de verdad. Ya te dije, acabas de encontrar un compañero y amigo para siempre.

—Un amigo, claro. Mi compañero y amigo Índigo.

—Esta mañana me propusiste volver a quedar, ¿quieres que cenemos juntos el viernes? Conozco un sitio que te va a encantar. Podemos pasar una noche muy divertida.

—Me encantaría. ¿Tengo que ir formal?

—No, allí puedes ir y ser lo que quieras. Te mando la dirección el viernes por la mañana, quiero que sea una sorpresa hasta entonces.

—¿Me vas a hacer sufrir hasta entonces?

—Me gusta hacerte sufrir… —No puedo evitar una risita entre dientes—. Te veo el viernes. Un beso y cuídate. Ya me vas contando cómo vas por la oficina, no te dejes.

—Ya te iré diciendo. Otro beso para ti.

No puedo evitar la sonrisa después de colgar. Me gusta escucharlo. Es una sensación rara, parezco un adolescente, pero no puedo evitar ese estado melancólico y soñador cada vez que hablo con él. Mi móvil vuelve a sonar, es un mensaje:

«Las horas hasta el viernes serán eternas. Gracias otra vez por irrumpir como un huracán».

CAPíTULO



Fiona no ha parado de bombardearme con fotos de bodas durante toda la semana. Se ha desatado una bestia… me llama a todas horas para compartir y preguntarme algo, o para decirme que no se pone de acuerdo con tal o cual persona. Solo espero que no le dé un ataque de histeria, tan típico en ella, y mande a alguien importante a paseo, porque la veo venir. De pronto se presenta en mi casa con una maleta.

—¿Te han echado del piso?

—¿Qué dices, estás loco? Claro que no, hoy tengo la tarde libre y como me dijiste que tú también, traigo los catálogos de vestidos de novia.

—¿En una maleta?

—Pesan mucho, ¿no querrás que los cargue en una mochila?

—¿Cuántos traes?

Pone la maleta encima del sofá y la abre, creo que llega a la centena. Hay de todos los tamaños y colores.

—Pero Fiona, ¿no me dijiste que tenías claro el diseñador? No creo que esto nos ayude demasiado. Deberías centrarte en el estilo que te gusta.

—Decirlo es muy fácil, a todos os parece fácil. Difícil es ponerse en mi piel y tomar una de las decisiones más importantes de tu vida, eso nadie lo hace, lo fácil es juzgarme…

—Fiona, para de dramas, no vayas a empezar —creo que Fred no pensó en el lado indeciso de su futura mujer, y si lo pensó, tenía claro que no iba a ser él quien la aguantaría estos momentos. Creo que por eso me cuida tanto, si yo no estuviese, estos momentos dramáticos le tocarían a él—. ¿Quieres tomar algo?

—No, ahora no. ¿Por dónde empezamos?

Muy buena pregunta, ¿por dónde empezamos? Empiezo a coger catálogos. No hay una buena o mala forma de clasificarlos. Los voy separando por portada, los que creo que le puede gustar y los que creo que no. Pura intuición.

—¿Qué criterio estas llevando, Índigo?

—Antes de que vengas he leído sobre todos estos diseñadores, sus estilos, sus inspiraciones, lo que quieren transmitir con sus creaciones, y estoy separando los que pienso que tienen la esencia que tú buscas en tu boda —espero acertar con alguno y que me ayude mi intuición, porque no tengo ni idea de diseñadores de novias. Ya la veo instalándose aquí hasta mirar y remirar todos.

—Índigo, eres genial, sabía que hoy encontraría el diseño perfecto —se sienta más relajada y coge uno de los 10 catálogos que he separado—. Me gustaría algo sencillo, pero a la vez espectacular. La caída de la tela se tiene que ajustar a mi cuerpo, no quiero nada rígido, una tela fluida pero que se ciña a mi silueta. El escote por delante cerrado pero que se abra en la espalda. Quiero que el escote de la espalda sea espectacular y que el corte sirena se ajuste hasta las caderas y que después vaya abriéndose hasta desembocar en una larga cola. Seda, he pensado en

seda. ¿Qué te parece?

—Me parece maravilloso. ¿Si lo tienes tan claro por qué no vamos directamente al diseñador que querías y le propones la idea? Será mucho mejor que empaparte de mil diseños que solo harán confundirte. Tú lo tienes claro y Claudio Montesinos, ¿se llama así no?, es experto y sabrá aconsejarte.

—Sí, Claudio es un artista. Es el elegido, tengo que llamarlo para coger cita.

—Hablando de cita, me dijiste que aún no habías ido a la iglesia a coger la fecha de la boda. Cuando me dijiste 7 meses creí que ya era oficial.

—Y lo es, claro que lo es. Es solo ir y pedirlo y ya está.

—No corazón, no funcionan así las cosas. Hay largas listas de espera.

—Hablamos del hijo del presidente.

—Hablamos de que quieres casarte en la Catedral.

—No te preocupes amor, Fred lo tiene todo controlado, no seas histérica como yo. Voy a llamar a Claudio. Prepárame algo, por favor, me muero de sed.

Llaman al timbre y Fiona va a abrir la puerta. Sandy y Sandra entran escandalosamente en mi salón.

—Índigo, ¡qué apartamento más bonito! Tú siempre con un gusto exquisito. Es divino.

Miro a Fiona y quiero asesinarla. Encontrarlas para ir de compras es una cosa, tenerlas en mi casa es otra.

—Espero que no te moleste, las he invitado porque pensé que sería bueno contar con ayuda.

—Se supone que el vestido de la novia es el secreto mejor guardado, ¿no? Si lo eliges con estas dos delante te van a vender la exclusiva.

—Índigo, por favor —interrumpe Sandy— ¿Quién crees que somos? Jamás haríamos eso.

—Seguro que no. Seguro que no os gusta nada el chismorreo.

—Por cierto, ¿cómo fue tu cita? ¿Cómo es He-man? Fiona no ha querido contarnos nada.

Mierda, mierda, mierda… ¿Por qué tienen que tocar el tema?

—La cita a ciegas fue una experiencia muy divertida, conectamos muy bien.

—¿Y la espada de He-man, la viste?

—Sandra por favor, tú siempre tan explicita —le reprocha Sandy con una mirada cómplice, como si también quisiera saber.

—A mí me parece un detalle importante.

—No, no vi su espada. No era mi intención ni la suya. Nos conocimos, hablamos, nos divertimos y cada uno para su casa.

—Qué aburridos. ¿Nos lo presentarás?

—No, no os lo presentaré. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿No lo vas a traer a la boda? Porque no iras a venir solo, ¿no?

No lo había pensado. Bueno, sí que lo había pensado, pero había preferido omitir ese detalle para más adelante. Ir con Deandre sería presentarlo en sociedad, no sé si él estaría dispuesto, aunque a mí no me importaría ir de su mano. Unas semanas atrás jamás estaría pensando esto, pero tengo que admitir que con cada día que pasa tengo más necesidad de volver a verlo. Hablamos todos los días y, cuando veo en el teléfono que es él, el corazón se me dispara. Es una sensación rara, nos hemos visto una solo vez, pero ha despertado un sentimiento diferente al de Sam. Quizás cuando nos veamos el viernes todo pase y no sea más que un juego.

—Pues chicas, no lo sé, si tengo que ir solo lo haré, mejor solo que mal acompañado.

—O sea que no vas a contarnos nada del susodicho, qué aburrido eres.

—¿Hola? ¿Hemos venido a hablar de mi boda o del pretendiente de Índigo?

—De tu boda, cariño, es que estas dos son unas cotorras, ya te lo he dicho. Venga chicas, que tenemos mucho que hacer.

Hemos empezado con la lista de invitados, aunque no la podemos terminar, por supuesto, solo hemos hecho la parte de Fiona. La parte de Fred se han comprometido en dárnosla la semana que viene, estamos seguros de que será su madre quien la haga. Hemos hablado de la decoración de las mesas: Fiona quiere tulipanes en el centro. Cada mesa tendrá tulipanes de diferentes colores y llevará el nombre de un país diferente, y a cada comensal se le dará una tarjeta con algo típico de ese país. Yo no lo veo muy claro, pero ella quiere darle un aire internacional a la fiesta, ya que habrá invitados de diferentes lugares del mundo. Yo lo centraría más en la cultura local, precisamente porque viene gente de diferentes culturas podemos mostrarle lo nuestro. Sandy y Sandra solo asienten ante mis argumentos y a los de Fiona, además de hacernos reír, no han servido de mucha ayuda.

Claudio nos ha dado cita para la semana que viene, iremos las dos solas. Será un momento muy importante.

Son casi las once de la noche y, después de cenar, tengo que echarlas a las tres de mi casa. Mañana me espera un largo día, por la mañana entreno y tengo una cita con un cliente importante que quiere una dieta personalizada. Ha ganado mucho peso en poco tiempo y está empezando a tener algunos problemas de salud. Y por la noche tengo la gran cita con Deandre, espero que le guste el sitio.

«Buenos días, rubio. Te envío la dirección. A las nueve en punto en la puerta. Solo pon la dirección en el GPS, no busques más. Te va a gustar». Por más que me cueste, no vuelvo a escribirle en todo el día, quiero que la espera también sea especial.



A menos diez ya estoy en la puerta de Charanga. El día se ha hecho eterno, y eso que no he tenido ni un minuto de descanso. Estoy ansioso por ver si le gusta el sitio, desde luego es especial y es la prueba definitiva. A en punto lo veo aparecer, esta guapísimo. Cada vez que lo miro me resulta más guapo: su cara de adolescente con su cuerpo de hombre hace que el conjunto sea tremendamente atractivo. Me sonríe y mira hacia el letrero y la puerta que hay detrás de mí.

—¿Charanga? ¿Qué sitio es este? No lo había escuchado jamás —Me da un beso en la mejilla y me mira de reojo—. Estás muy guapo, te brillan los ojos, no sé cuál de los dos te brilla más, si el claro o el oscuro.

Me gusta su coqueteo, me hace olvidar que solíamos conocernos.

—Vamos dentro. Tú también estas guapo, el blanco te sienta bien.

El local está inspirado en las grandes casas victorianas francesas. Los techos son altos y de ellos cuelgan grandes lámparas de cristal. Las paredes están decoradas con papel pintado, creando diferentes ambientes, y cada uno tiene un gran sillón de tela con majestuosos cojines. Hay muchos y variados espejos, cada uno más barroco que el anterior; la luz es tenue, cientos de candelabros dan calidez a la estancia, y al fondo se ve un gran escenario. Al entrar, la sensación es de burdel de lujo del siglo XVIII. Se espera que las cortesanas aparezcan en cualquier momento, pero en vez de una bella y exuberante dama, quien nos recibe en la puerta es David, o más bien, Davinia, electricista entre semana, divina cortesana de viernes a domingo; alto, moreno e imponente.

—Buenas noches, Índigo, veo que vienes bien acompañado.

—Buenas noches, Davinia. Tenía reservada una mesa para dos. Estás espectacular esta noche.

—Al fondo, al lado del escenario, la mesa 4 es la vuestra. Que disfrutéis de la cena y el espectáculo.

Deandre observa sorprendido a todas partes, me mira y sonríe, veo que no le ha desagradado la sorpresa.

—¿Eres cliente habitual?

—Me encanta este sitio, el espectáculo es genial y la comida maravillosa. He venido algunas veces a celebrar cumpleaños y algún divorcio. Además, tengo buenos amigos trabajando aquí, ¿de verdad que no lo conocías?

—No, ya te he dicho que no suelo salir mucho. Me encanta, de verdad, menuda grata sorpresa. Me recuerda al Moulin Rouge.

Nos atiende Rosa, lleva poco tiempo aquí, pero es encantadora. Creo que debe de sobrepasar los 50, pero con tanto maquillaje no se distingue muy bien. Es una gran cantante, y no sé mucho más de ella. Aquí todos tienen un doble trabajo, son pocos lo que se dedican al espectáculo a tiempo completo, lo mejor es la diversidad, y eso es lo que quería enseñarle hoy a Deandre. Algunos son grandes profesionales, algunos homosexuales, otros simplemente amantes del arte y del escenario, pero nadie se avergüenza de sí mismo.

A mitad de la cena empieza el *show*. La cara de Deandre es realmente impresionante, no puedo describir lo que veo en sus ojos: admiración, alegría, sorpresa. Sé que está disfrutando muchísimo. Me coge de la mano por encima de la mesa y me la aprieta mientras me mira a los ojos.

—Gracias por estar aquí conmigo.

El corazón me late a mil por horas, no sé si son las luces, el volumen de la música en directo, el vino o sus ojos que me miran fijamente, pero la mezcla me marea y me atrapa. Su sonrisa es irresistible, no puedo evitarlo. Me acerco lentamente y me dejo llevar. Nos besamos, nos besamos suave y lento. No tenía planeado que esto pasase, pero tampoco lo he elegido.

Davinia nos despide. Después de la cena y el *show* hemos alargado un poco más la noche y hemos salido de Charanga casi a las 4 de la madrugada. El tiempo vuela cuando estamos juntos. Después del primer beso han venido más, y cada uno más intenso que el anterior, pero no quiero precipitar nada. Al salir pedimos un taxi, no hemos hablado si iremos a su casa o a la mía, o a ninguna… tampoco quiero romper la magia.

Me abre la puerta del taxi, me da un beso y se despide.

—Hablamos mañana, ha sido una velada maravillosa. La próxima la preparo yo.

El taxi arranca y lo veo alejarse. Se aleja, pero lo siento cerca, su olor aún perdura en mi ropa.

CAPíTULO



Había pensado que hoy, sábado, tendría una noche de pelis y sofá, pero no. Mi dulce y persuasiva amiga me acaba de llamar. Tiene que ir a grabar una entrevista en un local de moda y va a entrevistar al dueño, un emprendedor de éxito, que de la noche a la mañana ha abierto una cadena de pubs en las ciudades más importantes del mundo, Nueva York, Londres, Barcelona, Berlín y próximamente en París. Fiona cree que hay algo oscuro detrás, pero ella siempre cree esas cosas. No sé adónde me va a llevar, solo sé que vendrá a recogerme por la tarde. Quiere que vaya con ella porque después pretende quedarse allí a cenar y tomar algo, y claro, el muermo del cámara que tiene como compañero no le da mucho juego.

Anoche ya fui lo suficientemente loca, así que hoy decido vestirme más sobrio y formal, no me apetece llamar mucho la atención: un pantalón beige, cinturón marrón a juego con mis zapatos y camiseta básica a rayas marineras. Me miro en el espejo y tengo que reconocer que, por más que quiero pasar desapercibido, mi pelo, mi estatura y mi cuerpo definido no me ayudan demasiado. Bueno, mejor así, me gusta cómo soy.

Como siempre, ir en el coche con Fiona es toda una aventura, o, mejor dicho, una locura, y ella no me deja conducir. Me agarro bien y solo queda esperar que la suerte nos acompañe y el coche no salga volando durante el trayecto. Realmente cada vez que se pone al volante parece que estamos en una persecución *hollywoodiense*. Lo más impresionante de todo es que, vayamos donde vayamos, absolutamente siempre encuentra aparcamiento en la puerta. He llegado a pensar que Fred se encuentra detrás de esto; me lo imaginaba mandando a uno de los del servicio de guardaespaldas dos horas antes para guardar el sitio y, cuando el coche se acercase, esconderse para que el aparcamiento pareciese una casualidad. Si no hubiese tenido un novio al servicio de Fred que me juró y perjuró que no eran más que imaginaciones mías, lo creería de verdad. Aparcamos en la puerta y ¡no puedo creer donde me ha traído! Es el bar donde tuve la primera cita con Deandre. Sabía que la zona se estaba poniendo de moda, pero no tenía idea de que este lugar tuviese tanta repercusión. Cierto que el día que estuve aquí había muchísima gente, pero no tana como para venir a hacer un reportaje. Mi amiga se trae algo entre manos, cree que hay una historia detrás, sino no estaría aquí.

Mientras Fiona está con su entrevista, yo decido acercarme a la barra a pedir algo para picar. Pido una tapa de huevos rellenos de salmón y aguacate y un vino blanco. Tienen una pinta tremenda. Fiona está sentada al fondo del bar, cojo las cosas y me siento en una mesa justo detrás de ella, así estaré entretenido poniendo la oreja en la conversación. Acomodo el aperitivo delante de mí y, cuando levanto la cabeza, ahí está él. ¿Por qué tiene que pasarme esto a mí? Joder, ¿por qué está tan tremendo? Vestido de negro impoluto, recto, mirando al frente, está de servicio. Fred ha debido de mandarlo para evitar cualquier altercado. Imagino que no quiere escándalos antes de la boda, ni una novia desaparecida, ni nada por el estilo.

Dos veces que vengo a este sitio, dos citas a ciegas. Porque un encuentro como este, después de lo que pasó la última vez en mi apartamento, es una cita a ciegas. No esperaba encontrarlo ni

el a mí. Sé que me ha visto, noto cómo me mira de reojo, pero hago como que no va conmigo. Ya lo dejamos claro, nos despedimos y fue la última vez. De todos modos, no puedo evitar mirarlo y morderme el labio inferior, ni sentir una pequeña excitación al pensar en el último encuentro. Pero ya dije que se acabó, ahora estoy dejando entrar a otra persona que despierta sentimientos diferentes, no la loca lujuria que siento cada vez que miro a Sam. La ventaja ahora es mía, tengo que ser indiferente, hacerle ver que se acabó.

Durante los 40 minutos que dura la entrevista no cruzamos miradas, me entretengo escuchando las preguntas de mi amiga y las evasivas del entrevistado. Deandre me escribe, le cuento dónde estoy, qué casualidad, pero no le digo que Sam está aquí. No quiero que le dé vueltas a la cabeza sin necesidad.

Por fin Fiona se sienta conmigo. Por su cara, no ha sacado nada interesante.

—Vaya mierda de reportaje, si lo llego a saber ni vengo.

—Pero ¿qué esperabas? ¿Un contrabandista? ¿Tráfico de personas? ¿Armas? ¿Drogas?

—Es un emprendedor con suerte, con mucha suerte. Abrió el primer local aquí, buena comida, buena música y encima el barrio se ha puesto de moda. Ha ganado mucha pasta y se ha arriesgado a abrir en otras grandes ciudades. Cuida de sus empleados y está al pie del cañón con sus clientes, es un gran anfitrión y eso ha fidelizado y traído nueva clientela. No hay más. Ya lo investigué antes de venir, pero esperaba encontrar algo en la entrevista.

—No te frustres, la comida es realmente buena. Los huevos con salmón y aguacate estaban espectaculares.

—¿Has comido sin mí?

—Solo para ir haciendo estómago.

—Quien creo que te comería aquí mismo es Samuel. Madre mía, no te quita ojo.

—Qué va, mira hacia aquí porque tiene que estar pendiente de ti.

—Por Dios, Índigo, a mí ni me mira.

—Déjalo que sufra un poco, hoy estoy especialmente sexy y, que conste, no era mi intención.

—En un mes tenemos la cita con Claudio, que no se te olvide.

—Claro que no se me olvida, estoy muy ansioso por verte con el vestido. Eres la novia más guapa, elegante y estilosa del mundo.

—Tus ojos que me ven bonita.

—Los ojos del mundo te ven bonita.

Sam interrumpe en medio de la conversación.

—¿Puedo sentarme? —La cara de incredulidad de Fiona y mía ha debido de ser tan expresiva que se queda paralizado—. He terminado el turno y me gustaría cenar con vosotros, si no os importa, claro.

Efectivamente, Óscar acaba de llegar y ocupa su lugar, nos mira y nos guiña un ojo. ¿Estará prohibido sonreír durante el servicio? Nunca lo he preguntado.

La proposición nos coge por sorpresa a los dos. Asentimos y le hacemos hueco en la mesa, si bien no doy crédito a lo que está pasando. La situación es cuanto menos extraña y se hace un silencio de esos que parecen eternos.

—¿Y cómo te va? —Fiona intenta romper el hielo.

—No puedo creer que estés sentado aquí con nosotros, con tu compañero ahí al lado, cuando me dejaste porque no era compatible con tu trabajo. Ahora coges y te expones en público sin más.

—No te enfades, Índigo, no lo tomes así. Me apetece estar contigo, mejorando lo presente Fiona.

—Pues a mí no me apetece estar contigo. Lo dejamos bastante claro el otro día, ¿no?

—Precisamente del otro día quería hablar contigo. No he dejado de pensar en ti, en mí, en nosotros.

Fiona no pierde detalle, parece que está asistiendo a un partido de tenis. Está disfrutando con esta situación, lo sé, la conozco. Otra persona normal se hubiese levantado y nos hubiese dejado solos, pero ella lleva la profesión dentro hasta en la más incómoda de las situaciones.

—No hay nada que pensar, Sam. Fue un polvo estupendo, como siempre, hay fuego entre nosotros, pero ya está. Fuimos claro el uno con el otro y nos despedimos.

—No quiero despedirme de ti. Necesitaba tiempo. Y me di cuenta de que necesito estar contigo.

—Pues, de haberme pedido tiempo te lo hubiese dado. Me dijiste claramente que te quedabas con tu trabajo, que éramos incompatibles. Tus decisiones han tenido consecuencias, no ha sido fácil para mí, y ¿ahora quieres venir como si nada hubiese pasado? No funcionan así las cosas. Siempre crees que todos los que están a tu alrededor tienen que bailar al mismo son que tú.

—¿Hay alguien?

—¿Por qué tiene que haber alguien?

—Porque me has querido mucho.

—Te he amado mucho, muchísimo. Pero también te he odiado. Las heridas se están curando y no quiero volver a abrirlas, Samuel. Estoy conociendo a una persona especial, me despierta sentimientos diferentes.

—No puedo creerlo, Índigo, tanto no me habrás querido entonces.

—Sam, ¡fuiste tú el que tomaste la decisión! Asúmelo. Eres un egoísta. Siempre has sido el fuerte, el rudo, el que llevaba la razón, y te he querido así, pero ahora no. La decisión es mía esta vez.

Sam me mira serio, muy serio, su cara muestra enfado, frustración y decepción. Tiene un carácter impulsivo, pero sé que es noble.

—Te respeto, Índigo, siempre lo he hecho. Me dabas el equilibrio que faltaba en mi vida. Es tu decisión y tengo que respetarla, pero no voy a tirar la toalla. Te dejaré el tiempo que necesites, pero seguiré presente. Lo siento Fiona, por el espectáculo.

—No es nada, me ha encantado —parece una adolescente. Sam se levanta y se marcha—. ¡He alucinado! No podía creer lo que estaba escuchando. Hombres hablando de sus sentimientos sin esconderse. Al final, la noche ha merecido la pena, no tengo entrevista, pero esto es de portada.

—Fiona, por favor. No es de risa, lo he pasado muy mal, lo sabes. ¿Qué pretendía, que cayese a sus pies?

—Siempre lo has hecho, él no esperaba que fuese diferente ahora. Has dicho que hay una persona especial, imagino que Deandre, ¿de verdad está despertando esos sentimientos?

—Sí, es un sentimiento diferente al de lo que ha sido con Sam. Con Sam era intenso, pasión y tesón. Deandre es ternura, complicidad, amistad. Al principio era eso, amistad, pero la atracción física es fuerte. Nos besamos el otro día y me dejó con la miel en los labios. Quería tenerlo, pero se fue a casa, lo cual me gusta: existe tensión entre los dos, pero no quiere precipitar nada.

—Tómalo con calma, estas herido aún. Diviértete y date la oportunidad de conocer gente. Tienes el campeonato a la vuelta de la esquina y la preparación de la boda, te necesito todo para mí. ¿Te acuerdas de cuando nos prometimos que si a los cuarentas estábamos solteros nos casaríamos nosotros?

—Sí, y mírame, preparando tu boda antes de los 30, qué frustrante.

—Nunca se sabe, Índigo, nunca se sabe…

Nos miramos y reímos. Con ella todo es fácil, todo lo hace fácil, por eso es mi mayor apoyo y mi mejor amiga.

Cuando llego a casa no pasa ni un minuto que suena mi teléfono:

«Me gustaría verte, tengo que comentarte una idea. Nos vemos mañana para desayunar».

Tengo una sensación extraña, quiero gritar. Pienso en Deandre. Él no tiene la culpa, pero ahora lo que me apetece es estar solo. Son muchas cosas en poco tiempo, estoy acostumbrado a tener el control de mi vida y ahora parece que todo pasa a mi alrededor sin que yo pueda controlar nada. Si cierro los ojos me siento en medio de un círculo de acciones que me tocan, que tienen consecuencias sobre mí, pero de las que no soy dueño. Tengo que cambiar esto, no quiero que me hagan más daño.

CAPíTULO



Me levanto sin ganas de nada, pero he quedado con Deandre para desayunar. Por suerte hemos quedado cerca de mi casa. Hace buen día, pero yo ando con un carácter de perros, y no de perros bueno, sino de perros malos, muy muy malos. Voy a darme una ducha. Deandre no tiene ninguna culpa y necesito descargar este mal humor antes de verlo.

Llego diez minutos tarde, lo cual no suele ser habitual, pero hoy caminé lento. Él me espera con una sonrisa, unas gafas de sol y una camiseta rosa chicle.

—Qué atrevido, ¿no?

—Buenos días. Sí, hoy me siento así, rosa. Hace un día estupendo y tenía muchas ganas de verte. ¿Cómo fue ayer? Qué casualidad que fuisteis al mismo bar.

—Sí, ese bar tiene algo. Vamos a pedir, ¿no? Necesito un café.

— ¿Y qué tal? ¿Cómo fue la entrevista?

—La entrevista no fue nada, todo el misterio que Fiona creía que había detrás era solo una imaginación suya, junto al deseo periodístico de una noticia. —No puedo evitar mi mal humor. Estoy apático, serio y sin ganas de nada. Todas mis respuestas son secas y cortantes, no me gusta sentirme así, pero no puedo evitarlo.

—Supongo que después pudisteis disfrutar de la noche.

—Tampoco para tanto, las he tenido mejores.

—Pues, yo vengo a proponerte algo, venga, a ver si te levanto el ánimo gris que te veo hoy. He seguido tus consejos y he tomado las riendas.

—¿Qué consejos?

—He hablado con mi padre, es hora de darle una vuelta a la empresa. Él ya está en edad de echarse a un lado. Tuvimos una discusión por mi visión, mi ropa, mi cambio de actitud. No ve claro el enfoque que quiero darle, pero le he pedido una oportunidad y creo que me la dará. ¡Lo vamos a hacer!

—¿Lo vamos a hacer?

—Sí, tú y yo juntos. Quiero que representes a la marca con la que firmé contrato. La marca de ropa y productos femeninos.

—¿Yo? ¿Pero tú me has visto metido en unos leggins de mujer?

—No, pero te veo boxeando con la marca estampada en tus calzones. Piénsalo, va a ser la bomba, un boxeador gay siendo patrocinado por una marca femenina. ¡Es una mezcla explosiva! Imagina la repercusión. El lema para promocionar algo y para que se vuelva viral es dar de qué hablar. Que hablen bien o hablen mal, pero que hablen.

Deandre está totalmente inmerso en la idea. Le brillan los ojos, se le ve entusiasmado, y no quiero desilusionarlo, pero mi sentimiento no es el mismo. La idea me parece buena, tan solo mi estado de ánimo no es el más adecuado en este momento.

—No puedo ser el instrumento de tus campañas de marketing, Deandre. ¿Que hablen bien o

mal, pero que hablen? ¿Y si hablan mal? Me lo tendría que comer todo yo, y mi carrera se iría al traste.

—Tienes que confiar más en ti, tú me lo has enseñado.

—Sí, pero confiar en mí no es meterme en locuras que ni me van ni me vienen.

—Entonces, ¿es un no?

—No lo sé, Deandre, tengo que pensarlo.

—Pero si va a ser la bomba. ¿Qué te pasa, Índigo?

Empiezo a contarle todo lo que pasó anoche, cada detalle de la conversación con Sam, y cómo me siento ahora. Estoy en medio de dos sentimientos, de dos personas diferentes, y no quiero hacerle daño a ninguna de las dos, por eso tengo que echarme a un lado para pensar y aclarar mis ideas.

—Me parece increíble que os encontréis en un bar, lleno de gente y con Fiona delante, y os sinceréis así, sin más. Si no te gusta la idea solo tienes que decírmelo y se acabó, no adornar lo que pasó ayer.

—¿Adornar? ¿Crees que es mentira? Me empiezas a conocer y sabes que hablo lo que siento. No tengo reparos. Si tengo que decirte que te amo te lo digo, y si tengo que mandarte a paseo también lo hago, donde sea y con quien sea. Y ahora mismo contigo estoy más para lo segundo que para lo primero.

—¿Perdona? ¿Estás mandándome a paseo? Índigo, no he venido a molestarte, pensé que te haría ilusión la idea. Encima que te encuentro un patrocinador para el campeonato que va a darte repercusión… ganes o pierdas, ellos te pagarán igual. A la compañía le ha encantado la idea.

—Porque solo piensan en el dinero. Pero el mundo del deporte es más complicado. Por mucho que para mí sea natural anunciar productos de chicas, para la audiencia será algo transgresor, y yo en este momento no estoy para ser el abanderado de ninguna causa. No puedo abanderar ni mis propios sentimientos.

—No tienes que mezclarme en tus líos sentimentales, te estoy hablando como amigo y como empresario, estoy aquí para hacerte una oferta. Eres un egoísta.

—Tengo que empezar a tomar las riendas de mi vida. No quiero que vengas tú a solucionármela.

—Las riendas ya las tenías cuando decidiste entrar en la aplicación y conocer gente, cuando quedamos la primera vez y cada vez que hemos salido juntos. ¿Qué me cuentas ahora?

—Deandre, necesito concentrarme en el campeonato, que es lo más importante. Tengo demasiadas distracciones.

—Pues perdóname por ser una distracción.

Lo veo levantarse, si bien su café está a medias. Deja unas monedas en la mesa y se va sin decirme nada. Me quedo solo, mirándolo alejarse, pero tampoco hago nada. Es mejor así. Conforme lo veo irse, un sentimiento de vacío empieza a llenarme. Ni siquiera sé qué es lo que quiero.



Listo, lo único que voy a hacer ahora es concentrarme en el campeonato. Entrenar, entrenar y entrenar. No tengo necesidad de meterme en estos líos. Mi cabeza tiene que estar despejada, libre para enfocarse en mi carrera profesional, y no andarse con triángulos amorosos. La idea del patrocinador es buena, pero aceptar implicaría mucha atención mediática y no quiero hacer eso ahora. Es domingo y no tengo ningún plan, voy a dar un paseo por el parque y después me iré a

casa. Por fin podré tirarme en el sofá y tener una sesión de pelis, cosa que quiero hacer hace varios fines de semana.



Las siguientes semanas transcurren tranquila. Hoy me toca psicólogo y entrenamiento de fuerza. Me gusta ir al psicólogo, me ha ayudado mucho a avanzar en mi trayectoria. Una vez que el deporte se convierte en tu profesión y entras en el selecto grupo de deportistas de elite, la cabeza es igual o más importante que el físico para llegar lejos. La presión y la competencia son brutales, por eso tienes que ser fuerte corporal y mentalmente.

Mi primera vez fue a los dieciocho años. Al principio me pareció raro, no creía que fuese necesario, y entré en la consulta con una actitud pasota, queriendo terminar. Han tenido mucha paciencia conmigo. El gabinete está formado por un gran equipo humano y debo admitir que, aunque no quería ir porque pensaba que allí solo iban los locos, entendí que todos tenemos una parte de locura, una locura que debemos conservar, y la labor y el trabajo mental que han hecho conmigo me ha permitido estar donde estoy. El entrenamiento de fuerza es aburrido, a mí me gusta la acción y por eso me encanta el boxeo. Prefiero salir a correr, saltar, subir al Ring y sudar. Las pesas son rutinarias: mismos movimientos, repetir y repetir; pero tengo que admitir que también son necesarias.

Fiona y yo hemos quedado en la puerta del estudio de Claudio Montesinos. Aparentemente es un edificio normal del centro, con una gran puerta de entrada. Por dentro, grandes placas de mármol gris otorgan un aire sofisticado. Subimos a la segunda planta y, al salir del ascensor, un gran cartel nos indica dónde estamos: «Claudio Montesinos Atelier». Fiona me mira y sonríe, está nerviosa pero feliz. Me alegro de ser yo quien la acompañe en este momento tan especial.

Una chica nos recibe con una gran sonrisa.

—Buenas tardes, Fiona, mi nombre es Alicia, te estábamos esperando. ¿Os apetece algo para beber? ¿Café, té o algo fresco? Claudio saldrá en un momento.

—Para mí un té verde está bien, gracias.

—Yo lo que pida él.

La estancia es grande y luminosa, tiene enormes ventanales que dejan pasar la luz de la tarde y dan un aire cálido y acogedor. Toda la habitación es un enorme vestidor. En la pared del fondo hay un gran armario que va de punta a punta. Está abierto y se ven en él varios modelos de trajes de novia. A un lado, enormes estanterías salen de la pared con diversidad de zapatos, uno más bonito que el otro. Del otro lado hay cuatro sillones Chester beige claro, a juego con el resto de la estancia, y una mesa baja con revistas encima. Detrás de la recepción, formada por una mesa de cristal, un ordenador y un teléfono, hay varios ramos. En un espacio así me entran ganas de casarme hasta a mí.

—¡Fiona, querida! Qué alegría me da que estés acá —Claudio entra a la habitación con las dos tazas de té en la mano y una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Y quién es este cheto? Imagino que no es el novio —Claudio es argentino, muy argentino. Calculo que tendrá alrededor de 45, pero los lleva muy bien. Tiene el pelo canoso y va bien vestido: pantalón de traje a cuadros y camisa blanca remangada hasta los codos, que deja ver una piel recientemente bronceada.

—Este es Índigo, mi madrina.

—¿Tu madrina? ¡Me encanta! Vos tan original como siempre. ¿Ya tenés claro el modelo o empiezo a mostrarte lo que tengo preparado para vos?

—Traigo una ligera idea, pero me encantaría ver qué me has preparado.

Tomo asiento mientras Claudio se lleva a Fiona a otra habitación. Alicia me trae unas pastas para acompañar el té. Lo tienen todo controlado. En poco más de quince minutos Fiona aparece con un hermoso vestido. Está preciosa, radiante, pero evidentemente este no es más que una prueba; durante las siguientes dos horas y media pierdo la cuenta de cuántos vestidos se prueba. Ella ya traía bastante claro qué es lo que quería, pero creo que se está dejando llevar en el juego de ser una princesa. Bueno, ser más princesa todavía.

Finalmente nos sentamos los tres. Claudio, con papel y lápiz en la mano, empieza a dibujar según las indicaciones de Fiona. Han traído un vestido que se asemeja a la idea de ella. Hablan de telas, escotes, transparencias y no transparencias, color más blanco o tirando para beige... Yo no intervengo mucho, pero cuando Fiona me mira y yo asiento sobre su decisión, se le ilumina la cara. Este es mi papel aquí, dejar que ella plasme sus sueños.

—Ya tenemos todo claro. ¿Para cuándo la boda?

—Seis meses.

—¿Seis meses? ¡Qué quilombo! Eso es muy poco tiempo…

—Aún no sabemos si son seis meses o no —interrumpo.

—¡Seis meses! —ratifica Fiona—. Son seis meses sí o sí, no hay más. ¿No puedes tenerlo a tiempo? —La cara de mi amiga empieza a cambiar. La veo venir y veo que va a entrar en unos de esos ataques de victimismo—. ¿Qué voy a hacer sin traje? Yo solo voy a casarme una vez, quería el traje de mis sueños, ¡qué desgraciada soy! Voy a tener que elegir uno ya hecho y no seré única. Pero qué desgraciada…

—Mina, no te pongás así, estás hablando con el capo de la costura. Vas a tener tu vestido, obvio que sí.

Fiona se abalanza sobre él y le da un abrazo como si de un osito de peluche se tratara.

Con todo claro y cerrado, presupuesto incluido, después de casi cinco horas salimos de allí. Estoy abrumado con tanto blanco, pero ha valido la pena.

—Fiona, te aconsejo que vayas con Fred esta semana a la Catedral y habléis sobre la fecha, no quiero que te lleves una sorpresa.

—Fred me ha dicho que él se va a encargar.

—Fred está con mil cosas, te aseguro que estos asuntos no son su prioridad. Las fechas nunca son prioridad en la cabeza de un hombre, hazme caso por una vez.

—Vale, pesado. Le haré caso e iré. Pero ya verás cómo esa fecha está ahí esperándome.

—Más le vale… al cura, a la Catedral y a todos nosotros.

La acerco a casa, tengo el coche a mano y ella ha venido en taxi. No le cuento nada de Deandre. Hablamos de la boda, invitados, menús… me alegro de que ahora sea ese el monotema que acapara nuestras conversaciones, ya que no tengo ganas de explicar nada. Quiero que mi cabeza esté en blanco.

Fiona me promete que, como muy tarde, pasado mañana irá a solicitar la fecha. La invito a venirse conmigo a Praga el próximo jueves, ya que el sábado tengo el campeonato allí, pero sabía que me diría que no. Está hasta arriba de compromisos. La dejo en su casa y quedamos en vernos la semana que viene. Tenemos todavía que ir a ver mi traje, aunque después del combate, no sé si estaré en la mejor forma física.

—Vos serás la novia más linda de todos los tiempos —le digo con un horrible acento argentino.

—Gracias, cheto —Me guiña un ojo y se baja del coche después de darme un beso en la mejilla—. Mucha suerte en la competición.

—Mucha suerte en la Catedral.

CAPíTULO



Estoy ansioso. La final del campeonato ya está aquí. Siempre me pasa lo mismo a días previos a la competición. Hemos sido colocados al azar en un cuadro de cuatro rondas. Desde octavos de final hasta la final. El primer combate va a ser el más duro, me ha tocado contra Walter Paulista, un brasileño bastante bocazas que, además, me guarda rencor por haberle arrebatado su título de campeón en el campeonato del año pasado.

Esta semana es prácticamente de preparativos: maletas, equipo técnico, revisar que toda la documentación este en orden (que siempre está, pero me gusta revisarla), dieta estricta... Es una semana en la que volvemos a estudiar al rival, sus técnicas, puntos fuertes y débiles… una semana de no tanto preparamiento físico, pero sí mental. Estoy preparado, me siento fuerte, aunque tengo a dos hombres rondándome la cabeza.

Antes de subir al avión veo dos llamadas perdidas de un número que no conozco. Devuelvo la llamada.

—Buenas tardes, mi nombre es Índigo Michaels y tengo varias llamadas de este número.

—Hola Índigo, buenas tardes, soy Alejandro Martín, compañero de Deandre del departamento de marketing. Deandre me ha dado tu teléfono para hacer seguimiento de la propuesta de la posible colaboración como patrocinador.

—Pero le dije que no lo tenía claro.

—Precisamente por eso te llamo, para que podamos vernos y explicarte el proyecto. Qué es lo que la marca ofrece y qué esperamos de ti como embajador.

—¿Por qué no me llama Deandre?

—Está muy ocupado y me ha designado el proyecto, yo llevo toda la parte de marketing y publicidad, seguramente podré darte un mejor asesoramiento.

Definitivamente, Deandre sigue enfadado. La verdad es que no me porté bien con él, fui un borde. Él estaba esperándome con la mejor versión de sí mismo y yo fui apagándolo conforme hablaba.

—Lo siento, tendrá que ser en otra ocasión. Estoy a punto de embarcar en el avión.

—No te preocupes, yo también.

Dirijo la vista hacia la fila de pasajeros que esperan a que la puerta de embarque abra. Un tipo calvo con un polo amarillo me saluda. Cuelgo el teléfono y camino hacia él algo sorprendido, ¿ahora la empresa de Deandre se dedica a acosarme?

—Mira, Alejandro Martín, esto es muy fuerte. No porque me persigáis voy a firmar ese contrato antes. Digo yo que tendréis mejores cosas que hacer en la empresa que acosar a un tío como yo.

Él se lleva la mano a la nuca y mira al suelo avergonzado. Tal vez lo dije muy alto, pero no me importa, si le hubiera pasado a otro ya habría llamado a seguridad.

—No es eso, Índigo. Tuve una corazonada y decidí coger este avión para intentar negociar contigo en Praga. Encontrarte aquí ha sido casualidad, hasta que no has dicho que ibas a

embarcar no me he dado cuenta de que estabas aquí.

No me creo mucho su versión, pero no quiero hacerle el feo, seguramente esté siguiendo órdenes de la marca o del propio Deandre. Accedo a sentarme con él en el avión. No me vendrá mal un poco de charla para aliviar los nervios.

—Tengo entendido que aún no has firmado con ningún patrocinador. Sé que es precipitado, pero si llegamos a un acuerdo hoy y firmamos, podemos tener todo listo en un par de días. El cliente está de acuerdo y no le importa que haya poco margen, lo importante es que puedan estar representados en el campeonato. La repercusión va a ser enorme y tú saldrás en la portada de todas las revistas especializadas, tanto en moda como en deportes.

—Me das poco margen para decidir.

—Si queremos que la propuesta siga en pie tiene que ser así.

—Pero ¿llevas toda la documentación encima?

—No, pero puedo pedir un fax urgente una vez lleguemos al hotel. Estoy alojado en el mismo que tú.

—¿Cómo sabes dónde duermo?

—Índigo, eres personaje público y vives en el siglo XXI.

¿Personaje público? Hoy cualquiera puede ser un personaje público, yo soy deportista.

—Déjame consultarlo con mi asesora, la llamaré en cuanto lleguemos.

—Aún no te he hecho la propuesta.

—Aún no he decidido si quiero escucharla.

Nos pasamos el resto del viaje hablando sobre el ambiente de trabajo en la empresa de Deandre. Desde que su padre le dio más responsabilidad, se respira mucha paz y empatía en el equipo de publicistas. Ahora hay libertad total para proponer campañas más provocativas y con mensajes más sociales que publicitarios. Me dice que Deandre es un gran jefe, y que siempre hace reír al equipo, que al principio no era así, y que se alegra mucho de que haya decidido dejar de esconder su verdadero «yo». También confiesa que, si no fuera por esa influencia positiva de su jefe, él no se habría atrevido a intentar negociar conmigo de una manera más arriesgada. Se nota que el cambio de Deandre es genuino y puro. La verdad es que es una persona genial, eso ya lo sé, pero me encanta ver cómo los demás han ido notando su evolución.



Nada más salir del aeropuerto me choco de bruces contra el que se supone que será mi chófer durante la estancia en Praga. Está hablando por móvil con gesto de preocupación, pero cuando me ve se le ilumina la cara. No habla mi idioma, pero con gestos me hace entender que la persona que hay detrás del teléfono quiere hablar conmigo.

—¡Por fin! —Es Fiona. Y está llorando.

—¿Qué te pasa? ¿Cómo sabías el teléfono de mi chófer? —Al final, va a tener razón el chico de marketing con eso de que soy personaje público.

—Índigo, te-te-tenías razón…—Apenas puede hablar, no para de llorar y llorar.

—¿En qué tenía razón?

—La bo-bo-boda… la fecha de la bo-bo-boda.

—Tranquilízate, siéntate y cuéntame. Pero para de llorar, ya verás cómo todo tiene solución.

—He ido a la Catedral a fijar la fecha de la boda y me han dado cita para dentro de un año y medio. ¡Un año y medio! Tendría que cambiarlo todo. Ya hemos ultimado las invitaciones, el vestido, el salón, la banda… no puedo hacer eso.

—Te dije que antes de todo eso tenías que ir a confirmar la fecha.

—No me lo eches en cara —empieza a llorar otra vez.

—Tranquilízate, no vuelvas a llorar, no te lo estoy recriminando. Ahora tienes que pensar en una solución… no os caséis en la Catedral. Podéis oficiar una boda civil en los jardines donde vamos a hacer la celebración. A mí me gusta más que ir a la iglesia, es más personal y bonito.

—Ya, pero la familia de Fred no va a querer, para ellos es muy importante el acto religioso. Es el presidente, no puede ir en contra de las creencias del país. Seguro que prefieren atrasarlo y que hagamos todo de nuevo.

—Fiona, no es lo que ellos quieren, es lo que tú y Fred queréis. ¿Qué piensa él?

—No lo sé, no le he preguntado. Ni siquiera le he dicho que no tenemos fecha. He acudido a ti primero, en el gimnasio me dieron el número de Eugen por si no te localizaba. —Eugen debe ser mi chófer.

—Pues, tienes que ir a verlo y contárselo, después tomáis una decisión, pero no te metas en un bucle de ataques de ansiedad. Con esos ataques que te dan vas a vivir poco.

—¡Qué dramático eres, por Dios!

—¿Yo, dramático? La más adecuada para dar consejos sobre eso eres tú… yo también tengo que consultarte algo —le cuento la propuesta de Deandre y la extraña coincidencia con Alejandro.

—¡Es fantástico, Índigo! Es una gran oportunidad de darle un impulso a tu carrera. Vas a tener una repercusión brutal, ya no solo a nivel deportivo, donde está claro que los resultados dependen de ti, sino que hablamos de una imagen publicitaria. Lo tienes todo para poder representar a cualquier marca, eres guapo, alto, fuerte y con carisma. Y encima tu pelo y tus increíbles ojos, cada uno de un color, son tu marca de identidad. ¡Esto te abrirá muchas puertas! Ya sabes que tu carrera como deportista de elite tiene fecha de caducidad… tienes que ir pensando en nuevas alternativas.

—La nutrición. Esa es mi otra alternativa. No sé si quiero ser un icono de la lucha por la libertad.

—No empieces a exagerar, que representar a una marca tampoco te va a lanzar a la fama de un día para el otro. Creo que es una fuente de ingresos extra que puedes probar. Firma con ellos y, después de vivir la experiencia y lo que conlleva, decides si quieres seguir por ahí o no. ¡Tengo que irme! Gracias como siempre por escucharme y aguantarme, madrina.

—Qué prisas ahora, ¿no?

—Tengo cosas que hacer, se me ha ocurrido una idea mientras hablábamos.

—¿Qué idea?

—No puedo decírtela ahora, todo a su debido tiempo. Te llamo más tarde. ¡A darlo todo, campeón!

—Gracias, amor.

Creo que tiene razón. Voy a escuchar la propuesta y, si es buena, que seguro lo es siendo Deandre el que ha negociado las condiciones, aceptaré y viviré la experiencia. Solo espero no tener que ponerme esas camisas blancas llenas de etiquetas de la marca todos los días y a todas horas.

Praga nos espera fantástica y acogedora como siempre. El tiempo en esta época del año es el mejor para visitarla, no hace frío intenso ni calor, aunque aquí nunca hace mucho calor.

Alejandro me espera en el bar del hotel para discutir la propuesta. Parece verdad lo de que nuestro encuentro ha sido fortuito porque me lo he encontrado imprimiendo documentos como un loco. Me hace un gesto con la mano para que espere y yo aprovecho para enviarle un mensaje a Deandre.

«Hola desde Praga. Seguramente aceptaré el acuerdo de patrocinio, me encontré al chico de marketing y me ha dicho que su jefe le ha inspirado para venir a negociar cara a cara conmigo».

No me contesta, pero supongo que debe estar trabajando. No le insisto por si acaso está ocupado.

—SOUL es una marca de productos de higiene femenina que ha decidido lanzarse a sacar su propia línea de ropa —me dice Alejandro mientras llena la mesa de papeles con números y gráficos—. Hemos intentado enfocar la campaña de una manera social y comprometida, no queremos solamente vender ropa; queremos que las personas que normalmente no tendrían el valor para comprarla lo hagan. Cualquier persona que quiera sacar su lado femenino, ¿entiendes por dónde voy? ¿Alguna vez te has sentido fuera de lugar, Índigo?



En la mochila llevo diez camisetas y un short con la marca SOUL estampada en cada una de las prendas. Esta tarde tengo mi primera entrevista, y es la primera vez que saldré en público como embajador de algo. Me harán preguntas y debo saber salir airoso de ellas. He tenido una formación exprés de la marca, de lo que representa, de los valores de la empresa, etc., etc. Seguro que lo haré bien.

La habitación del hotel tiene una vista impresionante: el río Moldava, que baña la ciudad, la sucesión de puentes a lo largo del recorrido, la panorámica sobre Praga... Estar alojado en un séptimo piso me convierte en un observador privilegiado. Mi agenda aquí es muy ajustada y prácticamente no tendré tiempo de disfrutar de las calles, pero esta noche, una vez que terminemos las entrevistas y las presentaciones, saldremos a cenar; mis entrenadores y yo, y Alejandro, si quiere venir. Al menos podré respirar el ambiente de estos rincones bohemios y llenos de historia. Debo coger fuerzas para mañana.



Cuando llegamos al pabellón, ya es de noche. He descansado durante todo el día. Me gusta relajarme antes de competir, ir un poco a la piscina, leer; esos son mis rituales. La mayoría de los encuentros se celebran por la noche y suele haber miles de espectadores esperándonos. Desde el vestuario escucho el clamor de la gente, la expectación es máxima. Estoy tranquilo. El rival que en pocos minutos tendré enfrente, es duro. La rivalidad es máxima. A pesar de mi tranquilidad y concentración, siempre existe aquel pequeño cosquilleo en la barriga que sentimos todos los que nos exponemos ante tanta gente, desde deportistas y actores hasta políticos y tertulianos. Ese gusanillo que se te va en cuanto subes el ring, al escenario o a la palestra, y hace que la adrenalina empiece a aflorar por cada poro. Estoy preparado, es hora de salir.

Después de cuarenta y cinco largos minutos agotamos los doce asaltos máximos, y también todas nuestras fuerzas. No ha sido mi brazo el que ha subido el juez. Eliminado en primera ronda, ese es mi título. Todo mi equipo técnico me abraza y me felicita, el combate se ha decidido por puntos y no ha habido noqueo, pero no puedo evitar la sensación de fracaso. Me

había preparado a conciencia para hoy, he superado obstáculos todo el año como para no ganar ni un solo combate. Se me nota en la cara, mi entrenador me dice que ha sido una gran contienda, las críticas que ya corren por la red son buenas, pero es ese el sentimiento que ahora me invade. Pasará, con el tiempo pasará. Ahora toca coger nuestras cosas y volver a casa.

Toca descansar, replantear la temporada que viene, marcar objetivos. Personalmente, aprovecharé para poner mis ideas en orden y ayudar a Fiona con su gran día.

El sentimiento de frustración pasará. El deporte y la vida son así.

CAPíTULO



Abro la puerta, viajar es bueno, pero la sensación de estar en casa es aún mejor. A pesar de la derrota, ha sido un gran viaje. Ni siquiera deshago la maleta, enciendo el ordenador para enviarle un correo electrónico a Deandre y disculparme de una manera más elaborada, pues no me contesta a los mensajes. Mientras pienso qué escribir, abro las redes sociales y me encuentro con algo inaudito. Tengo más de cien mil comentarios. Los hay en todos los idiomas y en todos los humores.

«Qué valiente, me has inspirado para dar el paso que me faltaba y contar a los míos cómo me siento de verdad».

«El boxeo no es un escaparate, retírate por favor, los amantes de este deporte no queremos saber nada de tus ideales antinaturales».

«Eres el hazmerreír del deporte, te apoyaba porque eras diferente, pero el campeonato no es una pasarela de moda. Queríamos verte comprometido y nos has fallado».

«Muchas gracias por acordarte de todos los que no tenemos voz en el mundo del deporte, eres un ejemplo a seguir».

«Más entrenar y menos Charanga. Ese mundillo no es apropiado para un deportista».

«¿Por qué no patrocinas algo que nos identifique a los hombres? Las tías no ven este deporte».

«Mucho ánimo, Índigo, desde hoy tienes un seguidor más. Hay que adaptarse a los nuevos tiempos y tú lo has hecho».

El timbre de casa suena antes de que me dé tiempo a razonar todo lo que estoy leyendo. Miro el reloj, son las diez de la mañana, hoy es de esos días en que dormiría hasta la hora del almuerzo, pero hay alguien que me necesita urgentemente, o al menos eso parece por cómo está quemando el porterillo automático.

Cuando me acerco a la puerta veo a Fiona a través de la cámara, ella está mirando el objetivo porque sabe que puedo verla, tiene una cara graciosa desde esta perspectiva. Abro la puerta y entra de un empujón. En menos de un minuto la tengo arriba.

—¿Por qué has tardado tanto en abrir?

—Estaba mirando mis redes sociales.

—Vaya vida de rey que llevas, ¿no?

—Si, menuda vida de rey. Llegué hace poco después de haberme pasado el fin de semana partiéndome la cara contra otro tío de dos metros. ¿Qué te pasa? Estás agitada, me estás poniendo nervioso a mí —digo al ver que no para de moverse de un lado a otro.

—Vístete que tenemos que irnos.

—¿A dónde? Tengo que desayunar, ya sabes que sin desayuno no soy persona.

—Te coges un café para llevar en la cafetería de abajo, no podemos perder tiempo, tenemos que estar en la Catedral a las doce en punto, ni un minuto más ni un minuto menos.

—Podrías haberme avisado.

—No hay tiempo que perder. Venga, vístete. ¡Y rapidito!

Me doy toda la prisa que puedo, tengo el pelo hecho una porquería porque ayer lo lavé y me fui directo a la cama. Me lo recojo en un moño encima de la cabeza. Fiona me ha dicho que no necesito ir formal, que es una visita informal. Igual quiere que veamos la distribución de las flores o el recorrido desde la entrada al altar. Bueno, sea lo que sea, aquí está su madrina para ayudarla.



Como siempre, Fiona encuentra aparcamiento cerca, lo suyo ya desafía a la ciencia. Faltan diez minutos para las doce y Fiona no me deja entrar todavía. Hay misa y le he dicho que entremos para ver la acústica, así podemos hacernos una idea de cómo sonara el día señalado, pero no quiere. Dice que es fundamental que no llamemos la atención y que esperemos a que la mayoría de la gente salga. La Catedral está llena de gente, saldrán los de la liturgia, pero seguirán entrando turistas. No he conseguido sacarle nada del propósito de la visita, solo me ha dicho que tengo que confiar en ella.

A en punto entramos. Hay bastante tumulto. Entre los que terminaron la misa y quieren salir, los turistas que entran, los que se paran en la puerta, los que salen y los que deambulan sin rumbo fijo, esto parece más un mercadillo que una catedral. Fiona me coge de la mano y me arrastra hacia adentro. Pasamos la inmensa fila de bancos hasta llegar al altar, se agacha y tira de mí para que yo haga lo mismo. Simula como si estuviésemos buscando algo dentro de la mochila que acaba de descolgarse y colocar en el suelo. La situación empieza a no gustarme un pelo, no sé qué está tramando, pero seguro que no es nada bueno. Mira a un lado y al otro y, cuando un grupo de jóvenes se acercan al altar, tira de mí. Subimos los tres escalones que separan al público de la divinidad y entramos en una puerta que hay en el lateral del retablo. En cuestión de segundos me encuentro escondido al lado de un mueble alto de madera envejecida y lleno de cajones, en lo que parece un despacho, presidido por una enorme cruz que parece apuntarme y culparme de algo que no sé ni siquiera qué es. Fiona se levanta y cierra la puerta, gira la llave, mira alrededor y por fin dice algo.

—Como suponía, aquí dentro no hay cámaras.

—¿Como suponías? ¿Puedes explicarme qué hacemos aquí?

—Voy a conseguir fecha para mi boda.

—¿Conseguir fecha para tu boda?

—Eso es, no puedo retrasarla y estoy segura de que hay un hueco. Es que en cuanto le dije al sacerdote el nombre de mi madrina, me dijo que ese era nombre de chico y yo le explique que mi mejor amigo sería mi madrina. Estoy segura de que a partir de ese momento me hizo la cruz, y nunca mejor dicho, sabía que iba a ponerme las cosas difíciles, porque cuando le pregunté el nombre de quiénes se casaban aquel día no quiso dármelo, podría haberles llamado y propuesto un cambio.

—Pero con el simple hecho de estar aquí creo que estamos saltándonos algunas normas…

—El antisistema, antisocial, antitodo me habla de saltar reglas… ¡Después de haber revolucionado el mundo del deporte!

—Yo no soy un antinada, y sí, digo lo que pienso y punto. Y ahora tengo que decir que esto es una puñetera locura.

—Vamos rápido, después de la misa se van todos a tomar algo a un bar de la plaza. Tenemos unos 30 minutos para encontrar el libro de citas y poner mi nombre en él.

—¿Pero crees que no se van a dar cuenta? Estás loca, perdida, creía que lo había visto todo contigo, pero esto ya es el colmo de los colmos.

Fiona ya no me escucha, está mirando en los cajones, abriendo y cerrando puertas de armarios, pasando páginas de libros. Verdaderamente no para de sorprenderme.

—¿Has mirado encima de la mesa?

—¡Bingo! Pero qué listo eres, por eso te he traído.

—No hay que ser muy iluminado para pensar que el libro de citas puede estar encima de la mesa.

—¡Ay, Índigo! No seas modesto —Me da un beso, alegre.

—Date prisa, vámonos ya de aquí.

—Tenemos tiempo, querido.

En ese momento la manilla de la puerta gira y los dos quedamos paralizados. Hay una pausa que parece una eternidad, ni respiramos, vuelven a intentar girar, insistentemente. Aporrean la puerta.

—¡¿Quién está ahí?! —gritan del otro lado. Nosotros seguimos sin pestañear—. Sea quien sea, lo que está haciendo es un delito, ¡abra la puerta!

¿Un delito? Fiona me mira con cara de no saber qué hacer, espera que yo le dé la solución. Miro alrededor y no hay nada, ni otra puerta, ni una ventana, ni un conducto de ventilación, nada. Mi querida amiga no había previsto esto. ¿No hay túneles secretos en las catedrales? A lo mejor, nos apoyamos en la librería, esta se abre y salimos a unas largas y oscuras escaleras, iluminadas con candelabros que nos conducen a través de un pasadizo hasta una puerta, y al abrirla estaremos en medio de una gran plaza, en medio de la multitud y nadie podrá reconocernos… pero eso solo pasa en las películas. Hoy, aquí y ahora no va a pasar. Vuelven a aporrear la puerta.

—Abran la puerta, por favor, habla la policía. Si no abren y tenemos que tirarla será peor.

Miro a Fiona, tiene la cara descompuesta. Me acerco a la puerta, ella niega con la cabeza desesperada. Yo giro la llave, giro la manilla y abro, quedando atrás, escondido, ella justo delante, en el punto de mira.

—¡Señorita! ¿Qué hace usted aquí?

—Ponga las manos en la espalda —El policía se acerca, no me han visto. Fiona desvía la mirada hacia donde estoy, mi intención no era esconderme, simplemente la escena no deja que me mueva. El policía se da la vuelta rápidamente—. Ponga las manos en alto. Suelte las armas.

—No tengo armas. —Levanto las manos para que vean que colaboro. Un tío de dos metros escondido detrás de la puerta nunca es de fiar—. Esto es un malentendido.

—Todos decís lo mismo, tendrán que explicar el malentendido en comisaría.

—Por favor, no me saquen de aquí esposada, soy personaje público y él también.

Esa palabra parece que está de moda…

—Es verdad, usted es la reportera, la novia de…

—Sí, la misma —interrumpe Fiona—. Le prometo que vamos a colaborar.

Detrás del policía, el cura y otras diez personas nos miran con cara poco amigable.

—Usted debe de ser la madrina de la señorita. —La palabra madrina ha salido con cierto sarcasmo de la boca del cura—. No me ha contestado, ¿qué hacía aquí?

—Mi amiga tiene muchísima ilusión por casarse en la fecha que solicitó y quería corroborar que realmente no hubiera forma de que esto fuese posible.

—¿Y cómo pretendía hacerlo? ¿Robando?

—¡No! Yo no he robado a nadie. Yo he venido…

—Ella ha venido —interrumpo antes de que Fiona pueda seguir liándola porque la conozco

—. Ella ha venido a hablar con usted. Pensamos que estaría en su despacho al terminar la misa, hemos entrado, mal hecho, no había nadie y pensamos en esperarle aquí, mal hecho también.

—¿Con la puerta y la llave cerrada?

A eso no sé qué contestar. Miro a Fiona.

—Señor agente, puede llevarnos a comisaria, no hablaré más si no es delante de mi abogado y, por favor, pueden llamar a mi prometido.

Le ha salido la vena aristócrata que lleva dentro. Sale con aire airoso, pasando al lado del obispo como si no tuviese culpa de nada. La sigo y el señor agente a mí.



En comisaria nos separan, ella en una sala y yo en otra. Estoy con cinco tipos más. Todos me miran sin decir palabra. Los minutos se hacen interminables, hasta que uno de ellos interrumpe el silencio.

—Tú eres el boxeador, ese que promociona ropa de mujer, ¿no?

Mierda, me han reconocido. Está claro que mi pelo rubio, mis casi dos metros y mis ojos inusuales no me ayudan a pasar desapercibido.

—Sí, soy yo. Pero esto es un malentendido.

—Todos decimos lo mismo. Lo mío también ha sido un malentendido —dice el chaval, que no debe de sobrepasar la mayoría de edad, y me mira con media sonrisa—. Eres un tío muy valiente, mola mogollón eso que haces, pero no te veo con leggins. ¿Te maquillas?

—Depende. —Este tiene ganas de conversación y no le voy a dar ni el más mínimo pie a ello. Abren la puerta y entra un señor bajito y feo escoltado por un policía.

—¡Anda! El mariquita. Que sepas que aposté por ti y perdí bastante dinero, te debería dar vergüenza jugar a las princesas cuando tu país te apoya.

Antes de que pueda contestar, el policía que le acompaña me mira de arriba abajo.

—Índigo Michaels, acaban de pagar tu fianza, puedes salir. —Extiende la mano y me entrega un papel—. ¿Tú eres el que anuncia compresas en el ring?

Lo miro con ganas de asesinarlo, ya estoy en la cárcel, ¿qué más da? Cojo el papel que tiene en la mano, doy las gracias y no contesto nada más.



Fiona me espera fuera, en la puerta del coche de Fred. Él está dentro, sentado en el asiento del conductor y no nos mira. Mi amiga me da un abrazo. Nos espera una larga charla hasta llegar a casa.

Fred está sin mediar palabra, el silencio es incómodo y los dos parecemos adolescentes que saben que han metido la pata. No sé cómo romper el hielo, espero que Fiona no tarde mucho en hacerlo.

—Fred, querido, no tenemos disculpas, lo sé —le pone la mano en la pierna, él ni se inmuta —. Lo siento muchísimo.

—Yo también lo siento, Fred. Te pagaré la fianza en cuanto llegue a casa y pueda hacerte una transferencia.

—Tú no tienes la culpa, Índigo —Menos mal—. Conozco a Fiona y estoy seguro de que te arrastro hasta allí.

—Bueno, yo la seguí, también es culpa mía por no pararle los pies.

—Fred, por favor, perdóname. Para mí era muy importante casarme en esa fecha. Ya sabes que es un día especial.

—No hay excusas, Fiona. Lo que acabas de hacer no tiene justificación. Eres una niña pequeña y caprichosa.

—¿Una niña pequeña y caprichosa? Acabo de hacerlo por nosotros.

—No acabas de hacerlo por nosotros, lo has hecho por ti, porque se te metió en tu dura cabeza que tiene que ser esa fecha y este año, y has empezado a preparar todo sin ni siquiera ir a ver si era posible. Pero ahora la cupa es de los demás, como siempre. La culpa es tuya, Fiona.

—Pero ¿cómo puedes ser tan egoísta? Si aún no has movido un dedo. Todo lo estoy haciendo yo, bueno, y tu madre que habla por ti: quién viene, quién no viene, de qué color serán las mesas, cómo debe de ser mi ramo… y no la culpo a ella por entrometida, entiendo que quiera opinar en la boda de su hijo, eres tú el que no te implicas ni un poco.

—No le des la vuelta a las cosas, que eso sabes hacerlo muy bien. Ahora te pondrás en víctima y todos pareceremos malvados a tu lado. Estoy conduciendo, déjame en paz.

Fiona lo mira seria, en su mirada no hay enfado, pero sí tristeza y decepción. Estoy en la parte de atrás del coche, quieto. Es una situación bastante incómoda. Me gustaría hablar en defensa de mi amiga, pero entiendo que es cosa de ellos dos.

—¿Sabes una cosa? Tengo que ser sincera: nunca he querido casarme en la Catedral. Lo hago por tu familia, por ti, para no decepcionarte, por ser la que esperas. Lo único que quiero es que sea en esa fecha. No porque sea un antojo. Sabes que mis padres no estarán en la boda y esa es la fecha en que ellos se casaron, eran una pareja maravillosa y felices y es esa magia la que yo quiero para nosotros y para nuestras vidas.

Fred para el coche, la mira y hace un gesto serio.

—Como esto se filtre olvídate de la boda. Mi padre puede perder las próximas elecciones si sale a la luz que su futura nuera entra ilegalmente en las oficinas de la Catedral.

—No quiero ser la que arruine la carrera de tu padre. Yo-yo... es mejor que cancelemos todo. Me he obsesionado tanto con gustarle a tu familia que he acabado complicando más las cosas.

Fred cambia la cara. De repente sonríe.

—No tienes que hacer nada para agradarme, ni a mí ni a mi familia. Te elegí precisamente porque me complementas, porque eres especial, única y espontanea. Es nuestra boda, no la de ellos. La haremos en otro sitio.

Ahora sí se respira amor. Los dos se funden en un tierno beso y es ahí donde yo tengo que interrumpir, no quiero que olviden que estoy allí…

—Pareja, me parece perfecto y me alegro, pero me gustaría llegar a mi casa. El día ha sido demasiado largo.

—Índigo, qué corta rollo eres.

—Luego lo terminái s de arreglar en casa. Pero de verdad que me alegro.

Volvemos a ponernos en marcha y me dejan en la puerta de casa. El día ha pasado volando y no he podido ponerme en contacto con Deandre, tampoco he vuelto a pensar en mi repentina fama en las redes sociales. Las vacaciones han empezado muy moviditas.

CAPíTULO



No hay nada mejor que terminar el día con unas buenas tostadas, yogurt con nueces, y fruta. Enciendo la televisión y pongo las noticias, estoy totalmente desconectado del mundo, entre el viaje y mi agitada vida social de las últimas semanas no he tenido tiempo para nada.

La cosa no ha cambiado mucho desde la última vez que puse los informativos, si tiro un cuchillo a la pantalla sale sangre. Cojo el móvil y abro el periódico… ¡¿Y esto qué es?! No puedo creer lo que estoy viendo, hay varias noticias sobre el campeonato, y nada tienen que ver con los resultados. No creí que representar a SOUL daría tanta repercusión. Bueno, sí lo creí, pero no de parte de los periódicos. Una cosa son las redes, internet está lleno de comentarios para todos los gustos, pero los medios de comunicación serios parecen estar en mi contra también.

«ÍNDIGO MICHAELS YA NO DEJA EL ALMA EN EL RING, PREFIERE LLEVAR SOUL EN SUS ROPAS».

«El excampeón ha sido derrotado en Praga tras un duro combate igualado hasta el final. Sin lugar a duda, la cabeza del boxeador ya no está en el ring: la campaña de promoción de la marca femenina SOUL lo ha sacado del foco, y ha confundido a apasionados del deporte y de la moda por igual. ¿Por qué unir boxeo y moda, siendo estos mundos tan diferentes? Ya la imagen del boxeador había creado controversia, años atrás, cuando dejó su homosexualidad patente dentro de un mundo masculino. Sus triunfos supieron dejar de lado la polémica, pero ahora vuelve a salir a la luz el debate de si es compatible la feminidad con el boxeo. ¿Se debería dejar la ideología fuera del deporte o se podría aprovechar la posición privilegiada para difundir valores?»

La noticia sigue, pero prefiero no leer más. Dormir es mejor opción que enfadarse. Ya lo resolveré mañana.



Si Deandre quería promocionar la marca, desde luego que aquí tiene su promoción. Ya sé lo que me espera, ya lo he vivido al principio de mi carrera, raro sería que no hubiese algún *paparazzi* esperándome abajo. Me asomo a la terraza y lo que veo supera mis expectativas: no hay un periodista, sino que desde aquí cuento cinco, todos con sus correspondientes cámaras y micrófonos. Pero ¿por qué hay tanto revuelo? Parece mentira que en pleno siglo XXI esto siga siendo noticia. ¿No hay nada mejor? Tendré que esperar a que una *celebrity* dé algo de qué hablar para que salgan corriendo y se olviden de mí.

Empiezan a llegarme mensajes de todos mis conocidos, cercanos y lejanos. La noticia corre como la pólvora. Fiona me llama alarmada, quiere saber si tiene que traerme provisiones para no salir de casa, sabe de primera mano cómo son sus colegas.

Llaman al portero automático, ¡es Sam! ¿Sam? ¿Qué hace aquí? No puedo dejarlo abajo, así

que le indico que suba.

—Sam, ¿qué estás haciendo aquí?

—He pensado que necesitarías ayuda, ya me imaginaba la que se iría a montar. Ya lo vivimos una vez y no quería dejarte solo.

—Muy amable de tu parte, esto me ha cogido totalmente por sorpresa. La primera vez, cuando decidí dar el salto al boxeo profesional, imaginé que iba a causar revuelo; pero esto parece una broma.

—Te aseguro que no lo es, la has montado buena. ¿Cómo se te ocurre patrocinar una marca de productos femeninos?

—Tampoco es el gran problema...

—El problema no está en el hecho de hacerlo, el problema es que a la gente le gusta jugar con la ambigüedad, y como esto aún da morbo, es noticia y es actualidad. ¿Por qué no patrocinar otra cosa?

—No ha sido idea mía, pero sigo sin verle el morbo, la verdad.

—¿Ha sido idea de tu amigo? —Ahora sí ha cambiado su tono de voz—. Me han dicho que está bien posicionado en el mundo del marketing.

—Veo que no me pierdes el rastro. Sí, fue idea suya. Con respecto a eso, y ya que sacas el tema, quería pedirte disculpas.

—Disculpas, ¿por qué?

—Fui un borde la última vez. Que lo nuestro se haya acabado no me da derecho a hablarte así.

—No tiene importancia, me lo merecía. Hoy vengo en son de paz —dice y me mira con media sonrisa. No se puede ser más guapo.

El portero automático vuelve a interrumpir. ¡Es Deandre! ¿Deandre? ¿Qué hace aquí? Tampoco puedo dejarlo abajo… sin preguntar, abro la puerta. Menudo encuentro se va a producir en breve.

—¿Quién es?

—Un amigo.

—¿Un amigo? ¿Del trabajo?

—No exactamente —Deandre llama a la puerta.

—Índigo, estaba súper preocupado por ti. —Me da un abrazo efusivo y apretado. No parece el mismo que ha ignorado mis mensajes.

—Gracias, Deandre. Estoy bien, sorprendido, eso es todo —Aún no ha visto a Sam, que lo mira con cara de pocos amigos desde el sofá—. Pasa, te presento a Sam. —No sé dónde meterme, la situación es muy incómoda.

—¡Ah! Tienes visita. —La expresión de su cara cambia. Su postura relajada se vuelve dura y distante—. Creo que ya nos conocemos. —Deandre le tienda la mano a Sam, que se ha puesto de pie.

—Me suena tu cara, te he visto antes… el día de la fiesta, ¿no? ¿Tú no eres…?

—Sí, es él —interrumpo rápidamente—. Es él, pero no es él, quiero decir que sí es la misma persona físicamente, pero es una larga historia.

—Me dejas sin palabras, Índigo, si lo pusiste a parir.

—¿Me pusiste a parir?

—Sí. Eras un gilipollas y lo sabes.

—Entonces tú eres también el de la idea de la propaganda de mujer, ¿no? Todo esto es culpa tuya, mira la que le has liado a Índigo.

—Es una muy buena idea y un muy buen negocio, a la gente se le va la olla y no tiene otra cosa mejor que hacer, eso es todo. La culpa es tuya por ir y venir, que lo tenías desequilibrado. Conmigo por lo menos tiene estabilidad.

—¿Estabilidad? ¿Con esa camisa de bombillas que llevas? —No me había fijado, pero efectivamente Deandre lleva puesta una camisa azul con pequeñas bombillas amarillas. La verdad es que, desde que se abrió, sus estilismos no paran de sorprenderme.

—¿Qué le pasa a mi camisa? Me levanté inspirado.

—Chicos, ya está, creo que habíais venido a verme. Justo llevo unos días queriendo hablar con vosotros, mi intención no era hablar en grupo, pero ya que se da la ocasión, vamos a sentarnos.

Los dos se sientan y me miran expectantes. Nunca me he sentido tan observado, ni siquiera cuando estoy en el ring enfrente de miles de personas.

—Quería disculparme si por alguna razón os habéis sentido defraudados por mí, he sido un antipático con los dos. Pensaba que alejándome dejaría de sentirme culpable por no tener claros mis sentimientos.

—No es para tanto, sufridora, no te flageles tú solo. —Es verdad que Deandre se ha levantado inspirado—. Conmigo no tienes por qué disculparte, son momentos y situaciones, ya pasó, si no, no estaría aquí. No te contesté a los mensajes para darte tiempo para pensar.

—Conmigo tampoco, Índigo, los dos nos hemos portado mal. Como dice tu amigo, lo pasado quedó atrás. Si estamos aquí es porque nos importas, da igual de qué forma, ahora tenemos que pensar en algo para revertir esta situación.

Miro a los dos que me miran. Están sentados uno al lado del otro. Uno alto, fuerte, siempre con el aspecto de recién duchado, pelo rapado, moreno; y el otro rubio, delgado y definido, con una enorme y bonita sonrisa. ¿Y si me paso al poliamor? Empiezo a reírme solo, creo que eso saldría bien si los dos aceptaran que el único poli fuese yo, ellos estarían solo conmigo… no puedo contener la risa, me miran como si estuviese loco.

—Perdón chicos, cosas mías. Bueno. ¿Qué vamos a hacer?

—Yo tengo la solución —dice Deandre y saca una bolsa de su mochila. Empieza a sacar camisetas y las pone encima de la mesa—. No pensaba que seriamos tres, pero traigo de sobra. He estampado el logo de SOUL en estas camisetas. ¡Saldremos con ellas puestas! Yo la llevaré a todos sitios y, si Sam quiere, él también. Les daremos camisetas a todos los que quieran, chicos y chicas por igual. Vamos a darte nuestro apoyo y a normalizar la situación. Esta tarde, una furgoneta con tu cara y el logo de SOUL estará en el centro repartiendo camisetas.

—Cuenta conmigo, la camiseta es negra, ¿no? Perfecto, me la pondré hasta para trabajar.

—Chicos, se os va la pinza, ¿una furgoneta con mi cara?

—Ahora eres producto comercial de mi empresa —Deandre me guiña un ojo—. ¿No querían ruido? Pues vamos a hacer ruido.

—¿Puedo llevarme cinco? Las voy a repartir a los compañeros, hablaré con el jefe para que nos deje usarlas, me debe una, así que hoy es el día de saldar deudas —dice Sam.

Observo callado cómo los dos interactúan, parecen dos niños pequeños con ilusiones. Hablan en voz alta y se prueban las camisetas. Me doy cuenta de lo afortunado que soy. Independientemente de lo que pase, tengo dos grandes amigos. Han venido a verme, se han preocupado, y además están dispuestos a poner la ciudad, el país y el mundo patas arriba por ayudarme. Realmente no puedo pedir más.

Vuelven a llamar, esta vez a la puerta. Fiona entra como un rayo.

—Índigo, he venido tan rápido como he podido. —Se para en seco y nos mira a los tres—.

¿Me he perdido algo? Índigo… ¿Tres? Madre mía, ¿tampoco ibas a contármelo?

—No desvaríes, ven y dame un beso. Siéntate que te explicamos.

La ponemos al día con lo que vamos a hacer, y pasamos la mañana ideando por dónde haremos la campaña. Fiona se ofrece a llevarla puesta en los informativos y dice que quiere hacer un reportaje sobre los clichés que aún existen entre «cosas de chicas» y «cosas de chicos». Lo va a titular: «Él es rosa y ella azul».

La mañana pasa volando. Casi me olvido de lo que está pasando.

—Chicos, la mañana ha sido estupenda, pero tengo que irme a trabajar. Me llevo las camisetas para los compañeros —Sam se pone de pie y empieza a despedirse—. Deandre, a pesar de todo, me alegro que seas tú quien apoya tanto a Índigo. Fiona, te veo en casa. Y tú, Índigo, no te metas en más líos.

Fiona tarda poco en marcharse. Me quedo solo con Deandre.

—Gracias por la iniciativa, Deandre. Ha sido todo un detalle de tu parte.

—No tiene importancia, la campaña de marketing está siendo brutal, miremos el lado positivo.

—Quería preguntarte una cosa.

—Dime, hoy me coges receptivo.

—Me gustaría que fueses mi pareja en la boda de Fiona.

Lo cojo desprevenido. Sus ojos se abren y empieza a reír.

—Pensé que no ibas a pedírmelo, ¡claro que me encantaría! Ahora tengo que irme, el equipo me espera. Hablamos más tarde, pero cuenta conmigo —se acerca y me da un ligero beso en la boca—. Te llamo luego.

Cierro la puerta y me quedo con la sensación de haber vivido un gran momento entre grandes amigos, estoy agradecido y feliz. Pero también siento mariposas.

CAPíTULO



Hoy es un día importante, ¡vamos a elegir el menú! Hoy sí me preparo a conciencia, me pongo guapo y elegante, mi mejor sonrisa y a la calle. Es un momento especial para mi querida amiga.

Han pasado cuatro meses. Aún hay algún que otro *paparazzi* merodeando por mi casa. El *boom* mediático ha sido importante y se han generado debates, algunos interesantes, pues hablaban sobre la libertad de expresión, la igualdad de género y el estigma que todavía se crea alrededor de la imagen del colectivo LGTB. Pero, también se han creado debates de mierda que cuestionan mi carrera como deportista y mi imagen física dentro de un deporte tan «masculino». Me han salido amigos y enemigos en las tertulias, sin yo siquiera haberlos visto más allá de en la pantalla de la televisión. Poco a poco, de todos modos, las aguas vuelven a su cauce. Me han ofrecido mucha pasta para ir a una de esas tertulias, pero no iba a alimentar el fuego.

En la calle ha sido diferente. La campaña de las camisetas ha tenido bastante éxito y muchísima gente ha subido fotos a las redes vistiendo la camiseta y con un mensaje de apoyo, no hacia mí, sino hacia todos aquellos que quieren ser lo que sientan que son. Muchos mensajes por la igualdad, los sueños y la libertad. Me llena que, al menos, el escándalo haya servido para algo.

Fiona me manda un mensaje recordándome la hora y el lugar. Me dice que no iremos solos, que seremos cuatro. Imagino que quizás su suegra quiere venir.

Nos han citado en un restaurante en el centro. No es aquí donde se celebrará el enlace, pero la empresa que se va a hacer cargo del catering tiene varios establecimientos y haremos la degustación en uno de ellos. Fiona está en la puerta, radiante de felicidad, lo veo en sus bonitos ojos verdes.

—Hola preciosa, te veo fabulosa.

—Gracias, madrina, tú tampoco estás mal. Vamos a esperar, que aún no han llegado, así entramos las cuatro juntas.

—Cuéntame, porque sé que algo te pasa.

—Hemos cambiado el sitio de la ceremonia. Lo haremos en los jardines, como sugeriste. Sé que es mucho más trabajo, ¡pero estoy tan contenta! Ya tengo pensado cómo lo quiero todo.

—Entonces, no te dejes llevar hoy por los gustos de tu suegra, elige lo que te guste a ti.

—¿De mi suegra?

—Es ella quien viene, ¿no?

—No, no es mi suegra, son dos compañeras mucho mejores. Ahí vienen.

Sandy y Sandra se acercan, vestidas para la ocasión. Me alegra que, sin habernos puesto de acuerdo, todos hayamos pensado en el protocolo y le hayamos dado al momento la importancia que se merece. Miro a Fiona extrañado, no esperaba encontrármelas aquí.

—Les prometí que las involucraría, así que no he encontrado mejor momento.

—Podías haberlas puesto a ensobrar las invitaciones: una mete en el sobre y la otra lo cierra, una lo mete, la otra lo cierra… No me mires así.

—Pero qué malo eres.

Dentro nos espera todo el staff de la empresa, hay cuatro mesas preparadas, cada una con centros de mesa y decoraciones diferentes. Me gustan todas, y se supone que, de los dos, la indecisa es Fiona, así que esto no va a ser tarea fácil. Mientras miramos los detalles de cada mesa e intercambiamos opiniones, se nos acerca un señor de mediana edad, con pelo blanco, gafas y una enorme sonrisa, que deja en segundo plano la enorme panza que hay debajo de su uniforme perfectamente blanco.

—Buenas tardes, señoritas y caballero. Bienvenidos. Soy José Manuel, el maître, gerente de cocina y cocineros, y seré quien os acompañe en esta fabulosa tarde. Tómense el tiempo que necesiten, este es un momento importantísimo y queremos que lo disfruten, y que hagan la mejor elección —Se acerca a Fiona y le coge la mano—. Imagino que usted es la prometida, se lo veo en la mirada. —Ahora su mirada se posa en mí—. Pero usted no tiene cara de novio.

—No, no soy el novio. Soy la madrina.

—¿La madrina? Extraño —Hace una ligera pausa, pensativo—. ¡Pero original! Me gustan este tipo de invitados. Tomen asiento y disfruten de la comida. Voy a empezar a traerles una degustación de vinos con aperitivos para ir abriendo boca.

Me gusta José Manuel, me parece un tipo de lo más interesante. Desde luego, tiene don de gentes y sabe cómo caer bien. Espero que su cocina sea igual de buena que su bienvenida.

Un séquito de camareros empieza a entrar con bandejas. En cada una hay una delicia que cae directamente delante de nosotros. Menos mal que prácticamente no he comido hoy, porque la tarde va a ser contundente.

—Esto es magnífico, querida —comenta Sandy en su papel de dama, mientras intenta pelar una gamba con cuchillo y tenedor. No se le ve demasiado mañosa—. Los aperitivos son magníficos, y estas gambas de categoría. —Al terminar la última palabra pincha la gamba, más bien, intenta pincharla, porque esta sale catapultada del plato y acaba en medio de la mesa, justo cuando José Manuel llega.

—Veo que quiere darle un toque distinto al centro de la mesa, señorita.

—No era mi intención —Sandy está roja como un tomate.

—Pueden comer las gambas con las manos, eso de cuchillo y tenedor para ciertos alimentos ya no se lleva, porque pasan cosas como estas. ¿Cómo va el menú?

—Maravilloso. —Fiona rebosa felicidad.

—Me alegro, venía a informarles que vamos a empezar con los primeros platos. Traeremos un plato para que puedan ver la presentación, y luego de él repartiremos para todos. Tenemos seis primeros platos que degustar, queremos que tengan espacio para todos. Después, llegaran otros seis segundos y luego los postres. Por cierto, caballero, ha causado usted un gran revuelo entre bambalinas.

—¿Disculpe?

—Tiene a todo el catering hablando de usted. Yo no suelo ver mucho la televisión, pero según he escuchado, ahí dentro es usted un ícono revolucionario, un tío con mucha personalidad. Otros dicen que es un traidor a los ideales, que no sabe lo que quiere, que solo busca fama y dinero… bueno, hay opiniones para todos los gustos. Creo que hoy todo el personal tendrá algo que contar cuando llegue a casa.

—Le aseguro que no es para tanto, simplemente soy boxeador. —Miro de reojo a las chicas que han parado de comer y me observan—. Y gay, también soy gay.

—No me importa lo que seas, muchacho, te lo puedo asegurar, pero ahí detrás se ha levantado un debate debido a ti, eso sí es verdad. Lo que importa ahora es que disfrutéis del

menú, y que Fiona salga de aquí con la certeza de haber elegido la mejor combinación para el día de su casamiento.

Nos sonríe a todos, hace una reverencia con la cabeza y se marcha. Sin lugar a duda, un tipo peculiar.

—Pues, a mí me encantó cuando te vi en el ring. Solo tú podrías haber hecho algo así y que quedase bien. Tienes la imagen perfecta, ese pelo rubio, esa sonrisa pícara y, encima, ese cuerpo diseñado que más de una quisiéramos tocar, pero que se reserva solo para algunos chicos privilegiados. —Sandra pasa su mano sensualmente por mi camisa. Todas ríen.

—Te aseguro que no, últimamente no son muchos los que lo hacen, y cuando alguno lo hace, seguidamente hay una dramática escena de abandono, celos o encuentros no deseados.

—Qué exagerado eres —interrumpe Fiona—, si tienes una vida amorosa de lo más interesante. Sam, Deandre...

—¿Deandre? —preguntan Sandra y Sandy al unísono—. ¿El de clase?

—Una larga historia, chicas. Ya os la contaré.

—Siempre se queda a los más guapos —dice Sandra, cabizbaja.

—Ya te digo —suspira Sandy—, ya quisiera yo para mí tanto hombre, que últimamente no me como nada.

—Quedarás como la tita Sandy para los hijos de todos tus amigos. —Sandra se mofa de su amiga.

—¡Siempre habla la mejor para aconsejar! Te recuerdo que la que se casa es Fiona, y la que está en un trío amoroso es la madrina. Si yo mojo poco, tú menos.

—Sandy, por favor, no seas vulgar.

—No me llames vulgar que tú andas peor que yo, hasta me has dicho que José Manuel te parecía sexy.

Rompemos a reír sin parar. Ya decía yo que ese hombre era peculiar.

—Igual se lo puedes proponer, Sandra, yo creo que no desperdiciaría la oportunidad de una aventura con una pelirroja en sus treinta. —Me mira con cara de pocos amigos.

—Vamos a comer y dejémonos de tonterías, he dicho que tenía una sonrisa bonita, que os gusta sacar todo de contexto.



—Señor y señorita, espero que todo haya sido de su agrado. —Aparece triunfal José Manuel en el salón.

—Todo perfecto, me alegro de haberos elegido.

—La familia del presidente son clientes habituales, confían siempre en la calidad de nuestros productos y el buen saber hacer de nuestro equipo de cocina. Por eso han dejado que sea usted quién venga a elegir, su suegra confía plenamente en que, sea cual sea la elección, todo estará riquísimo.

—Ya me extrañaba que no hubiese querido venir. Bueno, me alegro de que no lo haya hecho. —Fiona se da cuenta de su comentario delante de alguien que acaba de declararse amigo de la familia—. ¡Que no tengo nada en contra de mi señora suegra! Es una bella persona y nos queremos mucho, lo que quiero decir es que ha sido un momento especial con mis amigas.

—No tiene que dar explicaciones, señorita, entiendo lo que quiere decir, no se preocupe. ¿Ya han decidido cuál será el menú?

—No, no quiero tomar la decisión a la ligera, ¿puedo decírtelo mañana? He tomado nota de

todo y quiero reflexionarlo bien, quiero que esté acorde con el ambiente y la inspiración del enlace.

—Por supuesto, pase por aquí mañana y lo dejamos todo cerrado.

—Me gustaría agradecer a todo el equipo, tanto a al personal que nos ha servido como a los cocineros, ¿podría pedirle que salgan?

—Por supuesto, un bonito detalle por su parte.

José Manuel desaparece unos minutos, abre la puerta que separa el salón de la cocina y empiezan a desfilar camareros y personal, en total son unas quince personas. No pensé que serían tantos, solo para cuatro, aunque hay que tener en cuenta la cantidad de platos que hemos degustado. Nos ponemos de pie y ellos se colocan perfectamente alineados delante de nosotros, con una sonrisa.

—Solo quería daros las gracias personalmente y deciros que me alegro de que forméis parte de mi boda.

Fiona empieza a aplaudir. Sandy, Sandra y yo hacemos lo mismo. Pero dejo de hacerlo cuando mis ojos se clavan en un chico, no mayor de veinte años, que me mira sonriente. Sé que nos conocemos, pero no sé muy bien de dónde. Nuestras miradas se cruzan y él me saluda con la cabeza amigablemente. Debe de haberse dado cuenta de mi duda, porque en medio del aplauso, que se ha convertido en masivo porque incluso los cocineros aplauden, me dice en voz alta, prácticamente gritando:

—De la cárcel, nos conocemos de la cárcel.

El silencio se hace en la sala y todos me miran.

—Estuvimos en la misma celda, es un tío estupendo, de verdad. —El chico habla eufórico, sin pensar en lo que acaba de decir.

Es el mismo que me había reconocido el día que me detuvieron y que había intentado establecer una conversación. Desafortunada coincidencia en la celda, desafortunada coincidencia aquí.

—¿Has estado en la cárcel? —Sandy y Sandra me preguntan al unísono.

—Es una larga historia.

CAPíTULO



«ÍNDIGO MICHAELS PIERDE EL RUMBO, SU FUGAZ ESTANCIA EN PRISIÓN NOS LO CONFIRMA».

Me despierto con una nueva bomba periodística. Es Deandre quien me llama para darme la noticia. No sé cómo se han enterado, solo pudo haber sido ayer en el restaurante. Hoy en día las palabras valen oro, y alguien se ha metido unos billetes en el bolsillo gracias a este titular. Estoy seguro de que no ha sido el chico, porque ya podría haberlo hecho mucho antes, pero alguien vio allí la oportunidad y le tiró de la lengua, tampoco hacía falta mucha pericia para que ese muchacho hablase. Cuando todo volvía a su cauce… ahora esto.

Abro la sección de noticias en mi teléfono y ahí estoy yo: una foto mía con el labio partido. Foto sacada de uno de mis combates, que no me hace justicia, y el gran titular. Al seguir leyendo la cosa no mejora, la prensa saca información de debajo de las piedras y si encima es sensacionalista, mucho peor. Empiezan hablando de mis comienzos, de cómo la ascensión de boxeador aficionado a profesional fue rápida, inusualmente rápida, y dejan caer entre líneas cómo me he hecho un hueco en un mundo tradicionalmente masculino. Es aquí donde aprovechan para decir que toda esta fama en tan poco tiempo se me ha subido a la cabeza, que no he sabido gestionarla y que me ha llevado por el mal camino. Hacen alusión a fiestas, ponen una foto mía del día de la fiesta del instituto con una copa en la mano y, naturalmente, comentan sobre mi homosexualidad dejando entrever que no tengo pareja estable, precisamente por esto, y por supuesto cierran con el capítulo de la cárcel. Si bien no mencionan el motivo por el cual estuve unas horas en prisión, entrelazan todo para que parezca que está vinculado con lo anteriormente escrito.

Busco el número de teléfono de la empresa responsable de la publicación. Esto no va a quedar así, y mucho menos voy a dejar que mi imagen quede degradada con esta noticia falsa. Antes de poder marcar el número, mi teléfono suena.

—Índigo, soy Deandre, siento darte esta noticia tan temprano, pero tenías que verlo.

—No pasa nada, Deandre, estoy muy enfadado, pero no es contigo. ¿Cómo pueden tener tan mala sangre? ¿Cómo pueden mentir así solo para ganar tirada?

—Hay gente muy poco profesional, desgraciadamente.

—Esto no va a quedar así, puedo asegurártelo.

—Puedo darte el teléfono de un buen abogado, acabará con esto enseguida.

—Gracias, me vendría bien. No conozco ninguno, nunca había pasado por algo así. Te prometo que la sensación es muy mala.

—Puedo imaginarlo. Te he llamado por otra cosa, siento decírtelo por teléfono, pero no podía desplazarme hasta tu casa porque estoy de viaje.

—¿Qué pasa?

—SOUL quiere rescindir el contrato. Bueno, pausarlo. No quieren usar tu imagen después de esa noticia, no es bueno para la marca.

—Pero es una noticia falsa. Bueno, estuve unas horas en el calabozo, pero fue un error, nada grave.

—Ya, pero entiende que ellos no te conocen como yo. Tú eres una imagen, y si esa imagen no es buena, no pueden vincularla con su producto. He conseguido que no lo rescindan, vamos a dar una tregua hasta que todo esto se aclare. Una vez que tu imagen este limpia otra vez, volveremos por donde lo dejamos. Lo siento, Índigo.

—No te preocupes. No comparto la decisión, pero lo entiendo. Pásame el teléfono del abogado, por favor.

Decido no ser yo quien llame al responsable de la publicación, ya que podría empeorar las cosas. Llamo al abogado y le cuento lo sucedido. Quedamos en vernos esta tarde, y me ha dicho que se pondrá en contacto inmediatamente con la persona necesaria para que retiren la noticia, aunque sé que por muy pocas horas que esta lleve publicada, en las redes ya se habrá vuelto viral en cuestión de minutos.

Suena el teléfono de nuevo. Es mi entrenador. No suele llamarme en vacaciones, así que ya sé que se ha enterado.

—Índigo, ¿qué ha pasado? —le cuento todo, le quito importancia y le digo que ya está en manos de los abogados—. Te conozco, sabía que no habías hecho nada, pero los abogados tienen que ser rápidos. Si empieza la temporada y este asunto no está solucionado, nos cancelarán muchos bolos. Ya sabes que en el boxeo todo esto se mira con lupa, precisamente porque durante muchos años se lo vinculaba con la violencia, el despilfarro, la mala vida.

—Pero en el circuito me conocen, saben cómo soy desde hace años.

—En el circuito sí, pero vivimos del público, de la opinión pública, de que compren entradas, de que los patrocinadores paguen… tienes que solucionarlo. Lo siento mucho, de verdad.

¿Cómo puede tu carrera venirse abajo en cuestión de horas? ¿Cómo pueden circunstancias y personas externas a ti acabar con lo que tanto tiempo te ha costado construir?

Cierro los ojos y veo a un chico de 15 años, rubio, pelo siempre corto y bien peinado, en un colegio privado y con una educación musical exquisita. Un chico amado por sus padres y amigos, que, aunque no tiene demasiados, los que tiene los cuida como oro en paño. Muy amigo de sus amigos, divertido y generoso con los que lo conocen de verdad, pero también un chico que tuvo que hacerse fuerte ante las situaciones que la vida le puso por delante.

Desde pequeño sabía que había algo diferente en él, a parte de su afinadísimo oído para la música. Él era sensible, cuidadoso, le gusta la moda y compartir ratos de conversaciones con las compañeras de clase. Físicamente no era el más guapo, tenía unos mofletes rosados con unas pequeñas pecas encima de su nariz que hacían que su cara pareciera aún más infantil. Siempre tuvo unos kilos de más, ya que para su madre era mucho más importante la educación que el deporte, el cual no consideraba como algo importante para el crecimiento. Esto, sumado a su buena boca, hizo que el chico ganase peso durante su niñez y adolescencia. Conforme crecía en las evidencias, y con los chicos de su edad eran más que evidente, mientras que sus compañeros pasaban horas hablando de chicas y se pasaban revistas subidas de tono en los baños, cuando tenían la total seguridad de que no había ningún profesor merodeando, a él nunca le llamaba la atención. Se destacaba por sus buenas notas, pero se hacía pequeñito cuando salían al recreo.

Un verano, mientras pasaba unos días en casa de su tía, empezó a salir con la pandilla de su prima, donde todos eran mayores que él; lo cual casi no se notaba, ya que siempre tuvo una madurez prematura para su edad. Allí conoció a Álex y allí se enamoró por primera vez. Fue en esa playa, a oscuras, mientras los demás celebraban el solsticio de verano, donde ese tímido chico se dio cuenta de por qué se sentía tan diferente a los demás, y donde besó por primera vez.

Donde se estremeció con las primeras caricias y dónde se paró el tiempo. Los días en casa de su tía pasaron volando, y la vuelta al instituto le trajo un año difícil: difícil por la enfermedad de su padre, por el enmarañado de sentimientos que había dentro de él, por saber que no era como los demás, por no poder gritarlo a los cuatro vientos. Cuando en la televisión salía alguna noticia o algún personaje homosexual, este era juzgado por todos. En su familia se hacían comentarios, era comidilla en los corrillos del instituto y la sociedad se encargaba de juzgarlo, mientras que dentro del chico un fuego ardía cada vez más fuerte. Un fuego que estuvo escondido durante tres años.

Pero al llegar a la universidad todo cambió. En tres años, muchas cosas cambiaron, no solo en el chico sino también en la sociedad. Al llegar a la universidad, por fin encontró la libertad que deseaba, pudo ser él mismo. Llegó a un lugar donde nadie lo conocía y donde lo juzgaron por ser lo que era: alegre, divertido, inteligente, ingenioso. La vida social empezó a crecer. En la universidad descubrió una nueva pasión: el boxeo, y aquí fue cuando empezó a cambiar su físico, presionado por la sociedad. Adelgazó y se dejó crecer una melena, a medida en que iba destacándose en este deporte. Muchos le aconsejaron que no siguiese por ese camino, que era difícil, duro y de hombres. Pero el chico era determinado y había decidido que aquel era el camino que quería seguir.

Cuando tomó la decisión de hablar con su familia para decirles que terminaría la universidad, pero que iba a dedicarse al deporte profesionalmente, decidió también contarles que además estaba conociendo a un chico. Aquel fue el día en que por fin se sintió libre de verdad. No lo había hecho antes porque su padre no acababa de estar bien, y siempre esperaba la oportunidad de que se recuperase para hablar con ellos, pero el momento no llegaba, y cuando habló con sus padres, la respuesta de su familia no le sorprendió. No le sorprendió porque ante todo había amor. Su padre lo miró a los ojos, le cogió la mano y le dijo: «Hijo, adelante. El mundo es tuyo. El mundo es de los valientes, no dejes que nada ni nadie apague tus sueños. Vuela libre y sé siempre quien tu madre y yo te hemos enseñado a ser. Buena persona, mi querido Índigo, ante todo sé buena persona».

Cierro los ojos y lo veo, veo a mi padre.

No puedo creer que mi carrera esté en este punto, después de lo mucho que he luchado por ella, dentro y fuera del ring. No puedo dejar que se acabe aquí y ahora, tan de repente. Aún tengo mucho que dar.

El sonido del teléfono me saca de mis pensamientos.

—¿Qué quieres? Acabamos de hablar.

—Ya lo sé, pero te he notado intranquilo y enfadado, estoy preocupado.

—Hombre, ¿cómo quieres que esté? Mi carrera se viene abajo, acaba de llamarme el entrenador. Si esto no se aclara antes de que empiece la temporada no podré competir.

—Pero ¿qué dices? ¿Todo por un bulo sensacionalista?

—El mismo bulo por el que SOUL ha cancelado el contrato.

—Parado, lo ha parado, no cancelado.

—Es lo mismo, para mí es lo mismo, Deandre. No quiero enfadarme contigo, pero la situación se me escapa de las manos. Vuelvo a tener la puerta de mi casa llena de *paparazzi* y curiosos.

—Quería proponerte algo. Eres un hombre inteligente, con buena imagen y muy ingenioso. ¿Por qué no te unes a mí? ¿Por qué no nos hacemos socios?

—¿Tu socio? ¿Hacerme hombre de negocios? No es lo mío, no me lo he planteado nunca y creo que no serviría.

—Tú sirves para todo. No te subestimes. Serías un socio genial y podríamos poner un

montón de cosas en marcha. Necesito alguien con tu ingenio y carisma en el equipo.

—No lo sé, ahora no es momento de pensar en eso. No puedo contestarte ahora.

—Piénsalo, no tengo prisa.

—Lo haré. Gracias por tu preocupación. Que tengas buen viaje, te echaré de menos. Te veo antes de la boda.

—Sí, yo también. Si necesitas algo llámame, sea la hora que sea. Un beso.

Solo con colgar ya siento su ausencia. Es curioso, pero, aunque cada uno vive en su casa, tiene sus amigos y sus profesiones, y a pesar de que no nos veamos todos los días, la sensación de saber que está cerca de mí me da tranquilidad. Ahora que se va unos días afuera me invade un sentimiento de nostalgia, de saber que si lo llamo no estará aquí. En estos meses, su presencia se ha hecho trascendental en mi vida.

Vuelvo a contactar con el abogado. Me dice que se ha puesto en contacto con la agencia y que van a retirar la noticia. Me dice que vamos a demandarles y reclamaremos daños y perjuicios, pero que no me asegura que la noticia no siga en la red. Ya sabemos que se propaga a la velocidad de la luz y que, aunque la agencia la retire formalmente, seguramente ya se habrá copiado y pegado unas miles o millones de veces. Es difícil controlar eso. La agencia hará un comunicado pidiendo disculpas por una noticia sensacionalista y falsa. No son malas noticias, pero tampoco son buenas del todo.

Todo lo que está pasando me está haciendo reflexionar mucho acerca de lo vulnerable que somos delante de la opinión pública. Cuando el compañero de Deandre me llamó como «personaje público» yo no quise creerlo, pero sí, realmente solo hace falta encender la mecha para que estalle la pólvora en tu cara.

CAPÍTULO



Las semanas transcurren con normalidad. Después de unos días de caos, parece que la noticia se olvida poco a poco. Deandre sigue de viaje y recién volverá días antes de la boda. Pienso mucho en él, hablamos casi todos los días a pesar de la diferencia horaria. A Sam no he vuelto a verlo desde el día que coincidimos los tres en mi apartamento, pero sé que está bien. Fiona me mantiene informado y prefiero que sea así, cada uno en su vida. A Fiona, a las chicas y a mí, se nos pasan los días con los preparativos. Es increíble cómo el tiempo es corto cuando estás preparando una boda. Son mil detalles, mil ideas y mucho, mucho dinero. Menos mal que a Fiona eso no parece importarle, o creo que no se ha puesto a hacer cálculos.

Un día, mientras estamos reunidas, Fiona llega con un póster en la mano.

—¡Lo he conseguido! ¡Chicas, lo he conseguido!

—¿Qué has conseguido?

—¡Lo he conseguido! Me ha costado, mucho, muchísimo. No creían en mí, pero lo he conseguido.

—Tranquilízate y cuéntanos qué has conseguido.

Me extiende el papel y no puedo creer lo que veo. Es el anuncio de un combate de boxeo benéfico. Se celebrará en quince días y ¿quién es la cabeza de cartel? ¡Fiona!

—¿Estás loca? ¿Qué es esto?

—Me he cansado de tanto preconcepto y tantas tonterías. Quiero demostrar que todo el mundo puede practicar boxeo, que no hay deportes de chicos o chicas. Todos los años organizamos una recogida de fondos, pues, este año he conseguido que sea mediante un campeonato de boxeo femenino. ¡Va a ser la bomba!

—La bomba va a ser cuando te revienten la nariz a poco tiempo de tu boda. Claro que el boxeo no es solo de chicos, hay muy buenas boxeadoras.

—Anda ya, Índigo, si seguro que las que se apunten serán tan principiantes como yo. Va a ser muy divertido.

—No es una condición que pongas en la convocatoria, aquí puede apuntarse quien quiera, y te aseguro que hay mucha mujer experta en boxear.

—Venga, aguafiestas, que vamos a pasarlo muy bien. Además, tengo quince días para que el mejor me dé unas clases. Mañana te recojo a las ocho de la mañana para ir a correr y al *gym*. ¡Estoy súper emocionada! Tengo que ir a la imprenta. Mañana nos vemos.

Sale como una bala y nos deja a todos con la sensación de que un tornado acaba de pasar por aquí. Sandy y Sandra me miran.

—¿Os apuntáis, chicas?

Las dos niegan rotundamente con la cabeza. Fiona no sabe dónde se acaba de meter.



A las ocho en punto de la mañana, Fiona está en mi puerta con zapatillas, short y botella de

agua. Salimos al trote por la avenida hasta llegar al parque. Empieza nuestro entrenamiento, veamos hasta dónde llega. Fiona tiene un físico bendecido por la madre naturaleza. Sus largas y definidas piernas no son porque se haya machacado en el gimnasio durante años. De hecho, lo que más le gusta es sentarse en el sofá, poner una serie y zamparse un helado de turrón, así que si llegamos a tres días de entrenamiento, ya puedo darme por contento.

—Estoy súper contenta. Además, voy a ponerme en forma para la boda. Voy a tonificar los brazos y todo.

—A ti no te hace falta tonificar brazos, ya que tu madre te los dio muy bien moldeados. A ti lo que te hace falta es un poco de conciencia y responsabilidad, que estás loca perdida con esta idea.

—No empieces.

—Si me parece muy bien que vayas a organizar la gala benéfica, es una idea fantástica este combate femenino, pero no que tú participes en él.

—Hombre de poca fe en tu amiga. Parece que no me conoces.

—Precisamente porque te conozco, y conozco con quién podrías encontrarte en el ring, creo que eres una irresponsable.

—Venga, deja de hablar y concentrémonos, que de aquí vamos al *gym*. Tienes que presentarme el ring para ir haciéndome a la idea.

Me parece fantástico, señora, buena idea, voy a llevarla al *gym* para que conozca a las profes femeninas de boxeo y que empiece a darle miedo la idea.



Ha corrido más de lo que yo me esperaba, siete kilómetros el primer día, sí que está motivada. Entramos en el gimnasio y Eva ya está en el ring entrenando a un par de chicas. Una es alta, delgada pero fuerte, con unos brazos firmes. La otra es un poco más bajita, corpulenta pero rápida. Cuando me ven llegar paran el entrenamiento para saludarme, hace un mes que no aparezco por aquí.

—Índigo, me alegra verte, estás de vacaciones ¿no?

—Sí, he venido con una amiga. Se está preparando para su primer combate. No sé si te has enterado de que se celebra un combate benéfico en un par de semanas.

—Claro que me he enterado, ya nos han traído los folletos. Las dos chicas que estoy entrenando van a participar. Termino en quince minutos y el ring es tuyo.

Fiona me mira con cara de sorpresa.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

—¿Ha dicho que han traído folletos aquí?

—Mujer, ¿dónde esperabas que repartiesen la información? ¿en la escuela de ballet?

—Yo que sé, pero este es un centro profesional.

—No, esto es un gimnasio, aquí viene gente de todo tipo, y te dije que hay mucha mujer aficionada al boxeo, mujeres fuertes y preparadas para dejarte K.O.

—No pensé que fuese así.

—¿Creías que se iban a apuntar las maris del barrio? Tenías que haberte quedado como presentadora del evento, pero no, tú quieres meterte en todo. Ahora ya es tarde. Vamos que tenemos que entrenar, al menos para que sepas moverte dentro del cuadrilátero.

Entrenamos durante poco más de una hora. Fiona parece un pato mareado, ni siquiera ha conseguido posicionar bien los brazos. Esto va a ser peor de lo que pensaba. La espero en la

puerta. Por supuesto yo he terminado de arreglarme antes que ella, sin mencionar que mi pelo es el doble de largo que el suyo. Nos merecemos un buen almuerzo.

—Llevo dándole vueltas a una idea desde hace un par de semanas, y con lo que ha pasado estos días, la idea coge cada vez más fuerza.

—¿Qué idea, Índigo?

—Estoy súper decepcionado con todo lo que ha pasado desde la fiesta del instituto. Me parece ridículo e injusto que me juzguen por algo tan insignificante para la sociedad como es la publicidad y que después que se metan en mi vida privada.

—Es lo que conlleva ser un personaje público, todo se mira con lupa.

—Y dale con lo de personaje público. Yo no soy personaje público, soy deportista.

—Te guste o no, lo eres. La gente te conoce, no eres anónimo.

—Pero eso no les da permiso para opinar sobre mí.

—Si fuese tan fácil… pero no te preocupes, eres moda pasajera. Pronto se olvidarán y pasarán a otra cosa.

—Ya, pero estar siempre preocupado de no entrar en el ojo del huracán no me gusta.

—¿Y qué estás pensando?

—En dejarlo.

—¿En dejar el qué?

—El boxeo.

—¿El boxeo? ¡¿Estás loco?! El boxeo es tu vida, eres el mejor. Volverás a conseguir el título, el que has perdido y muchos más. Tienes toda la carrera por delante.

—Estoy cansado. Creo que buscaré trabajo como nutricionista. Igual, en el gimnasio me contratarán, siempre necesitan a alguien.

—Tú no sabes ni lo que dices. Es la pasión de tu vida, no lo hagas, Índigo.

—No lo sé, la verdad. Es lo único que me ronda la cabeza. Mi libertad está por encima de todo y el mirar por la ventana y ver que hay cámaras esperándome abajo para cotillear, y después sacar lo que les da la gana, no es para mí.

—Mira, estás hablando en caliente. Todo esto está muy reciente, lo sé, pero tú eres un espejo para muchos. Hay gente que te admira como deportista y como persona. En unos días lo verás desde otra perspectiva.



Me siento en la cama, delante de mí tengo un gran espejo que refleja toda la habitación. Me veo solo, pequeñito a pesar de mis casi dos metros, regalo de mi padre. Siento la necesidad profunda de poder hablar con él ahora, pero ya no está. Quisiera abrazarlo y decirle que nunca he querido defraudarlo, pero ya no está. Cojo el teléfono y marco el mismo número de teléfono fijo que aprendí casi veinte años atrás. Da tono. Uno…dos…tres… puede que no haya nadie.

—¿Diga?

—¿Mamá? Soy yo Índigo.

Hacía tiempo que no llamaba a casa. La casa de mis padres, mi casa. Mamá y yo intercambiamos mensajes de vez en cuando, ella sabe que estoy bien y yo sé que ella está bien, eso es suficiente para los dos. Bueno, al menos para mí. Ella ha tenido que ir haciéndose a la idea conforme han ido pasando los años, pero sabe que la quiero, que me preocupo y que estoy presente si en algún momento me necesita. Y ahora soy yo el que la necesita a ella, como en los viejos tiempos, como cuando era regordete y empollón. Como cuando me tapaba un ojo, me

miraba fija y después hacia lo mismo con el otro. Siempre decía que al tener un ojo de cada color podía ver mis dos yo, cuando miraba a uno veía un Índigo y cuando miraba el otro veía otro Índigo. Yo siempre le preguntaba cuál le gustaba más. «Los dos, hijo mío, los dos, en los dos hay alma y se complementan a la perfección». Cuando descubrí mi homosexualidad, las palabras de mi madre cobraron aún más sentido… tanto, que me asustaban.

—Sabía que me llamarías.

—¿Lo sabías?

—Claro, con el chaparrón que te está cayendo… ¿qué quieres? Si vamos a vernos en la boda. —Mi madre siempre intenta hacerse la dura, pero está encantada con mi llamada.

—Quería escucharte, solo eso.

—Pues ya me has escuchado, ¿algo más? Tengo cosas que hacer.

—Mamá… no te hagas la dura. Quería hablar contigo, necesitaba sentirte un poquito más cerca.

—También lo sabía. —Escucho una risita detrás del teléfono.

Le cuento cómo estoy, cómo me siento y cuáles son los pensamientos que me inundan ahora mismo. Su consejo es muy diferente al de Fiona, pero yo no lo tengo tan claro. Tengo que reflexionar. Aunque lo que me propone me gusta.

CAPíTULO



El día señalado ha llegado. Tengo que admitir que Fiona ha entrenado duro, pero cuando ayer se hizo la presentación de las participantes y el sorteo de la primera ronda, parecía peso-pluma en comparación a las demás. Valiente sí que es, eso se lo doy. Fred le ha suplicado que no viniese, que dijese que se había puesto enferma y él se encargaría de buscarle un justificante médico, pero no ha habido manera: a cabezota no hay quien la gane. Le ha advertido que si llega a la boda con el ojo morado no se casará con ella, pero esto ya tiene menos credibilidad, sé que se casaría con ella de cualquier manera.

El evento ha tenido muchísimo éxito, está a rebosar de gente y se ha batido el récord de recaudación. Llevan haciendo el evento benéfico más de doce años, pero jamás había tenido tanta repercusión. Lo cierto es que es la primera vez que se hace un evento deportivo, siempre han sido concursos de cocina, de baile, juegos infantiles; al fin y al cabo, un evento deportivo abarca a un número mayor de aficionados. En el pabellón no cabe un alma. La música, las luces, todo tiene el aire de un combate profesional. Fiona está en el escenario, bueno, en el ring, haciendo la presentación de la asociación benéfica. Se dice la cifra del dinero recaudado y hay una ronda de agradecimientos por parte de todos y hacia todos. Mi amiga está radiante y triunfal, creo que es la única vez que va a sentirse así en toda la noche.

Ella misma da entrada a las dos primeras participantes. Una de ellas es la chica que entrenaba con Eva, la más alta, Y su oponente una chica afroamericana, con brazos del mismo grosor que los míos. Doy gracias que no le ha tocado contra Fiona. A ella le ha tocado salir en la tercera ronda. Su oponente es Cristina, una rusa que le saca media cabeza. No se la ve muy profesional, pero físicamente sí es superior a mi amiga.

Llega el momento: las dos se suben al ring y se saludan. Yo me acojo a todo lo sobrenatural, a todos los dioses, al poder de las estrellas, al universo, a la magia y a todo aquello que pueda mandarle fuerza a Fiona, para al menos no salir mal lesionada. Pero delante de ella soy todo positividad y ánimos, al fin y al cabo, soy su entrenador.

Mientras que estoy dándole los últimos consejos, tengo que entrar en mi papel. Se escucha el nombre de Fiona a gritos. En la cuarta fila de la grada están todos. Sandy, Sandra, Fred, Sam, Óscar, Rob, y hasta su suegra da gritos de ánimo.

Empieza el combate. Pasan los tres primeros minutos sin que ninguna de las dos caiga al suelo. La virtud de mi amiga no es el ataque, pero tiene una muy buena defensa y es rápida y ágil. Empiezo a pensar que la derrota no será tan vergonzosa. Fiona corre por el cuadrilátero, se agacha, salta; parece más un payaso de circo que una luchadora. A la rusa no está haciéndole ninguna gracia, y menos cuando ve que Fiona empieza a divertirse. El espectáculo está siendo bastante divertido. Al menos para el público, que solo grita: «Uyyyyyy… Ayyyyy… ¡Casi! ¡Salta! ¡Corre! ¡Dale, queda poco!». De repente, y al verse con ventaja gracias a su habilidad para esquivar golpes, mi amiga pierde la concentración, tropieza y cae encima de Cristina, que, al verla resbalar encima de ella, se aparta y la deja caer al suelo.

Fiona no se levanta, permanece tumbada boca abajo. Ante el desconcierto y el silencio que se ha producido en el agitado público, Cristina y el árbitro se acercan a ella. Él le da un toque en la espalda y la gira lentamente, lo que veo no puede ser real. Fiona está en medio de un ataque de risa… solo la escucho decir: «Qué forma más ridícula de caer». El árbitro hace la cuenta atrás, pero ella está inmersa en su ataque. Sé que, cuando le entran, no es fácil pararla. Cristina se lleva la victoria ante el desconcierto del público y de ella misma. Yo respiro aliviado, al menos no ha terminado con la nariz rota.



Al entrar en el vestuario el humor de Fiona ya es otro.

—¿Por qué estás así?

—Qué idiota he sido, podría haber seguido luchando. No he podido controlarme.

—Fiona, basta de doble personalidad, por Dios. Que acabas de salir de un ataque de risas y ahora me encuentro con esto… lo que podías haber salido es de allí con un golpe feo. Ya has demostrado lo que tenías que demostrar.

—La intención de esto no era demostrar nada a nadie, no te equivoques, el fondo de todo esto es benéfico.

—Pues, eso lo has conseguido con creces. Has batido récord de recaudación. Deberías estar contenta.

—Lo estoy, claro que lo estoy, pero estoy frustrada porque me he resbalado. Podría haber ganado.

—¿Podías haber ganado? ¿Tú has visto a quien tenías delante y te has visto a ti? Fiona, ya has ganado. Para mí y para todos los que te conocemos ya has ganado. Eres una mujer increíble, luchadora, no solo en el ring, sino que lo eres en la vida. Has llegado hasta aquí por ti misma y te mereces todo lo bueno que te pasa. Estos días me has demostrado un gran espíritu de superación. Estoy orgulloso de ti.

—¿De verdad? —Va a empezar a llorar—. Sabes lo mucho que esto significa, no solo tiene un significado benéfico para mí. Quería demostrarte que no hay estereotipos. Te he querido siempre como eres, y quería decirte que me tienes siempre a tu lado.

—¿Lo has hecho por mí?

—Por los dos.

Me abraza fuerte y yo cierro los ojos. Es la misma sensación que años atrás, cuando apenas teníamos once años, yo gordinflón y ella gafotas, pero siempre unidos más allá del tiempo y de las circunstancias.

Fred interrumpe nuestro momento íntimo.

—¿Estás bien? Deja que te vea. Estás sudada, nunca te he visto así.

—¿Nunca? Sois muy *light* vosotros dos… unas clases de pasión no os vendrían mal.

Los dos me miran con cara rara.

—Olvidadlo, vamos fuera, Fred, la campeona tiene que ducharse.

El evento termina tarde, tenemos que quedarnos hasta el final porque Fiona tiene que hacer el cierre y fin de fiesta. Cuando por fin sale, los demás ya llevamos hora y media en el bar, celebrando el éxito del evento. ¡Qué no se diga que no nos gusta celebrar cosas! La madre de Fred está especialmente suelta, nunca la he visto así. La verdad es que nunca la había visto fuera de su círculo, con su marido y sus allegados. Aquí está rodeada de otro tipo de gente, y más allá de quedarse al margen, está totalmente involucrada con Sandra, hablando de los increíbles brazos

de Sam. La esperanza de Sandra por casarse con él sigue viva. Sam también está receptivo y juega con ellas, aunque de vez en cuando me guiña un ojo y ríe. Los dos sabemos que las deja imaginar, pero las mujeres no le van nada de nada.

Fiona llega con Fred, se le ha pasado el enfado y está encantada con el resultado de todo el evento. Le han pedido que vuelva a organizar el del año que viene. Se unen a la animada conversación, hasta que entre risas suelta:

—¿Sabéis la última paranoia de Índigo? ¡Va a dejar el boxeo! Se le va la cabeza, ¿a que sí?

Todos me miran esperando mi risa cómplice y mi negativa, pero no es así. Asiento con la cabeza, serio. Sam me mira, me conoce y sabe que no estoy mintiendo.

—¿Cómo que quieres dejar el boxeo? Es tu vida —me suelta en tono cortante.

—Hay más cosas que puedo hacer.

—Estás en el auge de tu carrera, tienes la edad perfecta. No puedes dejarlo todo por una banda de tontos.

—El otro día hablé con Fiona, le dije que iba a dejarlo, pero lo he pensado mejor…

—Menos mal —me interrumpe ella—. Ya sabía yo que era sólo un arrebato.

—Si me dejas terminar… he decidido que no voy a dejarlo. Después de ver cómo arriesgabas tu boda para demostrar que el deporte no entiende de sexos ni de orientaciones sexuales; me he dado cuenta de que yo también tengo que arriesgar para poder dedicarme a lo que considero mí pasión. No lo dejo.... pero sí que me marcho.

—¿Qué te marchas? ¿A dónde?

—Me voy a Estados Unidos. Voy a intentar hacer carrera allí. Me vendrá bien un cambio y un tiempo.

—No sabes lo que dices. —Sam está bastante enfadado. El resto calla y mira.

—Sam, no tienes que opinar nada, es mi decisión y no la tuya. No eres nada mío ni yo nada tuyo, ese tema está claro, no voy a volver a hablarlo.

—Puedo darte mi opinión, ¿no?

—Tu opinión sí, pero no en ese tono. Puedes aconsejarme, pero no prohibirme.

—Al final huyes por el mismo motivo por el que yo te dejé.

—No, Sam. Me voy para progresar, no para seguir escondiéndome.

El ambiente empieza a ponerse tenso, se nota en el aire.

—Ya está chicos —la madre de Fred interrumpe—. Creo que Índigo es mayorcito para saber lo que quiere y lo que es mejor para él. Piénsalo bien, eso es todo, los pros y los contras.

—¿Y cuándo te irías?

—Mi intención es irme después de la boda. Tengo que confirmarlo en un par de días.

—¿Lo sabe Deandre?

—Está de viaje, pero él no tiene que darme permiso para nada, es un amigo más. —Todos sabemos que es algo más, pero la decisión de marcharme está tomada, mi madre me ha ayudado a ver las cosas más claras.

Nuestra conversación fue como una bombilla de esas que se iluminan con las ideas, me recordó la infancia de mi padre, cuando tuvo que emigrar a otro país porque en el suyo no le abrían puertas. Si él no hubiese dado ese gran paso, no habría conocido a mi madre, y no podría haber encontrado la felicidad como comadrón, una profesión exclusiva de mujeres en su época. También hablamos de las cosas que me dijo antes de morir, que volase libre, que nada me impidiese ser feliz.

—Pues a mí me parece genial. —Sandy habla por primera vez en un rato—. Ahora podremos ir a Estados Unidos y tener alojamiento gratis, pero instálate en Nueva York, Miami o Los

Ángeles… ni se te ocurra irte a una ciudad desconocida, si no, no hay glamour y no iré a visitarte.

Sam la fulmina con la mirada. Fiona la mira seria. Sandra le da un codazo que casi la deja sin aire. Yo la miro y sonrío.

—Aún no sé dónde iré ni por cuanto tiempo. No sé nada, pero una vez que esté allí, por supuesto estáis todos invitados. Incluida usted, señora. —Le cojo la mano a la suegra y se la beso, como todo un caballero.

—En otros tiempos un hombre como tú no se me hubiese escapado, Índigo, te lo aseguro. La juventud de hoy es muy poquita cosa… —Los dos nos reímos. Esta señora está empezando a caerme bien, no es tanto como dice la quejica de su nuera.

—¿A qué sí? Eso mismo le digo yo a Sam. —A Sandra no se le escapa ni una—. Sam, lo que necesita es una como yo. Su media naranja.

—No todos buscamos una media naranja, me van más otras frutas. —Sam es rápido en sus respuestas.

La conversación vuelve al rumbo que tenía al inicio de la noche, menos mal, no quiero hablar de lo otro hasta que no tenga todo cerrado. De vez en cuando Fiona me mira seria y con la mirada perdida. Sé que tiene miedo de que nos separemos, llevamos juntos más de veinte años y en los últimos he sido su mayor apoyo. Aunque ahora también tiene una nueva familia, la de Fred, yo soy su mayor apoyo y referencia.

Nunca la dejaré sola, la distancia no es más que meros kilómetros.

CAPíTULO



El gran día ha llegado. ¡Qué nervios!

Ayer estuvimos en los jardines, terminando de decorar y dar los últimos detalles. Después, Fiona y yo hemos pasado la noche en mi casa, y hoy sale vestida de novia desde aquí, conmigo del brazo. Anoche estuvimos recordando tiempos pasados, y no hemos vuelto a hablar sobre mi decisión de vivir en Estados Unidos. Ella lo evita y yo no voy a decirle nada hasta después de la boda, no quiero que se preocupe por otra cosa que no sea disfrutar, vivir y sentir cada momento muchísimo.

Desde temprano la casa es un ir y venir de gente, peluqueros, maquilladoras, fotógrafos, y hasta la estilista de Claudio Montesinos, que ha venido a vestirla para que no le falte ningún detalle y que no lleve una arruga de más en el vestido. Las dos estamos hechas un manojo de nervios. Intento calmarla de vez en cuando, pero siempre acabamos con un ataque de risas, en algunos momentos, o con un ataque de llanto en otros.

La mañana pasa volando entre un ir y venir de gente, llamadas, detalles que llegan ese día. El florista trae el ramo de flores frescas, y del catering nos han traído el almuerzo para que no tengamos que preocuparnos en cocinar. Su suegra ha mandado a una prima a verificar que todo va correctamente… mi casa parece el camerino de los hermanos Marx, pero la felicidad que rebosa Fiona hace que todo merezca la pena.



Solo queda una hora para el gran momento. Por fin, la casa se vacía, quedamos el fotógrafo, Fiona y yo.

—Gracias —dice cogiéndome la mano, emocionada.

—Ahora no vayas a llorar, que se te irá el maquillaje.

—Llevo fijador, no te preocupes. —Entre risas y emoción me da un beso—. Sabes lo importante que eres para mí. Gracias por todo.

—Gracias a ti, venga, no seas tonta. Siempre estamos el uno para el otro y eso es lo importante. Aún tengo esperanza de que a los cuarenta celebremos nuestra boda.

—Índigo, no me he casado aún y tú ya piensas en el divorcio…

—Después de que lleves casada quince años, igual te apetece un cambio.

—Que no te escuche Fred.

Vuelvo a besarla en la mano, no quiero tocarle la cara. Está especialmente bonita.

Llaman a la puerta, es Deandre. Desde que se fue de viaje no hemos vuelto a vernos: está guapísimo. Traje de chaqueta ajustado a cuadros gris claro, (el cuadro se forma con unas finas líneas blancas); chalequillo del mismo color, camisa blanca y corbata rosa. Viene muy elegante, desprende una luz especial. Entra y me da un suave beso en los labios. Coge a Fiona y le levanta

los brazos para verla mejor.

—Novia y madrina estáis realmente deslumbrantes. Vuestro chófer acaba de llegar.

Efectivamente, es él quien va a conducir el Cadillac Dorado Hardtop de 1957, descapotable e increíblemente espectacular; elegante y a la vez atrevido coche. Me encanta. Mientras, el fotógrafo no para de hacernos fotos con *flash*, sin *flash*, mueve un poco la cabeza, ahora no te muevas. Fiona está como pez en el agua, y yo quisiera ahogarlo a él dentro de una fuente de agua.

Por fin nos montamos y emprendemos el recorrido hacia los jardines. Los nervios a flor de piel. Nos bajamos del coche y caminamos hacia el arco de flores, donde nos espera el novio. La luz del atardecer da al lugar y al momento un aire aún más especial, si cabe. Entrego a Fiona a Fred y me coloco a un lado. La ceremonia es realmente hermosa: nada de convencionalismos. Los invitados son partícipes y la música que Fred ha elegido para que nos acompañe durante este rato es una gran banda sonora. Todo es perfecto. Mientras Fiona y Fred andan cogidos de la mano, ya como marido y mujer, por encima del manto de flores que componen el pasillo central, una mano se posa en mi hombro.

—¡Mamá! —La abrazo fuerte, hace mucho que no nos vemos. Siento su perfume, su suave piel y la siento pequeña entre mis brazos.

—Índigo, mi amor, qué alegría de verte.

—¿Cómo ha sido el viaje?

—Muy bien, sigo un poco cansada, llegué anoche. No he querido llamarte porque sabía que Fiona estaría en tu casa y prefería que fuese un momento suyo, pero que sepas que a partir de mañana estaré unos días contigo.

—Por supuesto, ¡tengo muchas cosas que contarte! Tengo que presentarte… lo he perdido de vista, pero aparecerá.

—Estamos juntos en la mesa, voy a saludar a los padres de Fred. Ahora nos vemos.



Los novios se van a otro lugar de la hacienda a hacer el reportaje fotográfico y los invitados nos quedamos en la recepción, comiendo, bebiendo y charlando.

—Por fin podemos hablar. —Deandre me coge del brazo—. Estás muy guapo, madrina. Ahora ya puedes relajarte, que estabas súper tenso.

—Solo un poco. ¿Qué tal el viaje?

—Muy bien, los negocios van viento en popa. Mi padre por fin ha dejado de criticarme y me está dejando hacer las cosas a mi manera. Los empleados están encantados con el cambio y los clientes también. Los viejos clientes han tenido que habituarse a modificaciones, pero hemos cerrado contratos con nuevas marcas. Todo gracias a ti.

—¿Gracias a mí? Yo no he hecho nada.

—Tú lo hiciste todo apareciendo en mi vida, Mister- T. Me diste el valor para ser yo mismo.

—Eso lo has hecho tú solo, yo solo te empujé un poco.

—¿Y has pensado en lo que te dije? ¿Ser socios?

—Sí, tengo que decirte una cosa.

En ese momento Sandy y Sandra aparecen eufóricas.

—¡Madrina! ¡Estas fantástica! —Nos abrazan efusivamente—. Deandre, pareces otro, qué bien te ha venido el cambio.

—¿Interrumpimos?

—No, claro que no. También estáis para la ocasión. Igual de una boda sale otra boda, eso dicen, ¿no? Creo que Sam está por ahí. De servicio, supongo. —Miro a Sandra.

—Ya lo he dejado como misión imposible, no hay manera de hacerlo cambiar de bando. Algo le has dado, Índigo, que no quiere probar mi elixir.

—Sandra no empieces, que estamos en una boda —Sandy ya la ve venir.

—Lo que pasa en la boda…. se queda en la boda…

Los novios acaban de entrar. El cielo se llena de fuegos artificiales mientras reparten champagne y todos brindamos, en salud de los recién casados.



Busco el número de mi mesa, pero no me veo en ninguna lista. Mi madre me coge por detrás.

—Estás en la mesa de los novios, eres la madrina.

—Como me has dicho que estamos en la misma mesa, he pensado que igual nos habían repartido de otra forma.

—Estamos en la misma mesa. Fiona nos ha sentado a nosotros dos y a otro chico, supongo que algún amigo cercano, al lado de ella.

El otro chico no es ningún amigo cercano de Fiona, es Deandre. Quiero asesinarla. No era mi intención hacerlo público aquí, porque realmente, ¿hacer público qué? No tenemos nada oficial, solo una bonita y gran amistad, y un sentimiento mutuo que… sí, cada vez es mayor, pero ni nos hemos comprometido a nada. No hemos hablado de ese tema.

—Mamá, este es Deandre, la persona que quería presentarte.

—¿Tu novio?

—No, no es mi novio —miro a Deandre que frunce el ceño gracioso—. Es un gran amigo y esta noche mi pareja y chófer.

—Señora, encantado de conocerla. Índigo me ha hablado muchísimo de usted.

—¿De verdad? A veces me deja un poco abandonadilla. Me llama cuando necesita mi cariño o mi consejo, como cuando era pequeño, pero al fin y al cabo para eso estamos las madres. Sé que me quiere.

—Pues claro que te quiero, mamá, no seas boba.



Es una cena amena y divertida. Las dos familias encajamos a la perfección y, entre plato y plato, aparte de risas, chistes, política, cine y viajes, también hay sorpresas para la pareja, de amigos y familiares. Sin embargo, el punto alto llega cuando Fred, patoso danzarín por naturaleza, tiene que hacer el baile de apertura. Creo que ese video también será viral.

He perdido de vista a Deandre hace un rato, aún no hemos podido hablar. Lo de Estados Unidos es un tema que quiero tratar tranquilo, y aunque hemos bebido demasiado, con tanta comida el vino prácticamente ni se ha notado. No he tenido un momento realmente a solas con él. La banda para de tocar y en medio del escenario aparece, nada más y nada menos, Deandre; quien coge el micrófono. Si no hubiese estado sentado a mi lado toda la noche diría que está borracho, ¿qué hace ahí?

—Hace un rato una amiga ha hecho un comentario que me ha hecho reflexionar. Mi nombre es Deandre Santos, siempre he sido un tío al que le ha gustado llamar la atención, pero llamaba la

atención a costa de los demás, para que los demás no prestaran atención en mí. Sí, durante mucho tiempo he sido un gilipollas literal. Muchos me conocéis y lo sabéis, pero hace unos meses conocí a una persona. Nos conocimos de una forma particular, y especial es la relación que se ha forjado entre nosotros. Con esta persona he aprendido a ser mejor, a aceptarme como soy, a no esconderme, a dejar a los demás conocerme de verdad y a no ocultarme detrás des escudo de tío gilipollas y mimado. He estado de viaje. En ese viaje he pensado mucho y he sentido mucho la falta de esta persona. No hemos hablado nunca directamente del sentimiento que nos despertamos mutuamente, pero creo que no hace falta. Te miro a los ojos y lo sé. Por eso quisiera pedirte que, además de ser mi socio comercial, te vengas a vivir conmigo como mi pareja formal.... y quién sabe si dentro de algún tiempo, como mi marido. De una boda sale otra boda, ¿no? Por ahora solo quiero decir públicamente que te amo.

Casi me caigo del susto. Todo el mundo me mira. Fiona sale corriendo y me abraza, como si fuese la mejor noticia del mundo.

—Es la mejor noticia del mundo —me dice entusiasmada.

No reacciono. Deandre se acerca con el micrófono.

—Índigo Michaels, ¿quieres el lado izquierdo o el derecho de mi cama?



Son las ocho de la mañana, acabo de llegar, por fin, a casa. Solo. Me quito los zapatos y la corbata, que ha aguantado en mi cuello toda la noche milagrosamente. Aunque ha sido una noche magnífica, cierro los ojos y lo primero que viene a mi mente es Deandre, delante de mí, con el micrófono preguntándome: «¿Quieres que vivamos juntos?». En ese momento todo el mundo empieza a aplaudir y a hacer fotos. Yo me acerco a su oído y le susurro: «Me siento alagado, pero no puedo contestar a eso ahora». Él, sin perder la compostura y con una sonrisa, me da un beso en la mejilla. El público que nos mira da por hecho que he dicho que sí. El cantante del grupo nos da la enhorabuena y sube la música. En menos de un minuto me llega una notificación al móvil: «Índigo Michaels se casa, de una boda sale otra boda». No sé por qué me he dado de alta en el aviso de las páginas de noticias, siempre que aparezca mi nombre. Esto es surrealista. Solo ha mencionado el matrimonio como posibilidad futura.

Deandre se ha portado como un caballero. Tengo que admitir que durante la noche no tuvo un mal gesto conmigo, no cambió su actitud y ha sido un amor con mi madre.

Mañana he invitado a todos a cenar a casa. Deandre vendrá una hora antes, contestaré a su proposición. Será mi combate más difícil hasta la fecha.

CAPÍTULO



Deandre aparece a su hora, ni más tarde ni más temprano.

Nos sentamos en el sofá. Viene vestido de negro entero, pantalón ajustado y camiseta básica. Refleja su estado de ánimo, creo que se huele algo.

—Dejamos una conversación pendiente en la boda —le digo.

—Realmente dejamos dos, la tuya y la mía. ¿Por cuál empezamos?

—Por la mía, creo que responderá a las dos.

—Ya me lo temía.

—No te pongas a la defensiva, por favor. Déjame hablar y después será tu turno. Llevo dándole vueltas al tema mucho tiempo, no tiene nada que ver contigo: tiene que ver conmigo. Desde que te conocí, cada minuto a tu lado ha sido increíble, y créeme que el tiempo que has estado de viaje se me ha hecho eterno. Te he echado muchísimo de menos. Al verte el día de la boda, no había nadie más contento que yo por llevarte a mi lado.

—Al grano, Índigo, porque sé que hay un trasfondo.

—Me voy.

—¿Te vas? ¿A dónde te vas? ¿Cómo que te vas?

—Me voy a los Estados Unidos. Necesito salir de aquí. Lo que ha pasado con la prensa me ha superado. Pensé que sería más fuerte y que sabría llevarlo mejor, pero no es así. Está afectando mi carácter y no quiero que sea así. Estoy en el punto de mira. En la boda, en cuanto me pediste vivir juntos, hubo al minuto una noticia. ¿Cómo? No lo sé, pero estoy en el centro del huracán y no me gusta sentirme observado.

—¿Y qué pasa entre nosotros? Creí que había algo especial.

—Lo hay, claro que lo hay. Por eso quería pedirte... que vinieses conmigo. Si hay alguien con quien quiero empezar esta aventura, es contigo. No quiero ser esa persona que tira una relación por el «qué dirán».

—Índigo... pe-pero... ¿y la empresa? Ahora estoy empezando a despegar.

—Seguirás viajando y gestionando todo, simplemente, el lugar al que llamarías hogar estará en otro país y lo compartirás conmigo. Trabajaríamos con SOUL allí, si quieres. Me dolería mucho irme sin ti.

—Entonces esto es un no a mi propuesta.

—Es un sí, sí quiero ser tu socio y sí quiero vivir contigo. No puedo decirte que sí, que me quedo, porque estaría renunciando a una parte de mí que me hace muy feliz: el boxeo. Me gustas, me atraes muchísimo, he querido mil veces estar contigo en la cama, pero te he respetado, y si lo he hecho es porque he sentido que contigo podría haber algo especial. Ayer te iba a pedir que me esperases, pero después de saber tus sentimientos, no quiero dejar nada a merced del tiempo, te quiero aquí y ahora. Y te quiero mañana, en nuestra casa... de otro continente.

Me empuja y me deja tumbado en el sofá. Está de rodillas a mi lado y me besa, pero no como me ha besado hasta ahora, suave, sino que me besa con fuerza y con pasión; con ganas. Me

desabrocha la camisa y se quita la suya con prisa.

—Espera —le digo, intentando ponerme de pie.

—No puedo esperar, Índigo, llevo esperando mucho tiempo.

Me pongo de pie y lo acerco a mí, quiero sentirlo. Me desabrocha el pantalón, desabrocho el suyo y ambos caen al suelo. Estoy contra la pared y siento toda su erección por debajo de su ropa interior. He imaginado muchas veces en cómo sería… pensé que yo iba a llevar las riendas, porque imaginaba a un Deandre más tímido, pero ahora es él quien me controla, quien me hace gemir con caricias. Deslizo mi mano por debajo de su bóxer, su respiración se acelera, cierro los ojos y me dejo llevar. He imaginado muchas veces cómo sería… pero la verdad es que ha sido mucho mejor.



A las nueve en punto empiezan a llegar las personas. Mi madre, que ya viene con las maletas para quedarse unos días, y Fiona y Fred, quienes hasta dentro de dos días no embarcan en su viaje de novios. Realmente, las personas más importantes ahora mismo en mi vida. Les he preparado una cena digna de estrella Michelin, me he esforzado mucho, quiero que sea una velada especial. Nos sentamos alrededor de la mesa con una buena botella de vino y empezamos a contar historias de la boda, de los invitados; parece que fue hace mucho tiempo, porque hablamos con nostalgia.

—Os he reunido aquí para ratificar mi decisión de marcharme. Sé que casi todos ya lo sabíais, pero como es una decisión importante, he querido hacerla oficial, con las personas más importantes.

Fiona empieza a gimotear.

—No, Fiona, por favor.

—Lloro de emoción, de verdad, estoy sensible, pero estoy bien.

—Creo que va a ser una gran experiencia profesional, voy a dar un salto internacional en mi carrera. Sabéis la importancia que tiene Estados Unidos en este deporte, es casi empezar de nuevo, pero me motiva y me gusta la idea de competir para volver a ser el mejor.

—¿Y cuándo te vas?

—En un mes. La visa está en trámite, solo quedan algunos detalles del alojamiento... —Miro a Deandre—. Pero prácticamente está todo.

—¿Y a dónde vas?

—Voy a instalarme en Nueva York. Al fin y al cabo, es una de las mejores conexiones nacionales e internacionales, pero estaré viajando por todo el país una vez que empiece el campeonato. Mira por dónde vas a cruzar el charco, mamá.

—Ya veremos, ya veremos. Igual, con una postal me conformo.

—Quería teneros aquí para deciros lo relevante que sois en mi vida, y la importancia de vuestra presencia para haber forjado lo que hoy soy. Mamá, tu eres mi todo; Fiona y Fred, mi presente; y Deandre, tú eres mi futuro, vengas conmigo o no, esto no acaba aquí. No quiero ponerme ñoño, pero quería llenarme de vuestra energía para mi aventura. ¡Ahora, un abrazo de caracol!

—¿Un abrazo de caracol? —pregunta Deandre.

—Sí, nos damos abrazos de caracol desde que son pequeños. —Mi madre ya se ha puesto de pie—. Índigo, el primero.

Nos ponemos en fila india, agarrados por la cintura, y el último de la fila va dando una vuelta

hasta que todos quedamos enroscados. Pegados los unos a otros y transmitiéndonos cariño y energía positiva.

Soy afortunado de tenerlos a todos aquí conmigo. Ha faltado Sam, pero he creído conveniente que fuese así. Él es una parte de mi pasado, una muy importante, pero pasada al fin.

Después de tanto sentimentalismo, acabamos con cuatro botellas de vino, con la cena al completo y con todos durmiendo en mi apartamento. Hacía tiempo que no veía a mi madre dar tantas carcajadas: Fred está inspirado esta noche, el matrimonio le ha sentado bien.



Entre preparar maletas y documentos y despedirme de todos (Sandy, Sandra, las chicas del gimnasio, mi entrenador, Sam, el resto del equipo, vecinos y compañeros de trabajo), el mes ha pasado volando. Deandre me acompaña al aeropuerto, y llegamos con mucho tiempo de antelación. No me gusta ir con prisas, porque no me gusta empezar un viaje estresado. Tenemos tiempo hasta para tomar un café.

—Va a ser genial, ya lo verás, te va a ir muy bien e iré a visitarte en cuanto tenga un hueco. No te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Ya me lo temía —bromeo—. A ti también te va a ir genial, bueno, ya te está yendo, porque eres un tío fantástico y un gran profesional.

—Te voy a echar de menos.

—Yo a ti también, me habría encantado que hubieses venido, pero sé que tienes una empresa que mantener a flote.

—Ha sido una decisión difícil.

—Es hora de coger el avión. Gracias por ser tan generoso.

—Avisa cuando llegues.

—Sí, no te preocupes.

Nos damos un fuerte y largo abrazo. Me cuesta separarme. Respiro hondo, quiero llevar en el recuerdo su olor.



Estoy en la fila para subir al avión, esta vez mi rumbo es incierto, me voy solo y no sé qué me encontraré. No obstante, sé que he tomado la decisión correcta; estoy completamente seguro de que la prensa de Estados Unidos pasará de mí. Allí tienen demasiados famosos a los que perseguir, un boxeador extranjero no ocupará ninguna portada. Si ya la sociedad me obligó a dejar de ser el niño regordete, si ya me juzgaron solo por mi físico y mis gustos... solo faltaba que hubieran hecho que me rindiera.

Debo apagar el móvil antes de embarcar, pero una llamada de Deandre interrumpe la intención.

—Se me ha olvidado darte la carpeta con los documentos del nuevo plan estratégico de SOUL. Debes firmarlos cuanto antes.

Deandre ha vuelto muy rápido al trabajo.

—Tendrás que mandármelos al e-mail, estoy a punto de subir al avión.

—No te preocupes, yo también.

Está sentado en la sala de espera, con tres maletas de mano, sonriendo como un niño. Salgo

de la fila para ir a su encuentro.

—¿Te has saltado el control solo para que firme unos papeles? Lo tuyo es muy fuerte.

—Es que se me había olvidado decirte algo muy importante.

—¿Qué cosa?

—Ya te lo digo en casa...

—¿En mi nueva casa?

—En nuestra nueva casa. Por cierto, me pido el lado izquierdo de la cama.

ACERCA DEL AUTOR

Amanda Sanh traduce libros de otros mientras trabaja en sus propias historias. Escribe situaciones reales sobre gente real. Crudeza y honestidad son los principios que abanderan sus obras.

Sus obras publicadas hasta la fecha son:

«Donde dije digo, digo ego».

«Llueven cerezas».

«Corazones en la nieve».

Todas ellas disponibles en Amazon.

Prefiere mantenerse en el anonimato, escribir por amor al arte y no publicitarse en exceso. El buen libro es aquel que encuentras fortuitamente y saboreas ajeno a las opiniones externas.

Se crio en los noventa, sabe un poco de todo y nada de todo lo demás. La vida ya es bastante dura como para complicarse.

Ana Brito

Las palabras han formado parte de la vida de Ana desde que tiene uso de memoria. Ya desde muy pequeña escribía pequeños textos y poemas que iba distribuyendo entre familiares y amigos. Terminó sus estudios en Producción y dirección audiovisual, queriendo dedicarse al mundo cinematográfico, pero los caminos de la vida la llevaron por senderos diferentes, ha trabajado en diferentes sectores, hasta que un día decidió apostar por lo que de verdad le hace feliz. ESCRIBIR. Así, después de contactar con Amanda, nació su primera novela.

Escritora y redactora creativa, además de crear mundos, actualmente se dedica al marketing digital, creando blogs y contenido web, posicionamiento en buscadores, creación de campañas de e-mail y gestión de redes sociales. Actividades que logra compaginar con sus dos pasiones, su familia y viajar. Ha vivido en diferentes países y se escapa siempre que puede, porque viajar te inspira y te renueva.

Puedes buscarla en Instagram como pauloyanabrito o bien contactar a través de meusamoresmaiores@gmail.com